

HISTORIAS DE PAZ

Concurso
Nacional
de Escritura



Organizan



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA



HISTORIAS DE PAZ

Concurso
Nacional
de Escritura

Organizan



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA



Historias de paz Concurso Nacional de Escritura

Bogotá D.C., Mayo de 2025

© Ministerio de Educación Nacional, 2025

© Universidad Nacional de Colombia, 2025

© Sara Sofía Pineda Moreno, Juan José Avendaño Vela, Elizabeth Castro Portacio, Jhoan Alexander Vargas Pérez, Sharith Xiomara Alarcón López, Evelyn Mariana Celis Espitia, Camila Pedraza Casas, Lauren Sareth Jaimes Jaimes, Mauricio Morales Bautista, Jaime Esteban Ordóñez Bustos, Yiris Sahir Barrera Peña, Victoria López Barrantes, Sarah Valentina Jaramillo Fuentes, Elkin Manuel Banquez Pestana, Sindy Paola Cortés Barrios, Joselin Castañeda Triana, Libardo Enrique Caraballo Blanco, Camilo Daniel Bonilla Pazos, Yerina Viana Moreno, Manuel Alejandro Castro Petro, Marilyn Giselle Calvache Yandún, Sebastián Cardona Cardona, Melani Estefanía Lasso Lasso, Óscar Mauricio Ángel Bustos, Ana María Torres García, Rodolfo Alexander Miranda Cruz, Diana Marcela Villamizar Abril, Yesid Niño Arteaga, Yanira Rodríguez Bautista, María Clara Rambao Almanza, Anyi Camila Montenegro Mena, Dana Sofía Freja Cervantes, Laura Sofía Obando Arguello, José Joaquín Ortiz Chavarría, Jerónimo Ramos Valencia, Laura Stephania Vera Jaramillo, Diego Jesús Medina Martínez, Marco Antonio Valencia Calle, Stefany Espitia Guerrero, Leonardo Puentes Díaz.

© Raúl Ernesto Urrutia González, Erika Julieth Zea Arias, Andrey Sebastián Zea Arias.

ISBN: 978-958-785-413-8

Gobierno Nacional de Colombia

Gustavo Francisco Petro Urrego
Presidente de la República de Colombia

Ministerio de Educación Nacional

Daniel Rojas Medellín
Ministro de Educación Nacional

Gloria Mercedes Carrasco Ramírez
Viceministra de Educación Preescolar, Básica y Media

Solman Yamile Díaz Ossa
Directora de Calidad Viceministerio de Educación Preescolar, Básica y Media

Sandra Viviana Olaya Nieto
Subdirectora de Fomento de Competencias

Alfredo Olaya Toro
Coordinador Equipo Competencias Básicas

Sandra Patricia Bustos
Profesional PNLEOBE

Diego Andrés Avila Jacobo
Profesional PNLEOBE

Hanet Chaparro Hernández
Profesional Equipo Competencias Básicas

Katherin Cerquera Rojas
Profesional Equipo Competencias Básicas

Servicios editoriales Brandum Media SAS

Raúl Ernesto Urrutia González
Diseño gráfico y dirección de arte

Erika Julieth Zea Arias
Corrección de estilo

Andrey Sebastián Zea Arias
Ilustración

Los cuentos, crónicas y ensayos ganadores del Concurso Nacional de Escritura "Historias de paz" (2025) no podrán ser reproducidos parcial o totalmente, ni registrados ni transmitidos por ningún sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo por escrito del Ministerio de Educación Nacional.

Universidad Nacional de Colombia

Leopoldo Alberto Múnera Ruiz
Rector

José Daniel Muñoz Castaño
Vicerrector Académico

Nubia Janeth Ruiz
Vicerrectoría de Investigación

Andrea Carolina Jiménez Martín
Vicerrectora UNAL Sede Bogotá

José Fernando Galván Villamarín
Decano de la Facultad de Medicina

Martha Lucía Rincón Bustos
Directora General del Contrato MEN-UNAL

Claudia Rodríguez Rodríguez
Coordinadora del Concurso Nacional de Escritura

Lina María Trujillo Zuluaga
Diseñadora Gráfica Concurso Nacional de Escritura

Henry David Tovar Ríos
Profesional Técnico Concurso Nacional de Escritura

Julieth Torres Urrea
Estudiante de apoyo Concurso Nacional de Escritura.

Juliana Muñoz Toro, Pascual Gaviria, Andrea Mejía, John Jairo Junieles.
Profesionales de apoyo pedagógico del Concurso Nacional de Escritura



Introducción	9	Categoría adultos	166
Presentación	16	Sin dolientes “En Barranquilla me quedo”	168
Acta de los jurados	20	En el patio de una escuela	174
Cuentos		Crónica de canelazos	178
Categoría infantil	26	Hasta el fin del mapa	184
¿Y si nos ponemos en los zapatos del otro?	28	Memoria en un territorio herido	190
La capa de los héroes	34	Ensayos	
Barcos de papel	40	Categoría juvenil	196
La florista de la esperanza	46	La paz: una balanza entre el conflicto humano y la sociedad	198
La paz del reino	48	La construcción de una paz decreciente	204
El reino del silencio	54	La memoria de la violencia en Colombia: clave para prevenir ciclos de violencia, reconciliar y reconocer la diversidad cultural	210
Mía y el río seco	58	La música y la paz: un lenguaje que conecta el alma humana	216
El jardín de los mil colores	62	La paz como equilibrio de fuerzas	222
Categoría juvenil	68	Categoría adultos	228
El juego	70	¿Qué hemos hecho con lo que vimos?	230
El pacto	72	Traslado del sistema integral para la paz a la comunidad indígena awá, del municipio de Barbacoas, Nariño	236
El susurro del viento en tiempos de guerra	76	El puente está quebrado, ¿con qué lo curaremos?	242
Donde brillan las estrellas	82	Úrsula Iguarán, como figura de la paz en Cien años de soledad de Gabriel García Márquez	248
El susurro de los bananales	88	La paz de la hormiga	254
El eco del silencio	94		
Categoría adultos	98		
Amasijos	100		
El silencio de las campanas	106		
La cicatriz del viento	112		
Reparando a Billy	116		
Día de la verdad	122		
Abarco	128		
Crónicas			
Categoría juvenil	134		
¿Dónde está papá?	136		
Murmullos de vida	142		
El eco de las montañas	148		
El ruido de la paz	154		
Colombia, donde nació mi alma	160		



Introducción

Esta historia sucede en Sevilla, Valle del Cauca, Suroccidente colombiano, pero podría haber ocurrido en cualquier otro rincón del territorio.

No son todavía las seis de la tarde, aún hay luz natural que ilumina los tejados de las casas del parque. Si no fuera por la censura de fuego que sella el final de la historia, esta sería una anécdota feliz sobre un hombre llamado Mario, de apenas 43 años, comunicador y emprendedor social, responsable de un medio de comunicación municipal, el único en Sevilla. Se encargaba de escribir cada una de las letras contenidas en sus cuatro páginas. Además, era dirigente cívico, fundador del centro cultural del municipio, tesorero de la junta municipal de deporte, director del grupo ecológico del municipio.

Esa tarde de noviembre, Mario se dirigía al centro cultural. Llevaba en su morral de viajero en su propio pueblo, las carpetas que contenían los manuscritos que habían enviado los vecinos convocados por el propio Mario a un concurso municipal de cuento que él organizaba junto a otros amantes de la literatura del pueblo.

El concurso había cerrado su plazo de inscripción y Mario transportaba las historias de la oficina de correspondencia de la alcaldía al centro cultural donde se encontraba reunido el grupo de jurados, conformado por escritores de la región.

Si estos documentos hubiesen llegado a manos de los jurados, como ha sucedido en el concurso Historias de Paz, que cierra su periplo con la publicación de este libro que tienen en sus manos o en sus pantallas, esta historia no sería otra cosa que una fábula para celebrar el espíritu de un concurso de cuento. La importancia de un concurso de escritura como este y como el que organizó Mario, sin importar que uno tuviera alcance nacional y persiguiera el talento narrativo entre millones y el otro estuviera circunscrito a los 600 km cuadrados de una aldea mágica, radica en que uno nunca sabe dónde puede brotar el talento de narrar. Nadie sospecharía hace décadas que del municipio de Aracataca surgiría la voz del autor más universal que dieran nuestras letras.

Pero no, los textos nunca llegaron a sus lectores naturales, los jurados. Quién sabe si muchos de ellos jamás fueron leídos, quién sabe si quedaron perdidos para siempre, o si las circunstancias de su naufragio, antes de llegar a puerto, condujeron a sus autores a abandonar la escritura, sumergidos en el frenesí de la violencia.

Porque esta pequeña historia con la que decidimos abrir este texto introductorio podría ser uno de los cuentos del Concurso Nacional de Escritura de 2024 - 2025 que convocó a las voces de escritores en ciernes para que escribieran historias de paz. Y nos llegaron por miles historias donde la paz no es necesariamente el vuelo de palomas blancas, o, como diría Estanislao Zuleta, el gran pensador autodidacta, paraíso de almíbar, de convivencia feliz y sin fricciones.

Nos llegaron cuentos en los que la memoria recupera el horror, al límite difícil del perdón, de los hechos que siguen ocurriendo y que enfrentan a los personajes al dilema entre la esperanza o la venganza, pero siempre, en medio de la oscuridad, encuentran la manera de hallar la luz de lo humano en medio de la barbarie.

Sin embargo, si esta historia con la que hemos querido empezar este libro fuese uno de los textos recibidos, no sería un cuento, ni mucho menos un ensayo, que hablara, por ejemplo, de los problemas de la memoria, del valor de los relatos para construir identidades en un pueblo como Sevilla, o como Macondo, en una época en la que usamos la inteligencia artificial para transformar nuestros retratos en dibujos animados.

No, esta historia en apariencia feliz, en apariencia simple de un hombre que es mucho más que un personaje, que es mucho más que un periodista, que es un colombiano con todas sus letras,

atravesando el parque rumbo al centro cultural, al encuentro con los jurados de aquel concurso, sería en todo caso una crónica.

Una crónica que, en el límite de la crónica roja, tendría que narrar, como muchas de las crónicas que recibimos, la muerte en la vuelta de la esquina, el rapto de la violencia, la censura de fuego, sobre el impulso vital, que aplasta la esperanza, pero no puede con ella.

Todos los cuarenta textos que integran este libro, más los decenas de miles que circularon en el concurso, son textos abiertos al trabajo de aula, sólo así el esfuerzo de convocarlos y de publicar los mejores, habrá valido la pena. Se sabe que leer un cuento a un niño en voz alta, en un rol de mediador, permite participar e intervenir en el proceso de su lectura. Asimismo, comentar oralmente con otros sobre lo que hemos escrito o también es importante.

El lenguaje en la educación es entonces una cuestión compleja que tiene un marcado componente colaborativo, ya que, toda la comunidad interviene el lenguaje usando el lenguaje mismo. Se puede apreciar que los textos enviados se han hecho comentando, opinando, sugiriendo, argumentando, expresando afecto conduciendo al usuario del lenguaje (autor/lector/estudiante) a transformar sus productos y su lenguaje mismo a lo largo de esta secuencia de versiones, turnos de habla y relecturas como nuevas oportunidades de aprendizaje.

El Concurso Nacional de Escritura del Ministerio de Educación Nacional en su edición de 2024 - 2025, se erige como un espacio donde el lenguaje se convierte en herramienta de construcción de paz y memoria. Este certamen, que convocó a escritores de todas las edades y rincones del país (niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos), nos recuerda la importancia del lenguaje como eje transversal de la educación y como fuerza vital para la transformación social, en consonancia con los objetivos del Plan Nacional de Desarrollo Colombia Potencia Mundial de la Vida y la justicia social como principio orientador.

La crónica, junto al cuento y el ensayo, géneros que se destacan en esta edición del concurso, se revela como un instrumento fundamental para dar voz a las experiencias de aquellos que han vivido en carne propia los horrores del conflicto. A través de los relatos en su diversidad formal se construye memoria colectiva, se visibilizan las heridas del pasado y se abren caminos hacia la reconciliación.

La propuesta didáctica del lenguaje que se promueve en este concurso busca romper con la fragmentación del conocimiento y restituir la relación simbiótica entre lenguaje y educación. Se reconoce que el lenguaje es la base de todo proceso de enseñanza-aprendizaje, y que su desarrollo integral es fundamental para el éxito académico y personal de los estudiantes. En este sentido, los textos seleccionados nos muestran cómo el lenguaje moldea nuestra percepción de la

realidad y cómo puede ser una herramienta para construir o destruir.

En “Sin dolientes ‘En Barranquilla me quedo’”, el lenguaje es explorado como un sistema de etiquetas y códigos que pueden deshumanizar a las personas, reduciéndolas a cifras y estadísticas. Sin embargo, también se presenta como un medio para la resistencia y la transformación, donde los recicladores de Ibagué encuentran en sus palabras una forma de reafirmar su valor y su dignidad. En “En el patio de una escuela”, el lenguaje se manifiesta en las normas y discursos que pueden excluir y silenciar a los niños, como Daniel, Pedro y Laura, evidenciando cómo la falta de empatía en la comunicación escolar puede perpetuar la desigualdad. sí, los cuentos nos invitan a reflexionar sobre el poder del lenguaje para construir una sociedad más justa e inclusiva.

El lector encontrará en esta antología la belleza y la complejidad de la paz desde diversas perspectivas. En los cuentos, el lector encontrará relatos de resiliencia individual frente a la adversidad, la búsqueda de reconciliación en medio del conflicto y la esperanza que emerge en los lugares más inesperados. Las crónicas, por su parte, nos sumergen en realidades palpables, desde la lucha digna de los recicladores en las calles de Ibagué y Barranquilla, hasta las dinámicas escolares que reflejan las desigualdades sociales en Bogotá, pasando por la cotidianidad de las ventas ambulantes, la riqueza cultural de las tradiciones

populares y las dificultades que enfrentan las comunidades en sus territorios. Los ensayos, finalmente, invitan a la reflexión profunda sobre la memoria colectiva y los desafíos de construir una paz duradera y positiva. Rasgos distintivos emergen en las escrituras de los autores seleccionados, donde se evidencia una sensibilidad por las historias no contadas, una exploración de las emociones humanas en contextos difíciles y una búsqueda constante de la esperanza en medio de la adversidad. Los temas, estilos y enfoques varían desde el realismo social hasta la introspección poética, pero todos convergen en su compromiso con la construcción de una sociedad más justa y equitativa. Además, las voces de los autores resuenan con acentos regionales diversos, enriqueciendo la antología con la pluralidad de experiencias y sentires que conforman nuestra identidad colombiana. Cada texto va acompañado de una fotografía del escritor en su territorio y un perfil biográfico que nos acerca a sus sueños y aspiraciones como las que tiene cualquier autor.

Finalmente, queremos extender nuestras más sinceras felicitaciones a todos los participantes de este Concurso Nacional de Escritura. Su talento, creatividad y compromiso con la construcción de una cultura de paz son un ejemplo para todos. Que este libro sirva como inspiración para seguir cultivando el amor por la palabra y para construir juntos un futuro donde la escritura sea un instrumento de transformación social.

Presentación

Hoy celebramos algo más que un ejercicio literario o una actividad institucional. Celebramos la toma de la palabra. En un país donde por tantos años se ha intentado silenciar la voz del pueblo, el lenguaje, no solo como vehículo de comunicación, sino como medio de transformación gestado en las familias, en las comunidades, en la escuela pública, de las manos de niñas, niños, adolescentes, jóvenes y docentes, sigue siendo una fuerza revolucionaria.

Estas páginas que hoy presentamos bajo la inspiradora premisa de “Historias de paz” nos convocan a un diálogo fundamental sobre la reconciliación y la construcción

colectiva de un país que avanza en la senda de la paz total. Donde la palabra no sea usada para excluir ni para imponer, sino para tender puentes, para narrar lo vivido, para imaginar futuros que nos han sido negados. Porque reconciliar no es olvidar: es recordar con sentido, hacer memoria y devolver la voz a quienes no la han tenido.

Cada escrito es un testimonio vivo de participación, de la palabra como posibilidad de encuentro, recurriendo a la memoria colectiva, ofreciendo claves para entender nuestro pasado y presente desde los ojos de quienes lo habitan, no desde los escritorios de quienes lo administran. Es por esto que el libro que tienen en sus manos es un ejercicio pedagógico en el sentido más noble del término: no por tratarse de un manual, sino porque educa desde la sensibilidad, porque nos desafía a escuchar de verdad, y porque nos convoca a aprender con el otro, no sobre el otro.

Aquí resuenan voces diversas, relatos nacidos en territorios golpeados por la guerra. En cada línea escrita por nuestros estudiantes de El Catatumbo, nuestros docentes de los Montes de María, las comunidades del Cauca se vislumbra una cuestión política: ¿cuál es el país queremos construir? ¿Qué papel jugamos en las transformaciones que necesitamos? ¿Cómo transformamos sin olvidar? Preguntas que nos enseñan que cuando hay espacio para contar,

cuando hay alguien que escuche, cuando hay escuela es posible un futuro de entendimiento y esperanza.

Es de esta manera que reafirmamos que educar, en el sentido más profundo, es sembrar pensamiento crítico, autonomía y sensibilidad, no obediencia. El aula no es un espacio neutro, es en ella donde se acoge, se deconstruye, se reflexiona y se forma una ciudadanía crítica que, mediante la lectura, la escritura y todas las formas de expresión hace un ejercicio legítimo de invención de la realidad.

Gracias a quienes hicieron posible esta obra: a las y los maestros que, desde las escuelas rurales hasta los colegios urbanos, han enseñado con convicción que leer y escribir es mirar el mundo con otros ojos. Sabemos que muchas veces educar en Colombia es resistir. Son ustedes quienes han defendido la educación pública como derecho, como práctica emancipadora. Este libro es también un homenaje a ellas y ellos.

Finalmente, agradecemos al equipo de la Universidad Nacional de Colombia por su invaluable labor en la realización de este concurso. Asimismo, a todas las familias, estudiantes y comunidades que se sumaron a este proceso mostrándonos la paz, no como un eslogan, sino como una práctica cotidiana.

Y que estas historias, semillas de cambio, sigan abriendo caminos.

Daniel Rojas Medellín
Ministro de Educación Nacional

Acta de los jurados

Los jurados del Concurso Nacional de Escritura “Historias de Paz 2024-2025” han culminado con éxito su valiosa labor de evaluación. Tras un meticuloso proceso de análisis independiente de los miles de textos recibidos, y después de llevar a cabo mesas de deliberación por cada modalidad y categoría, se seleccionaron a los talentos cuyas voces resuenan con especial fuerza en esta edición. Las decisiones fueron producto de un diálogo argumentado y ponderado, buscando reconocer la originalidad, la profundidad en la aproximación a la temática de la paz, la calidad literaria y la capacidad de los autores para narrar, reflexionar y conmover a través de la palabra escrita.

Los Cuentos seleccionados destacaron por su ingenio narrativo, la construcción de personajes y tramas que, desde la ficción, exploran los valores de la convivencia, la reconciliación y la resiliencia en sus múltiples dimensiones. En la modalidad de Crónica, se valoró especialmente la habilidad para transformar hechos reales en relatos envolventes, la agudeza en la observación, la fuerza del testimonio y la construcción de un discurso que invita a la reflexión sobre los caminos hacia la paz en diversos contextos. Finalmente, en la modalidad de Ensayo, se premió la profundidad del pensamiento crítico, la solidez argumentativa, la coherencia de las ideas y la capacidad de proponer nuevas miradas y análisis sobre la construcción de la paz y el papel fundamental del lenguaje en este proceso.

Nos complace anunciar a todos los ganadores de esta edición, quienes se hacen merecedores de los premios correspondientes a sus modalidades y categorías, y cuyas obras serán publicadas en la presente antología, como testimonio del poder transformador de la palabra:

Cuentos

Categoría infantil:

- Sara Sofía Pineda Moreno: ¿Y si nos ponemos en los zapatos del otro?
- Juan José Avendaño Vela: La capa de los héroes
- Elizabeth Castro Portacio: Barcos de papel
- Jhoaan Alexander Vargas Pérez: La florista de la esperanza
- Sharith Xiomara Alarcón López: La paz del reino
- Evelyn Mariana Celis Espitia: El reino del silencio
- Camila Pedraza Casas: Mía y el río seco
- Lauren Sareth Jaimes Jaimes: El jardín de los mil colores

Categoría juvenil:

- Mauricio Morales Bautista: El juego
- Jaime Esteban Ordóñez Bustos: El pacto
- Yiris Sahir Barrera Peña: El susurro del viento en tiempos de guerra
- Victoria López Barrantes: Donde brillan las estrellas
- Sarah Valentina Jaramillo Fuentes: El susurro de los bananales
- Elkin Manuel Banquez Pestana: El eco del silencio

Categoría adultos:

- Sindy Paola Cortés Barrios: Amasijos
- Joselin Castañeda Triana: El silencio de las campanas
- Libardo Enrique Caraballo Blanco: La cicatriz del viento
- Camilo Daniel Bonilla Pazos: Reparando a Billy
- Yerina Viana Moreno: Día de la verdad
- Manuel Alejandro Castro Petro: Abarco

Crónicas

Categoría juvenil:

- Marilyn Giselle Calvache Yandún: ¿Dónde está papá?
- Sebastián Cardona Cardona: Murmullos de vida
- Melani Estefanía Lasso Lasso: El eco de las montañas
- Óscar Mauricio Ángel Bustos: El ruido de la paz
- Ana María Torres García: Colombia, donde renació mi alma

Categoría adultos:

- Rodolfo Alexander Miranda Cruz: Sin dolientes “En Barranquilla me quedo”
- Diana Marcela Villamizar Abril: En el patio de una escuela
- Yesid Niño Arteaga: Crónica de canelazos
- Yanira Rodríguez Bautista: Hasta el fin del mapa

- María Clara Rambao Almanza: Memoria en un territorio herido

Ensayos

Categoría juvenil:

- Anyi Camila Montenegro Mena: La paz: una balanza entre el conflicto humano y la sociedad
- Dana Sofía Freja Cervantes: La construcción de una paz decreciente
- Laura Sofía Obando Arguello: La memoria de la violencia en Colombia: clave para prevenir ciclos de violencia, reconciliar y reconocer la diversidad cultural
- José Joaquín Ortiz Chavarría: La música y la paz: un lenguaje que conecta el alma humana
- Jerónimo Ramos Valencia: La paz como equilibrio de fuerzas

Categoría adultos:

- Laura Stephania Vera Jaramillo: ¿Qué hemos hecho con lo que vimos?
- Diego Jesús Medina Martínez: Traslado del sistema integral para la paz a la comunidad indígena awá, del municipio de Barbacoas, Nariño
- Marco Antonio Valencia Calle: El puente está quebrado, ¿con qué lo curaremos?

- Stefany Espitia Guerrero: Úrsula Iguarán, como figura de la paz en Cien años de soledad de Gabriel García Márquez
- Leonardo Puentes Díaz: La paz de la hormiga

Felicitamos a todos los participantes por su invaluable contribución a esta iniciativa, y especialmente a los ganadores, por inspirarnos con sus “Historias de Paz” que hoy se convierten en un legado para el país que toma cuerpo en este libro que tiene en sus manos.



Cuentos

Categoría
infantil

¿Y si nos ponemos en los zapatos del otro?



Sara Sofía Pineda Moreno

Hola, soy Sara Sofía Pineda Moreno, tengo 12 años y vivo en un bello municipio llamado Castilla la Nueva, en los inmensos Llanos Colombianos.

He crecido rodeada de hermosa fauna, escuchando y bailando joropo al ritmo de arpa, cuatro, bandola y maracas.

Desde pequeña me ha gustado participar en actividades culturales y deportivas como joropo, canto, bandola, baloncesto y voleibol.

Mi motivación para escribir ha sido el proyecto Semillas Cuenteras de mi Institución Henry Daniels, donde cada año nos invitan a crear un cuento. Me incliné por el tema de la Paz porque soy coinvestigadora del Observatorio Paz al Derecho, donde trabajamos sobre cómo podemos promover los derechos de los niños, niñas y adolescentes en mi municipio. El acoso escolar ha sido uno de los temas que hemos discutido.



A hí estaba ella, sentada en un columpio del parque. Era una tarde gris y no había muchos niños, pero se escuchaban voces de fondo de pequeños gritando de alegría. De su cara brotaban lágrimas, pero no se sabía si eran de alegría o de tristeza, ya que su rostro no demostraba emoción alguna; sus ojos tenían una mirada perdida. Nadie sabía qué pensaba. Enfocada en todo y en nada, sintió como le empezaron a caer gotas de agua, escuchó cómo los truenos sonaban y se dio cuenta que había empezado a llover.

Para entender esta historia, nos vamos a devolver al principio...

Martina era una niña de clase alta que estudiaba en uno de los colegios más prestigiosos de la ciudad. Sus padres eran personas de negocios, por lo cual siempre estaban muy ocupados y nunca tenían tiempo para sus hijos. Eso sí, les daban lo que querían, pero al estar todo el tiempo en el trabajo no

estaban pendientes de ellos; así que, cuando Martina quería ir a algún lado, tenía que ir con Luisa, que era quien la cuidaba.

Era un lunes y Martina y su amiga Antonia estaban comprando onces. En un rincón de la cafetería estaba Alejandro, sentado solo y recordando su antigua casa, su finca, su vaca llamada Lola, a quien le contaba todo sobre su vida. Él, un niño campesino que lo tenía todo en medio de las adversidades del campo, extrañaba el cielo inmenso, libre de contaminación; los ríos envueltos de agua pura en los que nadaba y pescaba cuando quería; extrañaba los animales libres que se encontraba a cada rato. Y a pesar de que muchas veces no tenían dinero, siempre tenían algo para echar a la olla y comer sabroso. Él vivía con sus padres, Miguel y Ana, quienes trabajaban todos los días en la finca. En sus pensamientos empezó a recordar por qué llegó a la ciudad y llegó a su mente el horrible día cuando un grupo armado se interesó en sus tierras y los amenazó para que se fueran de allí. Les dieron solo dos días para alistar sus cosas e irse.

De repente llegó Martina le pegó una patada en el pie y lo sacó de sus recuerdos.

—¡Auuuuchh! ¡Oiga, eso me dolió! —dijo Alejandro con voz llorosa.
—¡Jajajajaja! Deja de ser tonto; ¿acaso en el campo no es que son muy fuertes? —dijo Martina riéndose sin parar.

Pasaron varios meses y todos los niños del salón se sumaron al *bullying* de Martina: le pegaban, se burlaban

y Alejandro no decía nada por miedo a perder la beca que había ganado por su inteligencia y que le permitía estudiar allí. Pero un día llegó con moretones a casa y sus padres le preguntaron por qué estaba golpeado. Él les contó que, a pesar de que se esforzaba por encajar, siempre llegaba temprano, los ayudaba con lo que no entendían y era compañerista, ellos se mostraban amables en clase, pero en los descansos o almuerzos siempre lo humillaban y golpeaban. Contó que Martina lideraba todo. Sus padres le preguntaron si sus maestros estaban al tanto de esto. Alejandro dijo que no, pues en los descansos ningún profesor estaba en los pasillos ni en la cafetería, que eran los lugares donde sucedía todo esto. Decidieron ir al colegio y hablaron con los profesores. La profesora María citó a los papás a una reunión el viernes.

Llegó el viernes; al entrar, los padres se dieron cuenta que era algo grave. La profe María empezó a relatar los hechos y todos quedaron sorprendidos, ya que ellos no sabían nada. Los papás de Martina solo le dijeron que estaban decepcionados y la castigaron por un mes. A Martina no le importó: esta era una forma de expresar la ausencia de sus padres, así que decidió seguir con el acoso.

Días después, Antonia iba camino a casa y se encontró con Alejandro. Conversaron y él le contó su historia. Llegó la noche, Antonia no paraba de pensar en Alejandro. Se quedó reflexionando y de repente pensó:

—No, pobre niño; él no merece que lo tratemos así. Su vida ha sido muy dura.

Al día siguiente, en el descanso, Martina se dio cuenta que Alejandro tenía el zapato roto y aprovechó para molestarlo. Todos empezaron a ver que algo pasaba y se fueron agrupando. Cuando escucharon lo que Martina le decía a Alejandro, les causó gracia y no paraban de reír.

Entre tantas risas Antonia gritó:

—¡Alto!

Todo quedó en silencio. Antonia tomó valor y dijo:

—¡No! Él no merece esto, no merece que lo traten así. Su vida ha sido muy difícil —luego dirigiéndose a Martina le dijo— ¡Martina, ponte en sus zapatos! ¿Te gustaría que a ti te tratarán así de feo? Piénsalo. Tienes el resto de hoy para disculparte y, si no lo haces, dejaré de ser tu amiga y serás tú quien esté sola.

De repente hubo un pequeño instante de silencio, y fue ahí cuando todos empezaron a abuchear a Martina y a gritar:

—¡Martina eso no se hace!

Está escena era la que tenía a Martina tan pensativa en el parque. Tomó su chaqueta y se fue a casa reflexionando sobre el daño que le había hecho a su compañero.

A primera hora le pidió a Alejandro disculpas por lo que había hecho y él, sin rencor, le dijo que no había problema,

que todo quedaba en el pasado desde que no volviera a suceder. Los tres empezaron a pasar tiempo juntos, conocieron sus historias, sus alegrías y tristezas, y comprendieron que todos tenían dificultades en sus vidas. Se propusieron promover el respeto hacia todas las personas, sin importar sus diferencias, y prevenir el *bullying* en su entorno.

Lo más importante para detener el *bullying* es que nadie apoye, se ría o repita estas acciones. Esto nos queda para reflexionar y decir: ¡No al acoso escolar!

FIN

La capa de los héroes



Juan José Avendaño Vela

Soy Juan José Avendaño Vela, nací el 18 de mayo de 2015 en Turmequé. Soy el tercero de tres hijos hombres. Mi papá se llama Raúl Avendaño, tiene 37 años y es peluquero. Mi mamá se llama Sonia Vela, tiene 34 años y es manicurista. Ambos también son de Turmequé, pero llevamos muchos años viviendo en Tunja.

Estudio en el colegio San Jerónimo Emiliani en Tunja desde preescolar. Soy un niño muy feliz y amigable; mi familia dice que soy la alegría de la casa. Me gusta ayudar a mis compañeros y, si es necesario, comparto mis onces con ellos.

Me encantan los perros y los gatos, pero tristemente no me dejan tener mascotas.

Por último, con mis hermanos somos muy amantes al baloncesto. Anhele algún día poder llegar a la NBA.



Hola, soy Juan José, tengo nueve años y te quiero contar una historia. Mientras viajaba en un bus rumbo a donde viven mis abuelos en Turmequé, un municipio de Boyacá, escuché a dos señoras hablar. Obvio, no era de mi incumbencia, pero no pude dejar de escucharlas porque me parecía algo muy interesante. Una de estas mujeres comenzó a llorar, y esto fue lo que me hizo inclinar mi oído a la plática. Ella estaba muy acongojada y se notaba en sus palabras cuánto dolor tenía en su corazón. Recuerdo que ella empezó diciendo que no aguantaba más porque su esposo la golpeaba y le decía palabras groseras. Contó cómo procuraba que sus dos hijos pequeños se acostaran antes de que él llegara.

Mientras ella le contaba esto a su amiga, yo miraba hacia el horizonte con mis ojos perdidos en las montañas y en la vegetación, imaginando todo su relato. Mi reacción inmediata

fue querer ver el rostro de aquella mujer. Giré la cabeza para intentar verla por el espacio entre los asientos, pero no pude. Lo único que lograba observar era a su amiga, tomándola de las manos e intentando consolarla.

Mi mamá, que estaba sentada a mi lado, se dio cuenta de mi intención y, negando con la cabeza, me lo prohibió. Cuando miré sus ojos, noté que ella también estaba escuchando, y cuando estaba volviendo a sentarme escuché un silencio colectivo en todo el bus y concluí que todos estaban intentando escuchar. La mujer continuó su relato: decía cómo aquel hombre llegaba muy tomado, sin dinero, y cómo ella sufría porque con lo poco que ganaba no alcanzaba a cubrir los gastos de su hogar, como el arriendo, los servicios y la comida. Contó cómo, en muchas ocasiones, sus hijos y ella se habían ido a dormir sin probar bocado.

En aquel momento me sentí mal porque recordé las veces en que yo renegaba por lo que mi mamá me servía en el plato, y cómo muchas veces, a escondidas, botaba la comida en los desechos. En serio, me sentí mal. En aquel instante quise llorar solo por imaginar a aquellos niños acostándose sin comer. No sé qué me pasó, nunca había tenido este sentimiento. Mientras pensaba todas estas cosas, el viaje se hizo excesivamente corto y ya era la hora de bajarnos. Miré mis bolsillos y tenía dos billetes de baja denominación y tres monedas. No era mucho, pero tuve el impulso de ir

corriendo hacia aquella mujer del puesto de atrás para darle todo lo que tenía.

Recuerdo que me sonrojé. Pensé que era una mujer mayor, pero no, eran dos mujeres muy jóvenes. Mi rostro se puso como un tomate, era muy linda. En ese instante exacto se me aguaron los ojos porque vi cómo las lágrimas aún corrían por sus mejillas. Ella me miró, y yo puse en sus manos ese poco dinero. Ella se resistió a recibirlo, pero yo insistí y le dije rápidamente que, sin querer, las había estado escuchando, y que ese dinero no era mucho, pero lo daba con mucho cariño. Ella entonces me sonrió, me dio un pequeño abrazo y un beso en la frente y me dijo “gracias”.

Mamá no se percató de nada y me apuró a bajar del bus. Me sentí bien, era como si sobre mi espalda ondeara una capa. Íbamos como a diez pasos desde el bus, cuando sentí que aquellas mujeres también se bajaron. Entonces le pregunté a mi mamá si las conocía. Ella volteó para mirarlas, asintió con la cabeza y me dijo que sabía dónde vivía la mujer. Cuando llegamos a casa de mis abuelos, que estaba muy cerca de la estación de buses, me alegré mucho al ver a mis abuelos, y me lancé a darles un abrazo.

Más tarde, a la hora de la cena, recordé lo sucedido. Cuando vi mi plato, supe cuán afortunado era.

Entonces, mi abuela, al ver mi rostro, me preguntó:

—¿Por qué esa cara de ponqué?

Yo sonreí aún más, agradecido porque había aprendido una buena lección. Luego les conté la triste historia de aquella linda mujer. Mi mamá le dijo a mi abuela que ella era la mujer que vivía junto a la tienda de don Pablito.

Entonces, mi abuelo, con cara de preocupación, guardó por un momento silencio, y mi abuela le preguntó si ella no era la esposa de Jorge, uno de sus empleados de la finca. Mi abuelo le respondió que sí. A la mañana siguiente, mis abuelos nos invitaron a su finca y me puse feliz porque me gusta mucho el campo. Cuando llegamos, mientras yo corría en un prado frente a la casa de la finca, vi a mis abuelos hablando con un hombre. Me causó mucha curiosidad y me acerqué a escondidas; lo hice muy despacio y me escondí tras un árbol. Era Jorge, el esposo de aquella linda mujer. Escuché cómo mis abuelos lo aconsejaban para tener una mejor relación con ella. Me sentí orgulloso de mis abuelos. Luego, vi cómo lo acompañaron hasta su casa junto con un gran mercado para su familia.

Cuando mis abuelos regresaron, me lancé a los brazos de mi abuelo y le pregunté qué había pasado.

Él me dijo:

—Hay personas que fueron criadas en un ambiente hostil y muchas veces no saben comportarse porque nadie les

ha enseñado. Nosotros muchas veces juzgamos, pero no ayudamos a generar cambios, y en ocasiones, en vez de menguar el problema, lo hacemos más grande.

Me miró directo a los ojos y me dijo:

—Juan José, tú debes ser parte de la solución.

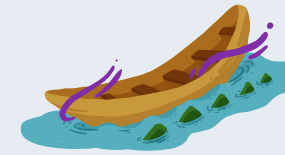
Y me dio un papel que decía: “mal + mal = mal, mal + bien = bien, y bien + bien = muy bien.”

Barcos de papel



Elizabeth Castro Portacio

Me llamo Elizabeth Castro Portacio y soy de La Mojana, una tierra llena de agua y esperanza. Me encanta ver cómo el sol grandote se refleja en el río San Jorge cada mañana, y en las noches frías de invierno, el canto de los sapos y grillos me arrullan como canciones de cuna. En mi tierra, el barro cuenta historias olvidadas que aún viven en la voz de nuestros abuelos. Por eso escribo: para pescar esos relatos que corren con el agua y no dejarlos ir. Elegí el agua como tema de mi cuento porque me recuerda a mi abuela Sandra, a su amor por el agua, al cabeza de gato que cocinaba, y al olor a tarulla del caño Mojana. Escribo para que todo eso nunca se olvide.



Magnolia, una niña de pelo castaño claro, rizado, y unos ojos que siempre reflejaban felicidad, vivía en un pueblo rehundido en La Mojana llamado Playa Bonita. Siempre llevaba una sonrisa a todo dar. Su madre la llamó Magnolia en honor a su bisabuela, una mujer aventurera y de sabiduría del monte. Magnolia era huérfana. Su padre murió en una guerra marina cuando ella tenía apenas dos años, y su madre falleció poco después, al dar a luz a su hermana menor, Julia.

Julia era una quicata de cabello rebelde como su alma, piel morena y mejillas regordetas. Ambas vivían con sus abuelos. Su abuela era una mujer de carácter recio y cabello negro apretado. Su abuelo era un tipo alto de esos que dan la palabra antes que la espalda. Además de cosechar la vida, sus abuelos cultivaban la yuca, el maíz, el arroz y unos plátanos cacho buey que, en tiempos de cosecha, achichaban todo lo demás.

Desde pequeña, Magnolia amaba las barquetas y decía:

—Cuando sea grande, quiero bogar en una canoa por el río, siguiendo la luna grandota que se refleja en las olas.

En invierno, Magnolia tiraba en las corrientes de agua lluvia barcos de papel hechos por su abuelo. Cada barquito era un mensaje para su madre allá donde nace y muere el río. Ella creía que su padre regresaría algún día para llevarlas embarcadas a vivir a la luna plateada de La Mojana.

Al comenzar la escuela, Magnolia hizo muchos amigos. Pero en la secundaria la cambiaron de colegio debido a la inclemencia del invierno, que tenía a más de uno con el agua en el pescuezo. Le costó adaptarse a una nueva vida, lejos del río y de la luna grandota de Playa Bonita. Un día, Stiven, un niño con sueños de pescado, le habló. Entre palabra y palabra descubrieron que el río que cae en La Mojana no era azul, aunque en el colegio lo pintan de ese color.

—Quizás no conocen el río que nos atraviesa —reflexionaban ambos mientras sonaba una canción en inglés en la emisora del colegio.

La amistad floreció como tarulla en el lecho del caño, y pronto se volvieron inseparables.

Al poco tiempo, Magnolia conoció a Sasha, una niña de rizos dorados y ojos verde bijao. Junto con Stiven, formaron una triplete inseparable. Pero un día, el abuelo de Magnolia la visitó con la noticia en las manos de que se mudarían a Anfibia, un pueblo alegre en el que la vida corría sin prisa. Aunque no quería

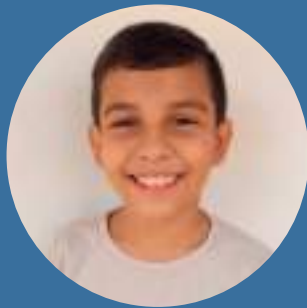
irse, Magnolia tuvo que despedirse de sus amigos.

Años después, regresó a Playa Bonita y descubrió la verdadera causa de la muerte de su padre: un caimán bravo del caño grande embistió la canoa donde pescaba un sábado de gloria, y su cuerpo fue encontrado enredado con el trasmallo días después. Aquel descubrimiento fue como una revelación para cumplir su sueño de bogar río arriba en busca de la luna plateada. Su abuelo, con esfuerzo, aprendió el oficio de la galafatería y le construyó una canoa morena. Antes de partir, su abuela le acomodó unas semillas de magnolia en el bolsillo izquierdo de su camisa, al lado del corazón, como para que el amor encuentre tierra fértil.

Magnolia se embarcó en el Puerto de las Hormigas con la ilusión de encontrar los ríos voladores que mueren y nacen en el cielo, cerca de la luna. Con cada palada, sentía el pulso de la corriente, como si el río le susurrara secretos antiguos. La brisa le traía recuerdos de su infancia, de su abuelo sembrando maíz y de su hermana Julia corriendo entre los cultivos. Mientras se alejaba de la orilla, un destello en el agua la hizo sonreír: un pequeño barco de papel flotaba a la deriva. Lo tomó con cuidado, reconociendo la caligrafía de su abuelo en la frágil superficie: “Cuando encuentres la luna, dile que aquí seguimos esperando”.

Y entonces Magnolia comprendió: el viaje apenas comenzaba.

La florista de la esperanza

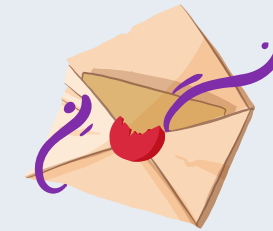


Jhoan Alexander Vargas Pérez

Me llamo Johann Alexander Vargas Pérez, tengo 10 años y nací en Cúcuta, Norte de Santander. Soy hijo de Alexander Vargas, un trabajador dedicado, y Yeini C Pérez Carrascal, una mujer valiente que sufrió el desplazamiento forzado en su infancia por la violencia en El Tarra. Actualmente, soy el hermano mayor de tres: Alex Josué Vargas Pérez y una hermanita que viene en camino.

Estudio en la Institución Educativa Presbítero Juan Carlos Calderón Quintero, cursando el grado 5-03. Mis pasatiempos favoritos son jugar fútbol, leer y aprender sobre el universo viendo documentales.

Mi cuento, La florista de la esperanza, nació gracias a dos pilares: mi madre, cuya historia de resiliencia me inspiró, y mi profesora de Lengua Castellana, quien me guió con paciencia en la escritura. Este reconocimiento es un tributo a ellas.



Sophie vivía en un pequeño pueblo del Norte de Santander durante los días más oscuros del conflicto armado en Colombia. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) sembraban miedo y desolación en la región. Sin embargo, en medio de tanta adversidad, Sophie encontraba consuelo en las flores y la escritura. Su refugio era un jardín secreto, un lugar donde las flores crecían libres y llenas de vida, como un símbolo de resistencia y belleza en medio del caos.

Sophie, junto a su hermano Hans y su amiga Elise, formaba parte de un grupo llamado «La Rosa Blanca». Juntos compartían mensajes de esperanza en un intento por iluminar los corazones de quienes los rodeaban. Sophie tenía una idea especial: esconder mensajes de fe, libertad y esperanza en los ramos de flores que ella misma arreglaba con esmero.

Cada mañana, Sophie llevaba sus arreglos florales a la plaza del mercado. En cada ramo, escondía un pequeño mensaje que hablaba de la importancia de mantener viva la esperanza, incluso en los tiempos más difíciles. Un día, mientras colocaba un ramo en un banco de la plaza, una anciana se acercó y lo recogió. Al encontrar el mensaje entre las flores, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Gracias, mi niña —dijo la anciana con voz temblorosa—. Esto es justo lo que necesitaba hoy.

—Es un pequeño regalo de esperanza —respondió Sophie con una sonrisa cálida.

Sin embargo, no todo era tranquilidad. Algunas personas comenzaron a sospechar. Corrían rumores de que alguien estaba esparciendo mensajes secretos, y Sophie, Hans y Elise sabían que debían ser extremadamente cuidadosos. El peligro acechaba en cada esquina.

Una tarde fría, mientras Sophie colocaba un mensaje en un ramo de girasoles, dos personas con uniformes se acercaron. Hans y Elise observaban desde lejos, conteniendo la respiración, nerviosos por lo que pudiera ocurrir.

—¿Para quién es ese ramo, joven? —preguntó uno de los uniformados con curiosidad.

Sophie, manteniendo la calma y con una sonrisa serena, extendió el ramo hacia ellos.

—Es para cualquiera que necesite un poco de luz en estos tiempos oscuros —respondió con firmeza.

Los uniformados, aunque confundidos, se sintieron conmovidos por su gesto. Después de un momento de silencio, le permitieron seguir su camino. Ese día, Sophie y sus amigos comprendieron el poder de su resistencia pacífica. Las palabras podían ser tan poderosas como las armas, pero su arma era la esperanza.

Con el tiempo, más personas se enteraron de los mensajes de « La Rosa Blanca». Aunque enfrentaron numerosos peligros, nunca dejaron de compartir su mensaje de fe, esperanza y libertad. Sophie, con sus flores y sus palabras, se convirtió en un símbolo de resistencia y luz en medio de la oscuridad.

Fin.

La paz del reino



Sharith Xiomara Alarcón López

Mi nombre es Sharith Alarcón y tengo 11 años. Vivo en Nobsa con mi mamá y mi abuelita. Estudio en la Institución Educativa Técnica de Nobsa, donde curso el grado quinto.

Me encanta pasar tiempo con mi gato, Simón, y disfrutar de mis ratos libres. Sin embargo, lo que más me apasiona es dibujar y colorear.

Recientemente, me inspiré en el tema de la paz y decidí escribir un cuento sobre él. Quiero que mi país sea un lugar lleno de armonía y amor, donde no haya conflictos ni sufrimiento. Creo que todos podemos contribuir a hacer del mundo un lugar mejor, y quiero ser parte de ese cambio. Espero que mi cuento pueda inspirar a otros a reflexionar sobre la importancia de la paz y a trabajar juntos para crear un mundo más justo y feliz.



Había una vez, en un mundo no tan lejano, un reino llamado Solaria. Este reino era conocido por sus vastos campos verdes, ríos cristalinos y montañas majestuosas. La gente de Solaria vivía en armonía, cultivando la tierra y compartiendo sus cosechas. La paz reinaba en cada rincón y la felicidad era una constante en la vida de sus habitantes.

Sin embargo, más allá de las montañas existía un lugar llamado Nublia. Allí, la niebla cubría el suelo y la desconfianza entre sus habitantes crecía como una sombra oscura. Las historias de conflictos y rivalidades eran comunes y la paz parecía un sueño lejano. A pesar de su cercanía, Solaria y Nublia eran mundos completamente diferentes.

Un día, mientras un grupo de niños de Solaria jugaba cerca del río, encontraron una pequeña caja antigua enterrada en la arena. Al abrirla, descubrieron un mapa que conducía a un lugar misterioso que prometía traer paz a cualquier reino que lo encontrara. Los niños, emocionados por su descubrimiento, decidieron seguir el mapa y emprender una aventura hacia lo desconocido.

Al día siguiente, los niños se reunieron en secreto para planear su viaje. Entre ellos estaban Elena, una niña valiente con una gran curiosidad; Tomás, un soñador que siempre hablaba sobre la importancia de la paz; y Sofía, una niña con un don especial para hacer amigos. Juntos decidieron cruzar las montañas hacia Nublia para encontrar el lugar señalado en el mapa.

El viaje no fue fácil. Al ascender por las empinadas laderas, se enfrentaron a tormentas y deslizamientos de tierra, pero su determinación los mantuvo unidos. Después de varios días de arduo caminar, finalmente llegaron a la cima de las montañas y se encontraron ante el misterioso lugar indicado en el mapa: un antiguo templo cubierto de hiedra.

El templo parecía abandonado, pero había algo mágico en él. Al entrar, se dieron cuenta de que las paredes estaban adornadas con frescos que representaban escenas de unidad y amor entre diferentes pueblos. En el centro del templo había una fuente cristalina que emanaba luz dorada. Mientras los niños se acercaban a la fuente, una figura luminosa apareció ante ellos. Era el Guardián de la Paz, un ser sabio y bondadoso. —Bienvenidos, jóvenes aventureros —dijo con una voz suave como el murmullo del viento— he estado esperando su llegada. Este es el lugar donde se puede encontrar la esencia de la paz. El Guardián explicó que, para activar la fuente y difundir la paz entre los reinos, necesitaban primero aprender sobre la comprensión y la empatía. Cada uno tendría que compartir

una historia sobre un momento en el que habían superado un conflicto o ayudado a alguien a resolver una disputa.

Elena comenzó:

—Una vez vi a dos amigos pelearse por un juguete. En lugar de tomar partido, les sugerí que jugaran juntos y crearan algo nuevo con el juguete.

El Guardián sonrió al escucharla.

Tomás continuó:

—Recuerdo cuando mi hermano pequeño estaba triste porque había perdido su balón favorito. Decidí ayudarlo a buscarlo hasta que lo encontramos juntos.

Sofía compartió su historia:

—Una vez ayudé a dos compañeros en mi clase que no se hablaban debido a un malentendido. Organice un juego en el que todos participamos y, al final, se dieron cuenta de que todo había sido un error.

Cada historia resonó en el corazón del Guardián.

—Han demostrado compasión y valentía —dijo él— ahora deben llevar esta esencia de paz a Nublia.

Los niños sintieron cómo una energía cálida comenzaba a llenar el templo mientras la fuente brillaba intensamente. El Guardián les entregó agua de la fuente en pequeñas botellas doradas y les dijo:

—Cuando lleguen a Nublia, compartan esta agua con aquellos que están en conflicto. Les recordará lo importante que es trabajar juntos.

Con el corazón lleno de esperanza, los niños emprendieron su viaje hacia Nublia. Al llegar al pueblo más cercano, se encontraron con miradas desconfiadas y murmullos entre los habitantes. Sin embargo, recordando las enseñanzas del Guardián, decidieron acercarse con amabilidad.

Elena habló primero:

—¡Hola! Venimos desde Solaria con algo especial para ustedes. Los habitantes miraron curiosos mientras los niños mostraban las botellas doradas.

—Esta agua proviene del Templo de la Paz —explicó Sofía— queremos compartirla con ustedes para ayudarles a encontrar armonía.

Al principio hubo resistencia; algunos habitantes no creían en las palabras de los niños e incluso consideraron echarlos del pueblo. Pero Tomás tomó valor y dijo:

—Entendemos que han tenido conflictos aquí, pero también sabemos lo importante que es trabajar juntos.

Fue entonces cuando uno de los ancianos del pueblo se acercó lentamente. Era conocido por ser sabio pero también muy reservado debido a experiencias pasadas difíciles.

—Quizás deberíamos escucharlos —dijo con voz temblorosa. Los niños compartieron sus historias sobre cómo habían superado diferencias en Solaria y cómo habían aprendido el valor de la amistad y el entendimiento mutuo. Poco a poco, algunos habitantes comenzaron a acercarse e interesarse por lo que decían.

Finalmente, uno tras otro contaron sus propias historias sobre malentendidos entre vecinos o peleas por tierras o recursos escasos; todos coincidieron en que estos conflictos habían sido dañinos para todos.

Tras tomarse unos momentos para reflexionar sobre sus experiencias compartidas, sus corazones comenzaron a abrirse lentamente mientras comprendían cómo habían permitido que pequeñas disputas afectaran sus vidas en comunidad. Bebieron del agua mágica proveniente del Templo de la Paz y sintieron una sensación cálida que llenaba sus corazones; era como si hubieran dejado atrás todo rencor acumulado durante años.

La paz no solo es ausencia de guerra, sino también presencia activa amorosa entre comunidades diversas, dispuestas siempre escuchar cada voz individualmente, sin prejuicios ni rencores previos.

A partir ese día, tanto Solaria y Nublia florecieron juntas, creando puentes sólidos entre ellas y construyendo nuevas tradiciones compartidas, fortaleciendo vínculos amistosos duraderos basados en el respeto mutuo, la confianza recíproca y cultivando siempre el diálogo abierto. Así conformaron un futuro brillante, lleno de esperanza, alegría y verdadera paz eterna...

Y colorín colorado este cuento ha terminado.

El reino del silencio



Evelyn Mariana Celis Espitia

Mi nombre es Mariana Celis. Nací en Bogotá el 30 de marzo de 2015. Desde pequeña he estado rodeada de personas que me quieren mucho. Aunque crecí sin mi padre, mi madre siempre ha estado para mí, apoyándome e impulsándome a creer en mis talentos. Me considero una niña brillante, disciplinada y constante. Estoy cursando quinto grado en el colegio Liceo San Francisco de Asís y me siento feliz cuando sobresalgo cada vez más. Me encanta dibujar, escribir, los juegos de mesa y leer cuentos. Sueño con ser parte de un mundo mejor a través del arte y el conocimiento.

En el futuro quiero ser pintora y escritora, porque es lo que me apasiona. Confío en mí y en mis capacidades para ser ejemplo e inspiración.



Hace muchos años, en una tierra lejana, existía un reino llamado Silencio. Era un lugar donde nadie hablaba más de lo necesario, donde el sonido de los ríos y el canto de los pájaros eran más comunes que las voces de las personas. Su rey, Aldrich, había impuesto una estricta norma: «Solo hablarás cuando sea imprescindible».

Según la leyenda, esta regla existía porque, siglos atrás, una guerra había estallado entre los habitantes por simples discusiones que se transformaron en batallas. Desde entonces, el silencio reinaba y la paz se mantenía... o al menos eso creían.

Entre los habitantes de Silencio había una joven llamada Elira, cuya voz era como un susurro de viento. Su madre le contaba historias secretas sobre los tiempos antiguos, cuando la música y la risa llenaban las calles. Pero Elira nunca había escuchado una canción en su vida.

Una noche, mientras exploraba la biblioteca real, encontró un libro oculto tras una estantería vieja. Se titulaba *La Canción Perdida de la Paz*. Su corazón latió más rápido mientras leía sobre el antiguo canto que tenía el poder de unir corazones y borrar el odio.

Intrigada, Elira decidió emprender un viaje para encontrar la canción. Su madre intentó detenerla, advirtiéndole que el rey jamás permitiría que el sonido regresara al reino. Pero Elira sabía que la paz real no podía existir sin comunicación, sin expresión.

Su destino era la legendaria Montaña del Eco, donde, según el libro, la canción había sido guardada por los Guardianes del Sonido. Con solo una brújula y su determinación, partió al amanecer.

Durante su viaje, conoció a un viajero llamado Oren, un anciano que tocaba una flauta de madera. Aunque al principio temía hablar, Elira descubrió que Oren venía de un reino lejano donde la música era el lenguaje principal.

—¿Por qué tu reino teme el sonido? —preguntó Oren.

—Dicen que causa la guerra —respondió Elira.

—El sonido no causa guerras; las palabras sin comprensión lo hacen —dijo Oren con una sonrisa en su rostro.

Al llegar a la Montaña del Eco, encontraron una cueva oculta donde dormía un viejo sabio llamado Barek. En sus manos sostenía un instrumento de cuerdas, olvidado por los tiempos.

—¿Buscas la canción de la paz? —preguntó el sabio con voz profunda— La canción siempre ha estado aquí —señalando su pecho—, en los corazones de quienes desean comprender. Pero el miedo ha silenciado su melodía.

Elira, conmovida, tomó el instrumento y, sin saber cómo, empezó a tocar. Al principio solo fueron notas temblorosas, pero luego, como si una fuerza antigua guiara sus manos, la música fluyó como un río.

La montaña vibró con el sonido, y un viento cálido descendió sobre ellos. La canción había despertado.

Cuando Elira regresó a Silencio, el rey Aldrich estaba furioso.

—¡El sonido trae caos! —rugió.

Pero entonces, Elira tocó su melodía. Algo cambió en los rostros de los presentes. Los ojos del rey se llenaron de lágrimas al recordar su infancia, cuando su madre le cantaba antes de dormir.

Los habitantes del reino, al escuchar la canción, comenzaron a hablar entre sí. Primero susurraron, luego en palabras claras. Por primera vez en siglos, se entendieron, se rieron, se abrazaron.

Desde aquel día, el silencio dejó de ser una regla. La paz no venía de la ausencia del sonido, sino del respeto y la armonía entre las voces.

Así, Silencio se convirtió en el Reino de la Canción, donde la música y la palabra convivían en perfecta paz.

Mía y el río seco



Camila Pedraza Casas

Mi nombre es Camila Pedraza Casas, tengo nueve años y nací en Cúcuta. Estudio en el colegio Santo Ángel de la Guarda y curso cuarto grado. Soy muy curiosa y creativa, aprendo cosas nuevas todos los días.

Me gusta escribir. A veces invento historias, otras veces escribo sobre mi día o mis pensamientos, porque puedo expresarme y dejar volar mi imaginación. Adoro los animales y mi favorito es el capibara; este fue una de mis inspiraciones para mi cuento.

Además, amo el arte, es una de mis grandes pasiones. Me encanta dibujar y pintar. Un sueño que tengo es viajar a París para conocer museos y galerías. También disfruto la música, especialmente en inglés, que me ayudan a mejorar mi pronunciación mientras me divierto cantando.

Disfruté de paseos con mi familia a distintos lugares en Cúcuta y pueblos cercanos de clima frío en mi departamento. En mi tiempo libre, practico natación, un deporte que me hace sentir feliz cuando estoy en el agua.



En un parque muy bonito de Colombia, donde los árboles eran grandes y el viento contaba secretos, vivía Mía, una capibara curiosa y juguetona. Le encantaba correr por el pasto, nadar en el río y hacer nuevos amigos.

Pero últimamente algo raro pasaba en el parque: algunos animales discutían todo el tiempo. Bruna, la lora, peleaba con Rocco, el zorro, porque él quería semillas del gran árbol de ceiba.

—¡Esas semillas son para los pájaros! —gritaba Bruna.

—¡Pero todos necesitamos comer! —decía Rocco, enojado.

Mía los miraba y suspiraba. ¿Por qué no podían compartir?

Un día pasó algo peor: el río donde a Mía le encantaba nadar estaba casi seco. Los peces saltaban preocupados, las ranas estaban tristes y los árboles tenían las hojas caídas.

—¡Si el río se seca, nos quedamos sin agua! —dijo Tito, el jaguar que sabía muchas cosas.

Todos los animales se juntaron para ver qué hacer. Algunos querían hacer pozos, otros decían que tenían que irse a otro lugar. Pero Mía pensó en otra cosa:

—El agua no desaparece sola —dijo—. Algo la está deteniendo. ¡Vamos a averiguar qué pasa!

Algunos animales dudaron: ¿cómo una capibara iba a resolver el problema? Pero Mía no se rindió.

Junto a Rocco, Bruna y Tito, caminó siguiendo el río. Después de mucho rato, encontraron algo sorprendente: un montón de ramas y barro tapaban el paso del agua. ¡Era una represa hecha por castores!

Mía se acercó y preguntó:

—¿Por qué hicieron esto?

Bruno, un castor con dientes grandes, salió y dijo:

—Lo sentimos. Solo queríamos un lugar seguro para nuestra familia.

Mía pensó un momento. Los castores no eran malos; solo querían un hogar. Después dijo:

— Si trabajamos juntos, podemos hacer algo mejor. ¿Qué tal si hacemos lagunitas para ustedes sin tapar el río?

Bruno miró a los otros castores y al final dijo:

—¡Está bien, lo intentaremos!

Todos los animales ayudaron: los loros llevaron ramas más pequeñas, los jaguares cavaron hoyos, los zorros recogieron piedras y las capibaras guiaron el agua.

Después de mucho trabajo, lograron hacer que el río volviera a correr sin que los castores perdieran su casa.

—¡Funcionó! —gritó Bruna desde el árbol.

Mía estaba feliz. No solo habían salvado el parque, sino habían aprendido algo muy importante: la paz no es solo no pelear, sino ayudarse y buscar soluciones juntos.

Desde ese día, el Parque de la Paz fue un lugar donde todos se ayudaban. Y Mía siguió soñando con nuevas formas de hacer del mundo un lugar mejor.

El jardín de los mil colores



Lauren Sareth Jaimes Jaimes

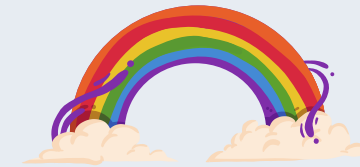
¡Hola, mundo lector!

Yo soy Lauren Sareth Jaimes Jaimes.

Nací el 10 de Febrero del 2012. Tengo 13 años y vivo en Floridablanca, Santander, la ciudad más dulce (¡sí, la de las obleas!). Estudié octavo grado en el Colegio José Elías Puyana.

Me gusta nadar, dibujar y, sobre todo, leer y escribir.

Mi profe de español, Lucía Gómez, me animó a participar en este concurso. Escogí el tema de la inclusión, porque en mi colegio convivimos con respeto: hay estudiantes con diferentes capacidades y todos aprendemos juntos. Eso también es construir paz. Me encantan los libros. He leído El terror de sexto B, Horrendos por siempre, etc. Y ahora La Malinche. Agradezco a Dios, a mis padres, a mi hermano, mi profe y mi colegio. Leer es mi cuento... ¡y escribir también!



Era un día soleado cuando un nuevo compañero cruzó la puerta del aula de octavo grado en el colegio de Floridablanca. Samuel, con su mochila nueva y mirada nerviosa, no sabía que ese día comenzaba un viaje que lo transformaría para siempre. Con 13 años, había llegado a una escuela donde la magia no estaba solo en los libros, sino en las personas con las que iba a convivir. Su aula no era como las demás: estaba llena de niños que, aunque distintos entre sí, compartían algo fundamental: el deseo de aprender y vivir juntos en paz.

Entre ellos estaban Daniela, que usaba silla de ruedas y se comunicaba con gestos; Felipe, quien tenía autismo y se refugiaba en su mundo de dibujos y números; Emma, con TDAH, que no paraba quieta ni un minuto; y Leo, que usaba audífonos y se esforzaba por comprender lo que sucedía en la clase.

La profesora Lucía, siempre con una sonrisa cálida, les explicaba que cada uno de ellos era como un color en el arco iris: único, pero esencial para formar un todo armonioso. Samuel no entendió por completo esas palabras al principio, pero pronto se dio cuenta que sus nuevos compañeros eran mucho más que una lista de condiciones. Cada uno de ellos tenía una forma especial de ver el mundo, y todos, incluso él, tenían algo importante que aportar.

El primer día de clases, Samuel se sentó junto a Daniela. La silla de ruedas la hacía un poco más lenta para llegar a su escritorio, pero su sonrisa y su manera de mirar el mundo con curiosidad parecían iluminar el aula. Samuel, que era un poco más tímido que los demás, se acercó a ella cuando la vio luchando por alcanzar sus libros.

—Te ayudo? —le preguntó, casi sin pensarlo.

Daniela lo miró sorprendida, pero su rostro se iluminó en una sonrisa silenciosa. Fue un gesto pequeño, pero para ella significó mucho. A partir de ese día, Samuel comenzó a ayudarla con las tareas y a ser su apoyo en los momentos en que ella no podía comunicarse con facilidad.

Pronto, Samuel descubrió que Felipe, el niño que siempre se aislaba con sus dibujos, no era distante, sino que, en realidad, deseaba compartir su arte. A veces, sus dibujos de mundos imaginarios eran su única forma de comunicarse, pero, con el tiempo, comenzó a mostrárselos

a Samuel. Con un par de palabras de aliento, Samuel logró que Felipe se abriera un poco más. Los dibujos de Felipe empezaron a compartirse con toda la clase, lo que permitió que todos pudieran ver la belleza de su mente. Emma, por su parte, no era fácil de entender. Su energía incontrolable y su necesidad de moverse constantemente a veces desbordaban la paciencia de los demás. Sin embargo, Samuel, con su tranquila perseverancia, aprendió a trabajar con ella. En lugar de sentirse frustrado por sus distracciones, le ofreció un espacio para moverse mientras le explicaba los temas de manera que ella pudiera comprender. Juntos, encontraron maneras de hacer que las clases fueran más llevaderas para Emma y para todos.

Leo, que se comunicaba con los demás principalmente con la lectura de labios, era el compañero más extrovertido de todos. A pesar de sus dificultades para oír, siempre estaba dispuesto a participar en las discusiones y se reía con ganas. Samuel aprendió a leer sus labios y, con el tiempo, se convirtió en su traductor. De esa manera, Leo podía seguir las conversaciones y compartir su alegría con los demás. Además, Leo enseñó a Samuel que no hace falta oír para sentir la música de la vida, porque la verdadera armonía está en los gestos, las miradas y las sonrisas.

Los días pasaron y, mientras Samuel se acostumbraba a la rutina, se fue dando cuenta que el aula no era solo un

espacio físico, sino un lugar lleno de magia: la magia de la inclusión. Cada niño, con sus capacidades y limitaciones, aportaba algo valioso, y todos, sin excepción, formaban un conjunto armonioso.

No tardó mucho para que todos los niños de la clase, incluidos los que tenían alguna condición de inclusión, comenzaran a adaptarse mejor. El apoyo de Samuel y el de sus compañeros hizo que todos entendieran que las diferencias no eran barreras, sino oportunidades de aprender y crecer juntos.

Cuando llegaron los exámenes finales, nadie pensó en las calificaciones como el objetivo principal; lo que todos celebraron fue el hecho de haber terminado el año juntos, con muchas más risas que lágrimas. El aula, que al principio parecía un rompecabezas complicado de ensamblar, ahora se veía como un jardín florecido, lleno de colores que brillaban con luz propia.

El último día de clases, la profesora les pidió que escribieran lo que había significado para ellos ese año. Samuel, con su letra tímida pero decidida, escribió algo que jamás olvidaría:

“He aprendido que la paz no es algo que uno encuentra, sino algo que se construye día a día, con cada gesto, con cada palabra, con cada mirada. La paz está en las manos que se

tienden, en los corazones que se abren y en las sonrisas que se comparten. Este año, hemos creado nuestra paz.”

Así, con esa reflexión, todos los niños de la clase, desde los que tenían más dificultades hasta los que eran más veloces en aprender, se graduaron de octavo grado. Y aunque el aula se vació, Samuel comprendió que lo más importante de todo era lo que se había sembrado en esos meses: la semilla de la inclusión, el respeto y la paz.

Fin.



Cuentos

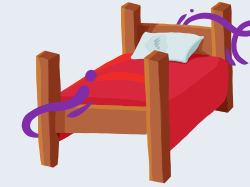
Categoría
juvenil

El juego



Mauricio Morales Bautista

Veintitrés años. Circasiano. Estudiante de Lenguas Modernas y de Guianza Turística. Soy una persona que día a día busca la razón de la existencia a través del sentir y del vivir. Las experiencias y todo lo que acontece en mí son las cosas que me forman. Amo la lectura, la escritura, las lenguas, la pedagogía y la música. Sigo siendo creyente de que el arte y la educación sí pueden cambiar el pedacito de mundo que nos corresponde.

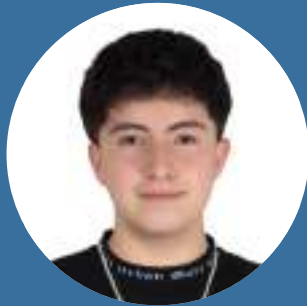


En la vereda tenemos cosas maravillosas que todos los niños de zonas rurales hemos de compartir, según nosotros: una casa de esterilla; una comida al día; una escuela bonita sin techo que nos encanta, pues nos permite mirar hacia el cielo desde el salón, creando así muchas formas con las nubes que pasan; y, sobre todo, personas cálidas y amables. Eso sí, para contrarrestar lo aburrida que puede ser la vida sin esas cosas que llaman internet o electricidad, mi hermano y yo nos inventamos un novedoso juego. Este consistía en recoger la mayor cantidad posible de ojivas luego de las frecuentes asonadas que recibían las casas. Lo genial era que las encontrábamos en las paredes de la iglesia, en los árboles e incluso en el piso de la escuela; el ganador tenía el gran privilegio de dormir en el rincón de la cama, allá, lejos de los monstruos. Casi siempre ganaba él, cosa que me disgustaba un poco, porque yo tenía que ser quien encarara todos los espantos nocturnos. Por eso anoche, cuando empecé a escuchar los disparos, me emocioné y prometí levantarme aún más temprano para poder adelantarlo y, por fin, acostarme en el lugar seguro.

Esta mañana desperté tempranito, antes que los gallos, y mi primera impresión fue de terror al descubrir que nunca más íbamos a volver a jugar: había seis de ellas dentro del cuerpo dormido de mi hermanito.

Hoy, por primera vez en la vida, no voy a dormir en una cama estrecha. Me acompañan las dieciséis ojivas que logré recoger durante el día.

El pacto



Jaime Esteban Ordóñez Bustos

Me llamo Jaime Esteban Ordóñez Bustos, tengo 14 años y soy de Ipiales, Nariño. Es una ciudad fría, pero con gente muy chévere y paisajes hermosos.

La verdad, no soy muy fan de leer ni de escribir, pero tengo una cabeza llena de imaginación. Amo las películas con finales que uno no se espera, esas que te hacen quedarte pensando. El pacto salió de una pregunta que me hice: ¿y si alguien hace algo malo, pero por una razón buena? No quería escribir los típicos finales comunes. Quería algo fuera de lo normal, algo que sorprendiera. Escribí este cuento para mostrar que, a veces, lo más impactante está justo donde nadie lo vio venir. Solo se necesita una buena idea para atreverse a contarla como uno la ve.



Los hermanos Mendoza no se hablaban desde hacía catorce años. Todo empezó con la herencia de su padre: una pequeña casa en las afueras del pueblo y un pedazo de tierra infértil. Sebastián, el mayor, quería venderla; Daniel, el menor, se negaba. Discutieron durante mucho tiempo. Al principio, con calma. Luego, con reproches. Y al final, con gritos que terminaron sellando el silencio entre ellos.

Los años pasaron, la casa quedó en ruinas y la tierra siguió seca, pero el orgullo de ambos se mantuvo firme. Daniel construyó su vida en otro lugar. Sebastián también siguió adelante. Cada uno hizo su parte por ignorar la existencia del otro. Pero el enojo nunca se acabó del todo.

Una tarde de junio, Daniel recibió una llamada inesperada. —Es sobre Sebastián —dijo una voz grave al otro lado del teléfono—. Ha tenido un infarto.

La noticia lo dejó en shock. No supo si era sorpresa, miedo o tal vez algo más profundo. Pensó en colgar. Pensó en ignorarlo. Pero sus manos ya estaban buscando las llaves del auto.

Cuando llegó al hospital, el pasillo olía a tristeza. En la habitación, Sebastián yacía pálido, con un montón de cables

conectados al pecho. Sus ojos lucían cansados y apagados, se posaron sobre Daniel.

—¿Para qué viniste? —susurró Sebastián con la voz rasposa.

Daniel dudó. No tenía respuesta. Durante años, había imaginado este momento de muchas formas. Había pensado en un reencuentro cálido, en una discusión final o en la indiferencia absoluta. Pero no en esto.

—Mamá siempre decía que la vida es corta —murmuró Daniel. Miró a su hermano, más frágil que nunca—. Creo que ya tuvimos suficiente.

Sebastián esbozó una sonrisa débil.

—¿Me estás proponiendo la paz?

Daniel lo miró fijamente.

—Digamos que un alto al fuego.

Sebastián suspiró y cerró los ojos un instante.

—¿Sabes? Siempre supe que este día llegaría.

—¿Cuál día?

Sebastián lo miró con una expresión extraña, mezcla de fatiga y burla.

—El día en que vinieras a matarme.

Daniel sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Qué dices?

Sebastián sonrió apenas.

—No te preocupes... No estoy enojado. De hecho... —hizo una pausa para tomar aire— fue una jugada brillante. Cambiar el medicamento, hacer que parezca un fallo cardíaco... Sutil. Limpio.

El corazón de Daniel se aceleró.

—Yo no...

El pitido del monitor cardíaco se volvió inestable. Sebastián jadeó y, con su último aliento, susurró algo que hizo que la sangre de Daniel se helara.

—Pero te gané.

Un pitido largo y agudo llenó la habitación. Los médicos entraron corriendo. Daniel sintió un vértigo repentino.

Entonces la vio. Sobre la bandeja junto a la cama: una jeringa vacía. Sus manos temblaron. Él no la había puesto ahí. Pero ahora... nadie le creería.

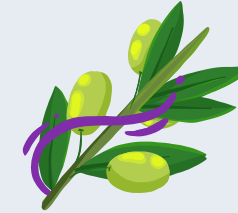
El horror lo golpeó como un puño en el estómago. Sebastián lo había sabido todo desde el principio. Y con su última jugada... se aseguró de que todos también lo supieran.

El susurro del viento en tiempos de guerra



Yiris Sahir Barrera Peña

Hola, mi nombre es Yiris Sahir Barrera Peña, nací el 24 de noviembre en el año 2008 y soy de la ciudad de Cúcuta en el departamento de Norte de Santander. Desde pequeño siempre me ha interesado mucho el baloncesto y la actividad física. Crecí en una familia muy unida siempre a pesar de todas las circunstancias que pasaban. Fui educado en el colegio Santo Ángel de la Guarda. A lo largo de mi vida, me he sentido acomplejado por mi peso desde que era pequeño y por usar gafas, puesto que siempre fui el niño gordito del salón. Hoy en día, esto me ha ayudado de motivación para esforzarme cada día más en mejorar en mí mismo. Ahora practico basketball y, en mis tiempos libres, entreno boxeo y hago gimnasio.



En un pueblo olvidado por el tiempo, donde el cielo había olvidado su azul y la tierra estaba marcada por las cicatrices de la guerra, vivía un niño llamado Amir. Sus ojos, grandes y oscuros, reflejaban el miedo y la incertidumbre de un mundo que se desmoronaba a su alrededor por las innumerables guerras. Las bombas caían como lluvias de fuego, y el sonido de los disparos se había convertido en la canción de cuna de su infancia.

Sin embargo, en medio del caos, Amir tenía un refugio: un viejo olivo que se encontraba en lo alto de una colina. Su abuelo le había dicho una vez que ese árbol había estado allí mucho antes de que las guerras comenzaran y que, si uno prestaba atención, podía escuchar en sus ramas los susurros del viento, portadores de historias de tiempos mejores.

—El viento es un viajero eterno —le decía su abuelo—. Lleva consigo las voces de aquellos que han amado, reído y soñado con la paz.

Amir solía ir a menudo a trepar al árbol y cerrar los ojos, esperando escuchar algo más que el sonido abrumador de la guerra. Un día, después de una noche especialmente más aterradora en la que su aldea fue bombardeada, el niño corrió hasta la colina y se abrazó al tronco del olivo. El viento soplaba con suavidad y pureza, como si intentara consolarlo.

Entonces, lo oyó.

Era un susurro apenas entendible, una voz dulce y antigua que le hablaba con ternura:

—No temas, pequeño. La paz no muere, solo se esconde. Pero siempre vuelve.

Amir se quedó inmóvil, sin saber si había imaginado aquella voz o fue real. Sin embargo, algo en su interior le decía que no estaba solo.

Desde ese día, cada vez que el miedo lo invadía, subía a la colina y escuchaba el viento. Las palabras eran siempre diferentes, pero el mensaje era el mismo: la guerra era solo una sombra pasajera, y la luz de la paz pronto volvería a iluminar su tierra.

Las huellas del enemigo

El conflicto se intensificó, y un día, soldados de un uniforme oscuro llegaron al pueblo. Destruyeron casas, quemaron cultivos y separaron varias familias. Amir se escondió en una bodega junto a su madre, su hermana pequeña y algunos vecinos.

El hambre y el miedo eran sus únicos compañeros hasta que, una tarde, mientras buscaba comida en los restos de un mercado ya destruido, encontró a un soldado enemigo herido entre los

escombros. Era joven, no mucho mayor que su hermano mayor, a quien había perdido en la guerra.

El soldado lo miró con ojos cansados y débiles. Sangraba de una herida en la pierna y respiraba con dificultad.

—Por favor —susurró—. No me delates.

Amir sintió como su corazón latía con fuerza. Ese hombre era un enemigo, alguien que pertenecía al bando que había destruido su hogar. Su abuelo siempre decía que el odio solo le iba a traer más odio, pero... ¿Cómo podía ayudar a alguien que había causado tanto sufrimiento?

El viento sopló suavemente a su alrededor.

—La paz comienza con un acto de compasión —susurró la voz del viento.

El niño cerró los ojos y respiró hondo. Luego, sin decir ni una palabra, tomó un poco de agua de su cantimplora y se la ofreció al soldado herido.

Los ojos del hombre se llenaron de sorpresa. Bebió con dificultad y, con una voz quebrantada, dijo:

—Gracias.

Amir lo miró en silencio. No sabía si había hecho lo correcto, pero por primera vez en mucho tiempo, sintió que había dado un paso hacia algo que era diferente... algo que no era ni odio ni venganza.

El mensaje del viento

Días después, la guerra llegó al corazón del pueblo. Los bombardeos se intensificaron más de lo normal y los soldados

enemigos comenzaron a tomar a prisioneros. Amir y su familia fueron capturados y llevados a la plaza central, donde los oficiales decidían el destino de cada persona.

El miedo era un nudo en su garganta. Se aferró a la mano de su hermana, tratando de no llorar. Entonces, vio al soldado herido que había ayudado. Estaba de pie entre los oficiales, su uniforme sucio y su rostro pálido.

Los ojos del soldado y los de Amir se encontraron por un breve instante.

—Tú... —susurró el hombre.

El viento sopló con fuerza, revolviendo las cenizas que cubrían las calles.

El soldado caminó hacia el oficial que dirigía el grupo y le habló en voz baja. Después de un momento de tensión, el oficial asintió con la cabeza y ordenó liberar a algunas personas, entre ellas, Amir y su familia.

El niño no entendía lo que había sucedido hasta que el soldado se volvió hacia él y le dijo en voz baja:

—A veces, un pequeño acto de bondad puede cambiar el curso de toda la historia.

Amir sintió que el viento soplaba a su alrededor, como si estuviera riendo, como si estuviera celebrando.

El regreso de la paz

El tiempo pasó, y la guerra llegó a su fin. El pueblo quedó en completas ruinas, pero la vida comenzó a florecer de nuevo. Amir creció, y con él, su deseo de poder construir un futuro

donde los niños no tuvieran que esconderse en sótanos ni escuchar bombas en lugar de canciones.

Un día, muchos años después, Amir llevó a su hijo hasta la vieja colina, donde el olivo aún se mantenía firme. Se sentaron bajo su sombra, y el niño miró a su padre con mucha curiosidad.

—Papá, ¿por qué vienes aquí tan seguido?

Amir sonrió y revolvió el cabello de su hijo.

—Porque aquí aprendí algo muy importante —respondió—. Que el viento a veces nos cuenta historias, si estamos dispuestos a escucharlas.

El niño cerró los ojos, y en el suave murmullo del viento, creyó escuchar un susurro:

—La paz siempre regresa. Solo hay que abrirle la puerta.

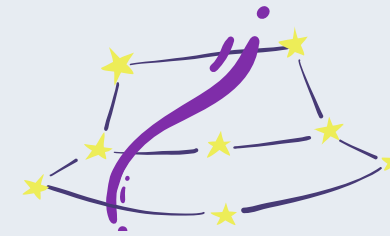
Y por primera vez en mucho tiempo, Amir sintió que su corazón estaba verdaderamente en paz.

Donde brillan las estrellas



Victoria López Barrantes

Soy Victoria López Barrantes, tengo 16 años y nací en Barranquilla. Escribo historias que nacen desde lo más profundo de mi corazón. Encontré en la escritura un refugio y una herramienta poderosa para hablar de lo que duele, lo que sana y lo que aún espera ser contado. Donde brillan las estrellas nació pensando en las heridas que deja la guerra, pero también en la esperanza que sobrevive incluso en el silencio. Con esta historia quise rendir homenaje a quienes han sido marcados por el conflicto y al poder silencioso de la memoria, la esperanza y la reconciliación. Escribo para que no se olvide, para que otros se reconozcan en las palabras y para seguir creyendo que, incluso en medio del dolor, la esperanza siempre encuentra una forma de regresar.



El pueblo era pequeño, rodeado de montañas y atravesado por un río de aguas marrones. Sus calles de polvo eran tranquilas durante el día, con gente que iba y venía de la plaza, el mercado o la iglesia. El aroma del café recién hecho flotaba en el aire, mezclándose con el de la tierra húmeda. Pero al caer la tarde, el silencio se adueñaba de todo.

Tomás y Mariana crecieron allí. Desde niños, correteaban descalzos, trepaban árboles para robar mangos y se lanzaban al río con la ropa puesta cuando el calor apretaba. Pero lo que más les gustaba era subir a la loma por las noches y acostarse en la hierba para mirar las estrellas.

—Vea esa estrella, esa es una vaca —decía Mariana.

—¿Una vaca?! No diga bobadas. Eso es un sombrero.

—¡Que es una vaca, ome! Vea la cabeza, las patas...

—Eso no tiene patas.

—Claro que sí.

—No, es un sombrero.

—¿Y si es un sombrero, quién lo está usando?

Tomás se quedaba callado. Mariana reía y, después de un rato, ellos decidían que era las dos cosas.

Ellos creían que todo en el pueblo sería siempre igual. Pero no.

El miedo llegó una tarde, con botas y fusiles.

Tomás tenía catorce años cuando se lo llevaron. Llegaron de madrugada. No preguntaron, no pidieron permiso. Se llevaron a los jóvenes del pueblo, entre ellos, a Tomás. Su madre lo agarró de la camisa, su padre intentó interponerse, pero lo golpearon. Le apuntaron con un arma y le dieron dos opciones: irse o ver morir a su familia. No lloró. No gritó. Miró a su madre una última vez y salió sin volver la vista atrás.

Y se lo llevaron.

La guerra no pregunta. Llega y arrasa. Mariana vio todo desde la ventana. Apretó los puños, sintiendo por primera vez un odio que no entendía.

Esa noche subió sola a la loma. Buscó la vaca, el sombrero. Pero el cielo se veía distinto.

Tomás ya no estaba.

En el pueblo nadie preguntaba nada. Nadie mencionaba su nombre. El pueblo cambió. Nadie hablaba de los que se habían ido. El pueblo aprendió a guardar silencio y Mariana también.

Pues todos sabían que... los que se iban no volvían.

Mientras tanto, en la selva, Tomás aprendió otras cosas. Le dijeron que olvidara su nombre, que ya no era Tomás. Lo obligaron a cambiar su nombre. Le dijeron que aquí nadie era

hijo de nadie, que todos eran solo “compañeros”. Pero él, en su cabeza, seguía siendo él, seguía siendo Tomás.

Aprendió a cargar un fusil sin temblar, a moverse en la selva sin hacer ruido, a obedecer sin dudar, a caminar en fila sin preguntar, a disparar cuando le decían, a esconderse cuando pasaba el helicóptero y a caminar de noche sin hacer ruido. El monte no era como el pueblo en el que creció. Este olía a sudor, a sangre, a miedo. Y él tenía que sobrevivir.

Los primeros días pensó en escaparse, pero vio lo que pasaba con los que lo intentaban. Así que siguió adelante.

Cuando le dieron su primer uniforme, se sintió raro. No le quedaba bien, le picaba la tela. Pero eso no importaba.

Pasaron los años y perdió la cuenta. Con el tiempo, su voz cambió. Su postura cambió. Ya no era un niño. Pero cuando nadie lo veía, aún recordaba. Aún soñaba con el río y las estrellas, con Mariana.

Pero algunas noches, cuando nadie lo veía, levantaba la mirada al cielo. Buscaba la vaca y el sombrero. Y no veía nada.

Por otro lado, pasaron los años y Mariana creció. En un pueblo donde la muerte era rutina, aprendió a callar, a sobrevivir. Ya no subía a la loma. ¿Para qué? Mirar el cielo no le iba a devolver a Tomás.

Pero una noche, después de mucho tiempo, levantó la vista.

Ahí estaban.

La vaca. El sombrero.

—¿Será que Tomás también las ve? —pensó.

Y un día, la guerra terminó. O eso dijeron.

Los guerrilleros bajaron de las montañas cuando firmaron la paz. Devolvieron sus armas y regresaron a los pueblos que alguna vez llamaron hogar. No todos fueron bienvenidos.

Y un día finalmente, Tomás volvió. Volvió sin uniforme, sin fusil. No porque quisiera, sino porque la guerra lo escupió de vuelta. Volvió con la ropa gastada, la piel dura y el alma rota. Pero el pueblo ya no era su casa.

La gente lo miraba de reojo. Susurraban su nombre con miedo. Para ellos, Tomás ya no era el niño que trepaba árboles en busca de mangos. La gente no olvidaba fácilmente.

El pueblo lo miró con recelo. Para ellos, ya no era Tomás. Era un extraño.

Tomás pensó en su casa, en tocar la puerta, en ver a su madre. Pero algo dentro de él le decía que primero tenía que ir a la loma.

Así que simplemente caminó, sin esperar abrazos, sin esperar nada. Subió a la loma con paso lento, como cuando era niño. Se acostó en la hierba y miró el cielo. Mariana lo vio desde lejos. Había soñado con su regreso mil

veces, pero ahora que lo tenía enfrente, no supo qué hacer ni supo qué decir.

Mariana se sentó a su lado, sin hablar. Miró las estrellas.

—Ahí está la vaca —susurró Tomás.

Mariana tragó saliva.

—Y al lado, el sombrero.

No se abrazaron. No lloraron. No se dijeron nada. No hacía falta.

Solo se quedaron ahí, en silencio, como si todo el peso del mundo solo se pudiera entender así.

Las estrellas titilaban en el firmamento. La noche era clara, sin nubes.

Tomás cerró los ojos. Sintió la brisa tibia, el olor a café molido, la tierra bajo su espalda.

Y esa noche, por primera vez en mucho tiempo, Mariana sintió que las estrellas brillaban un poquito más.

Y Tomás, por primera vez en mucho tiempo, se sintió en casa.

El río seguía corriendo. El pueblo seguía susurrando. Pero en el cielo, las estrellas seguían brillando, como si nunca las hubieran dejado de mirar.

El susurro de los bananales

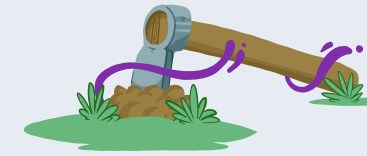


Sarah Valentina Jaramillo Fuentes

Soy Sarah Valentina Jaramillo Fuentes, tengo 15 años. Nací en Bogotá, pero siempre he vivido en San Gil. Estoy cursando el grado once en el Colegio Luis Camacho Rueda.

Mis pasatiempos preferidos son nadar, leer libros de mi agrado, escuchar música de todos los géneros y disfrutar del cine, entre otros. Me agrada vivir en San Gil porque estamos rodeados de naturaleza, por su esencia colonial, su gente amable y hospitalaria, su gastronomía, tradiciones y costumbres.

Con relación al cuento, decidí que tratara sobre la guerrilla y sus intenciones de invadir un pueblo, porque es una situación que muchos colombianos han tenido que vivir en carne propia. Creo que puede tocar fibras sensibles, especialmente en quienes han luchado por dejar atrás la violencia y construir un camino de paz.



El sol caía a plomo sobre el pequeño pueblo de San Isidro, un lugar perdido entre los pliegues de la geografía colombiana, cerca de la costa de Urabá. Los bananales se extendían como un manto verde, interrumpido solo por el vaivén de los trabajadores que, con manos callosas y rostros curtidos por el sol, recogían los racimos de banano que sostenían la economía del lugar. Era un pueblo humilde, donde el sudor de la tierra se mezclaba con el de sus habitantes y donde la vida transcurría al ritmo lento de las tardes calurosas y las noches frescas.

Pero esa tarde, el aire olía a peligro. En las colinas cercanas, ocultos entre la espesura, un grupo de hombres armados observaba el pueblo con miradas frías y calculadoras. Eran disidencias de las FARC, comandados por un hombre conocido solo como “El Viejo”, un jefe guerrillero temido por su crueldad y su despiadada eficiencia. Su rostro, marcado por cicatrices y arrugas profundas, reflejaba años de violencia y desconfianza. Para él, el pueblo de San Isidro era solo un objetivo más, un lugar donde sembrar el miedo y reafirmar su poder.

—Mañana al amanecer —dijo El Viejo, su voz áspera como el roce de una hoja de machete—. Atacamos. No dejaremos piedra sobre piedra.

Los hombres asintieron en silencio, acostumbrados a obedecer sin cuestionar. Pero entre ellos, uno más joven, de nombre Camilo, sintió un nudo en el estómago. Había crecido en un pueblo similar y, aunque llevaba años en la guerrilla, algo en San Isidro le recordaba a su infancia, a un tiempo en el que la vida no olía a pólvora, sino a tierra mojada y fruta madura.

Mientras los guerrilleros se preparaban, en el pueblo la vida seguía su curso.

En una pequeña casa de madera al borde de los bananales, una niña de doce años llamada Lucía ayudaba a su madre a preparar la cena. Lucía era menuda, de cabello oscuro y ojos grandes que parecían guardar toda la curiosidad del mundo. Sus padres trabajaban en la cooperativa bananera y, aunque la vida no era fácil, Lucía había aprendido a encontrar alegría en las cosas simples: en el canto de los pájaros al amanecer, en el olor dulce de los bananos maduros, en las historias que su abuelo le contaba bajo la sombra de un árbol.

Esa noche, mientras el pueblo dormía, Lucía salió sigilosamente de su casa. Le gustaba caminar por los bananales en la oscuridad, sentir el viento fresco en su rostro y escuchar el susurro de las hojas. Pero esa noche, algo era distinto. El aire parecía cargado, como si el mismo cielo contuviera la respiración. Fue entonces cuando vio las sombras moviéndose entre los árboles.

—¿Quién está ahí? —preguntó, su voz temblorosa pero firme.

De entre la oscuridad surgió El Viejo, seguido por sus hombres. Lucía los miró con curiosidad, sin miedo, como si su inocencia fuera un escudo contra la violencia que emanaba de ellos.

—¿Qué haces aquí, niña? —preguntó El Viejo, su voz dura pero con una chispa de curiosidad.

—Estoy paseando —respondió Lucía—. ¿Y ustedes? ¿Por qué están escondidos en los bananales?

El Viejo no estaba acostumbrado a que alguien, mucho menos una niña, lo cuestionara de esa manera. Pero algo en la mirada de Lucía lo detuvo: era una mirada limpia, sin malicia, que parecía ver más allá de las cicatrices y las armas.

—Estamos aquí por trabajo —dijo finalmente, evasivo.

—¿Trabajo? —preguntó Lucía, inclinando la cabeza— ¿Como el de mis papás? Ellos trabajan en la cooperativa. ¿Ustedes también cultivan bananos?

Los hombres se miraron entre sí, incómodos. Camilo, el más joven, bajó la mirada, avergonzado. El Viejo, por su parte, sintió algo que no había sentido en años: duda.

—No —respondió—. Nosotros no cultivamos nada.

—Qué lástima —dijo Lucía, con una sonrisa triste—. Porque cultivar es lo más bonito que hay. Ver cómo crece algo que tú has plantado, cómo da frutos... es como crear vida.

El Viejo guardó silencio; sus pensamientos chocaban como olas contra un acantilado. Lucía, sin darse cuenta, había tocado una fibra sensible, un recuerdo enterrado bajo capas de violencia y desesperación. Él también había sido agricultor, mucho tiempo atrás, antes de que la guerra lo arrancara de su tierra y lo convirtiera en lo que era ahora.

—¿Y si en vez de hacer lo que sea que están planeando, se quedan aquí? —propuso Lucía, con una ingenuidad que desarmaba—. Podrían trabajar con nosotros. Hay mucho que hacer en los bananales, y siempre necesitamos manos.

El Viejo miró a sus hombres, buscando en sus rostros alguna señal de lo que debían hacer. Pero lo que encontró no fue lealtad ciega, sino cansancio, nostalgia, un deseo profundo de paz que habían intentado ignorar durante años.

—¿Qué dices, Viejo? —preguntó Camilo, su voz temblorosa—. ¿Podríamos quedarnos?

El Viejo no respondió de inmediato. Miró a Lucía, luego a los

bananales y, finalmente, al cielo, donde las estrellas brillaban como pequeños faros de esperanza. Respiró hondo y, en ese instante, algo dentro de él se quebró.

—Dejemos las armas —dijo finalmente, su voz firme pero cargada de emoción—. Mañana no habrá ataque. Mañana trabajaremos.

Y así fue. Al amanecer, los guerrilleros bajaron al pueblo, no con rifles, sino con herramientas prestadas. La gente los recibió con recelo al principio, pero Lucía, con su sonrisa luminosa, los guió hasta los bananales, donde comenzaron a trabajar codo a codo con los habitantes de San Isidro.

El Viejo, ahora solo un hombre más, sintió por primera vez en años que su corazón latía al ritmo de la tierra, no de la guerra. Y aunque el camino hacia la paz no sería fácil, sabía que habían dado el primer paso.

Lucía, por su parte, siguió paseando por los bananales al atardecer, pero ahora no estaba sola. A su lado, El Viejo y sus hombres caminaban en silencio, escuchando el susurro de las hojas, que parecía decirles que, después de todo, la paz florece cuando elegimos abrazar la reconciliación.

El eco del silencio



Elkin Manuel Banquez Pestana

Siempre me fascinó cómo el silencio puede gritar más fuerte que cualquier palabra. Este cuento nació de muchas observaciones, de encuentros con seres que no necesitaban del sonido para sentir el mundo, sino del gesto, del silencio compartido y del sentimiento puro.

Manuel no es nadie y es todos a la vez. Aunque los nombres y escenarios son imaginarios, el peso de la culpa, la ternura inesperada y el anhelo de buscar la paz, fueron momentos que alguna vez inhalé muy cerca. Escribir este cuento fue mi manera de traducir una vida invisible, un retrato emocional basado en momentos reales, apenas disfrazados. A veces uno escribe para entender a los demás; esta vez escribí para comprenderme a mí mismo, y para honrar el valor de quienes hablan desde lo profundo del silencio.



La verdadera paz no es el silencio, sino la armonía entre el ruido del mundo y la voz interior.
El eco del silencio

Manuel había aprendido a escuchar de una manera distinta. Mientras los demás se dejaban arrastrar por el estruendo de las palabras, él hallaba significado en los gestos, en la cadencia de una respiración, en la sombra de una mirada esquiva. Para él, el silencio no era una ausencia, sino un refugio.

Desde niño, comprendió que su mundo y el de los otros eran distintos. Lo veía en la inquietud de su madre, en la prisa con la que le hablaba, como si el movimiento de sus labios pudiera romper la barrera de su sordera. En la impaciencia de su hermana, que a veces olvidaba mirarlo a los ojos al hablarle. En la fatiga de los extraños, que desistían cuando él sacaba su libreta para escribir. Cada mundo es distinto, pensaba, pero algunos parecían más lejanos que otros.

Aún así, Manuel era sociable, en la medida en que su entorno se lo permitía. Sonreía con facilidad, reía con los demás, aunque no siempre supiera el motivo, y encontraba consuelo en su manera de interpretar la vida: él no oía las injurias, no escuchaba los

insultos, no tenía que cargar con el peso de las palabras crueles. Si el mundo se desmoronaba en gritos y acusaciones, a él solo le llegaba el movimiento de bocas distorsionadas, el eco mudo de una guerra en la que no tenía por qué participar.

Pero había algo que sí lo atravesaba: las acciones. Su madre, con sus manos ásperas y su mirada siempre al borde de la fatiga, tenía gestos que lo herían más que cualquier grito. Un portazo, una ceja arqueada con desaprobación, la forma en que suspiraba cuando él tardaba demasiado en escribir una respuesta. Las acciones no duelen tanto como las palabras, se repetía, pero sabía que era mentira.

Fue en uno de esos días densos, en los que la vida pesaba más de lo habitual, cuando conoció a Marii. No recordaba cómo había llegado a su vida; parecía que ella siempre había estado allí, deambulando entre su soledad y su rutina. Mari tenía un don peculiar: hablaba con las manos, pero también con los ojos, con la piel, con la risa que se extendía por su rostro como una danza. No trataba de traducir el mundo para él, sino de mostrarle que había colores que aún no había visto.

—No estás roto, Manuel —le dijo un día, moviendo las manos con gracia, como si tejiera el aire—. Solo estás cansado de sostener lo que no te pertenece.

Y así, con el tiempo, Manuel empezó a cambiar. Primero, con recelo; luego, con la certeza de quien descubre un secreto largamente esperado. Aprendió que el dolor ajeno no era suyo, que la culpa era un ancla inútil y que la vida, aun en su crudeza, tenía matices que valían la pena.

Se volvió más liviano, más espontáneo. A veces hacía bromas que solo él entendía, se permitía reír sin motivo, aprendió a jugar con la ironía sin ser cruel. Pero también comprendió la importancia del silencio: el verdadero, el que no era ausencia sino pausa, el que permitía que las emociones encontraran su lugar sin ser sofocadas por palabras innecesarias.

Sin embargo, la culpa seguía ahí, agazapada en los rincones de su conciencia. Se reflejaba en la figura de su madre, en la distancia que se había instalado entre ellos. La notaba en su ceño fruncido, en la manera en que desviaba la mirada cuando él la observaba demasiado tiempo.

Una noche, mientras la casa dormía, Manuel se atrevió a escribirle una nota. No buscaba respuestas ni explicaciones, solo necesitaba que su madre entendiera:

“Mamá, no quiero que nuestras palabras sean un muro. Yo también siento. Yo también entiendo. No quiero huir del ruido si en él está tu voz.”

Dejó la nota sobre la mesa y se fue a dormir. No supo si ella la leyó. No hubo un cambio inmediato, ni un abrazo catártico. Pero al día siguiente, cuando su madre le sirvió el desayuno, se tomó el tiempo de mirarlo a los ojos antes de sonreír. Y eso fue suficiente.

Porque la paz no siempre llega con estruendo. A veces, se desliza en los gestos pequeños, en la tregua de una mirada, en la simple aceptación de que, aunque cada mundo es distinto, aún podemos encontrarnos en el punto donde el silencio y la comprensión se tocan.



Cuentos

Categoría
adultos

Amasijos



Sindy Paola Cortés Barrios

Soy Paola Cortés Barrios, docente de español y lectoescritura. Hija de la educación pública, atrincherada en las letras y en el trabajo esforzado, transformador y creativo de mis estudiantes. Fiel creyente en los procesos de transformación social a través de la expresión oral y escrita. Lectora más apasionada que disciplinada; narradora de experiencias, territorios y aprendizajes más que escritora. Defensora acérrima de la escuela como espacio de reconciliación, crecimiento y proyección social. Orientadora de procesos comunicativos que potencien y amplifiquen la voz y las ideas de mis estudiantes. Soy profe y mi lugar en el mundo es el aula de clases: esa es mi verdad.



Tardecito, hija —respondió la señora Gloria, la primera vez que le pregunté por su hija—. Me dijo que no la esperara despierta porque se iba a demorar.

En la casa vivíamos solo las tres. Fue una fortuna haber encontrado una vivienda tan bonita y acogedora, a pocos metros del malecón de Tumaco y de la playa El Bajito. La casa, como muchas del sector, estaba hecha de madera y era una construcción palafítica.

Darío, vecino de la señora Gloria, fue quien me contó que ella arrendaba una habitación y que estaba disponible. De inmediato, me comuniqué con ella para ocuparla. Me gustó el sector y, sobre todo, el precio del alquiler. Mientras acordábamos los

términos del arrendamiento «sin papeles, sin firmas, únicamente con la convicción de la palabra», la señora me explicó que le gustaba arrendar el cuarto porque, además de ayudarse con los gastos de la casa, se sentía acompañada.

Sin más, tomé la habitación. La casa tenía dos cuartos, baño, cocina y una zona común con sillas, un comedor y un balcón con bajada al mar. Doña Gloria compartía la alcoba con su hija. Desde la puerta, y con ojos fisgones, alcanzaba a ver dos camas sencillas y un gran tocador de madera con espejo. Mi cuarto estaba amoblado con una cama sencilla, cubierta con un toldillo algo estropeado; una mesita de noche, un guardarropa pequeño; un ventilador de piso; y un escritorio de trabajo, resuelto de forma práctica con una mesa de madera y una silla Rimax. El cuarto tenía una ventana que enmarcaba el océano y los atardeceres rojizos y purpúreos de San Andrés de Tumaco. ¡Qué pintura bella era esa!

Doña Gloria, una matrona negra, corpulenta y dicharachera, hablaba rápido y sin esperar respuesta, como en un largo monólogo. Todos los días se levantaba temprano a hacer amasijos para la venta y, en la tarde, me ofrecía sin falta un envuelto de yuca con queso, un aborrajado de plátano, una papa rellena o una arepa de maíz pelao. Siempre insistía en pagarle el amasijo, pero ella me respondía que venía incluido con el arriendo y que tenía que comérmelo, porque su hija no llegaba y la comida se perdía.

Los sábados en la mañana me gustaba acompañarla y verla cocinar. Sus grandes manos se entrelazaban con las masas y los rellenos. Armaba los amasijos mecánicamente y sin perder el hilo de su soliloquio. Hablaba de «la perla del Pacífico», de los vecinos, del secreto para que las masas no se agriaran con el clima, de la partera que la ayudó a parir y de los proyectos que tenía con su hija, una vez terminara la universidad. Hablaba mucho de ella, siempre con orgullo en su mirada y candidez en sus palabras.

El segundo sábado de amasijos e historias me percaté de que aún no conocía a su hija. Llevaba casi quince días viviendo allí y no la había visto. Entonces, pregunté por ella:

—¿Y su hija, señora Gloria? ¿A qué hora regresa o cuándo está? Yo no la he visto.

—Tardecito, hija. Me dijo que no la esperara despierta porque se iba a demorar —me respondió, por vez primera.

El siguiente sábado, la señora Gloria me advirtió que ese día iba a probar una cocada de verdad. Tomó un par de cocos grandes y pesados y, con una destreza cinematográfica, los partió con un machete; les sacó el agua, les quitó la cáscara como si fueran mandarinas y empezó a rallar la carnicita blanca del fruto. Mientras me tomaba el agua de coco, que generosamente me obsequió, doña Gloria meneaba, con ayuda de un cucharón de palo de tamaño industrial, un melao con coco rallado y astillas de canela en un caldero gigante. En medio de

su habitual recitación, la doña me dijo que sus cocadas eran el dulce favorito de su hija y que las hacía especialmente para ella. En ese momento, reparé, nuevamente, en que seguía sin conocerla.

—¿Y su hija, señora Gloria? Sigo sin conocerla y ya llevo casi un mes aquí —dije, entre risueña y sorprendida.

Esta vez la señora Gloria entornó sus ya humedecidos ojos, bajó la mirada y me contestó:

—Tardecito, hija. Ese día me dijo que no la esperara despierta porque se iba a demorar.

Tras proferir esas lúgubres palabras, resonantes hasta el día de hoy, se dio la vuelta y volcó el melao con coco sobre el tablón de madera de la cocina, que había cubierto con hojas de bijao. Tras extenderla, empezó a segmentar la mezcla y a empaquetarla dentro de las hojas de la planta ya recortadas. Posteriormente, ató los regalitos de coco con una fibra.

—El secreto de la cocada es empacarla en la hoja de bijao antes de que se enfríe, para que quede mojadita y coja ese saborcito ahumado —dijo, retomando su monólogo.

Los amasijos y la hospitalidad exacerbada con que recibía a sus inquilinos mantenían viva la memoria de su hija y, tal vez, la esperanza de que algún día volviera a casa y encontrara la

mesa servida. El amor que le profesaba con el cuarto intacto se materializaba en la comida que tan generosamente ofrecía a los demás. Las masas al fuego compartidas con la gente del barrio eran su trinchera contra el olvido, la desesperanza, la soledad y el dolor.

El silencio de las campanas



Joselin Castañeda Triana

Soy un bogotano de corazón, nacido en Tasco, Boyacá, y hace 45 años adopté esta ciudad como mi hogar. Me encanta caminar por sus barrios antiguos, tomar tinto en las plazas y perderme entre libros y árboles. Soy escritor, periodista, filólogo y ambientalista. La escritura no es solo mi oficio: es mi forma de entender el mundo y conectar con los demás. Disfruto contar historias que emocionen y también redactar textos claros y útiles que dejen huella.

Estudí en la Universidad Nacional y en la Pontificia Universidad Javeriana, donde descubrí que la palabra puede ser puente, espejo o espada. Me apasiona enseñar, aprender y participar en proyectos que mezclen creatividad, conciencia ambiental y comunicación.

En mis ratos libres leo, siembro, converso con amigos y sigo creyendo que escribir puede cambiarlo todo.



El repique de las campanas atravesó la espesa niebla que cubría San Jerónimo del Retiro como un manto de algodón húmedo. Doce campanadas retumbaron entre los cafetales dormidos mientras la luna se ocultaba tras las cumbres antioqueñas. Nadie presenció aquel sonido, excepto los espectros que vagaban entre las casas de bahareque.

San Jerónimo respiraba abandono. Las tejas rotas dejaban entrar la lluvia que dibujaba mapas de humedad en las paredes descascaradas. La plaza central, y en general todo el pueblo, ahora era un cementerio de recuerdos donde solo crecían ortigas y olvido.

“Este pueblo tiene más muertos que vivos”, decían los habitantes de veredas cercanas. La guerra había pasado por San Jerónimo como una tormenta implacable. Primero llegaron los unos, después los otros, y al final no quedó nadie para contar la historia. Y, sin embargo, cada noche, las campanas de la iglesia repicaban con puntualidad desesperante.

Juancho Restrepo tenía once años y los ojos demasiado viejos. Había visto lo que ningún niño debería ver: el fuego consumiendo su casa, el rostro de su padre desfigurado por las balas, el éxodo interminable por trochas y montañas. Ahora vivía con su madre, Esperanza, en una choza prestada en la vereda La Soledad.

Aquella noche, como tantas otras, mientras intentaba dormirse, el sonido lo alcanzó como una caricia fría. Un sonido triste que parecía un lamento.

—¿Qué es eso que suena todas las noches, mamá? —preguntó durante el desayuno, mientras masticaba un pedazo de arepa con queso.

Esperanza dejó caer la cuchara en el chocolate caliente.

—Son las campanas de San Jerónimo, mijo. El pueblo maldito. Ni se te ocurra acercarte por allá. Los muertos no descansan en ese lugar —y lo dijo con tanta firmeza que Juancho sintió escalofrío.

Pero la curiosidad de Juancho era como el agua: siempre encontraba por dónde colarse. Tres días después, cuando el gallo ni siquiera soñaba con cantar, se escabulló por entre los cafetales.

San Jerónimo apareció ante él como una pintura desgastada. La iglesia con su cruz oxidada, parecía un gigante herido que se negaba a caer. El interior olía a flores marchitas. Al llegar al altar, vio una anciana menuda, de cabello blanco y piel traslúcida. —Te estaba esperando, Juancho —dijo con voz rasposa.

—¿Cómo sabe mi nombre? —el niño retrocedió.

—El viento me cuenta cosas —sonrió la anciana—. Soy doña Rosalba, la última habitante de San Jerónimo. O quizás la primera muerta, quién sabe.

Sentados al pie de la campana mayor, Doña Rosalba le explicó:

—Cada campanada representa un alma que partió sin despedida. Guerrilleros, paramilitares, soldados, campesinos... todos atrapados en el repique eterno de la memoria —sus dedos huesudos apretaron la mano de Juancho—. San Jerónimo del Retiro no es un pueblo muerto, hijo. Es un pueblo que recuerda. Y recordar es la única forma en que los muertos descansan en paz.

Durante semanas, Juancho escapó cada noche para escuchar las historias de doña Rosalba. La anciana hablaba y el viento arrastraba voces que parecían salir de las grietas de las paredes.

—Fue en agosto, hace siete años. San Jerónimo quedó atrapado entre dos fuegos: la guerrilla en las montañas y los paramilitares en el valle. Esta iglesia fue el último refugio. Doscientos tres habitantes se apretujaron aquí, rezando a un Dios que parecía haberse tomado vacaciones. Las campanas sonaron toda la noche, pidiendo auxilio. Nadie vino.

Juancho podía ver las escenas como si las estuviera viviendo: los hombres armados rodeando la iglesia, el párroco suplicando, los disparos, los gritos, el silencio final.

—Los pocos sobrevivientes huyeron. Los muertos quedaron aquí, atrapados entre mundos. Y desde entonces, las campanas no han dejado de sonar. Juancho no podía dormir. Las historias se habían instalado en su pecho como piedras pesadas. Una mañana, le propuso a su mamá hacer algo por San Jerónimo.

La noticia se esparció como pólvora entre los desplazados. Muchos habían huido de San Jerónimo, otros habían perdido familiares allí. La idea de Juancho encontró tierra fértil en corazones que necesitaban cerrar heridas.

El primer domingo de noviembre, una procesión silenciosa subió hasta San Jerónimo. Llevaban flores, velas y retratos de los caídos. Entre ellos iba don Aurelio, antiguo comandante paramilitar que ahora buscaba redención, y Jairo, ex guerrillero que había entregado las armas. Antiguos enemigos caminaban juntos, unidos por el peso compartido de la culpa.

Al mediodía, por primera vez en siete años, las campanas sonaron bajo manos humanas. El repique atravesó montañas y quebradas, no como un lamento, sino como un llamado a la vida.

Doña Rosalba observaba desde el campanario. Una sonrisa suavizó las arrugas de su rostro.

—Ahora sí pueden descansar —susurró cuando Juancho subió a su encuentro.

Una última campanada, más clara que todas las anteriores, retumbó sobre San Jerónimo. El sonido se expandió como ondas

en el agua, tocando cada rincón del pueblo.

A la mañana siguiente, Juancho regresó con un ramo de flores. Doña Rosalba había desaparecido. En su lugar, en el atrio frente al altar, una lápida había brotado del suelo húmedo:

“Rosalba Vélez, 1922-1998. La última en partir, la primera en recordar.”

Quince años después, San Jerónimo del Retiro respiraba nuevamente. Las casas habían sido reconstruidas, los cafetales florecían y las risas de los niños competían con el canto de los pájaros. En la plaza principal se erguía un monumento: una campana de bronce con los nombres de las víctimas. A sus pies, una placa rezaba:

“Aquí las campanas no llaman a la guerra, sino al recuerdo”.

Juancho, ahora maestro de la escuela recién inaugurada, reunía cada tarde a los niños para contarles historias del pueblo que renació de sus cenizas.

—Recordar es la única manera de no repetir —les decía—. Y perdonar es la única forma de avanzar.

Las campanas de San Jerónimo ya no repicaban en la noche. Ahora sonaban al amanecer, celebrando cada nuevo día en un pueblo que había aprendido que la memoria, cuando se comparte, deja de ser una carga para convertirse en la semilla del futuro.

La cicatriz del viento



Libardo Enrique Caraballo Blanco

Soy biólogo, docente de ciencias naturales. Me considero una persona paciente y calmada. Me gusta el clima de mi municipio y lo pequeño que es, por la facilidad y rapidez para llegar a cualquier lado.

Empecé en la escritura desde joven, en la época del colegio. Hice parte de la Red Relata desde 2011 en el taller Páginas de Agua, un par de años después pasé a ser director de taller. He publicado algunos textos en revistas virtuales y ganado algunos reconocimientos en concursos internacionales. En 2012, aparecí en la antología Relata.

También fui tallerista del programa Libertad Bajo Palabra y de la Agencia Cultural del Banco de la República. He asistido a congresos de escritura y talleres con grandes escritores nacionales e internacionales.



En la vereda El Espino, el viento levantaba un polvo rojo, teñido de sangre y miedo. Ena, con los pies desnudos y la garganta seca, aún sentía el peso de su hijo en los brazos. La bala perdida que le arrancó la vida al pequeño Julián bajó de la montaña zumbando como enjambre de avispas. No hubo justicia, no hubo explicaciones. Solo el silencio de la selva y el llanto de una madre que no tenía más que rabia.

Aquel día, Ena recogía maíz en el patio cuando los disparos tronaron en el aire. Se agachó instintivamente y llamó a Julián, quien jugaba con una rama junto al gallinero. Él giró la cabeza, con su sonrisa apenas dibujada, justo cuando un silbido cortó el viento. La bala le atravesó el pecho. Su cuerpecito cayó de rodillas antes de desplomarse por completo. Ena corrió, gritó su nombre y lo tomó en sus brazos. La sangre le empapó las manos. Sintió su pequeño corazón latir erráticamente y, después... nada. Los disparos siguieron, pero para ella el mundo ya se había detenido.

Se unió a las filas de la guerrilla meses después. No por convicción, sino por venganza. Quería saber de dónde había salido la bala. De noche, contemplaba la luna con lágrimas en sus ojos mientras murmuraba el nombre de su hijo. De día, entrenaba hasta que sus piernas no la sostenían más. No quería justicia, quería hacerlos pagar. Quería que el dolor se propagara como el fuego en un bosque otoñal. En ocasiones, hacía comentarios sobre el enfrentamiento, pero nadie decía nada.

Ese mismo día, le contó al comandante por qué lo hacía. Sabía que esas tierras eran dominio de la guerrilla y los paras llegaban de vez en cuando tratando de tomarla. Él le dijo que seguramente la bala había salido del lado de ellos: —Nosotros no disparamos al pueblo — le dijo tomándola por los brazos y dándole la bienvenida—. Descarga tu rabia con todos esos perros.

Los días en el campamento se sucedían entre marchas, emboscadas y noches en vela. Se convirtió en sombra, en espectro de guerra. Nadie hablaba de Julián, pero todos sabían por qué estaba allí. Era un puñal envuelto en carne. Su odio la mantenía en pie.

Una noche, la enviaron a un caserío a ejecutar una orden: arrasar con todo.
—Esa gente apoya al enemigo —dijeron.

Ena no preguntó. Caminó con su rifle a la espalda y un par de granadas en el cinto.

Cuando llegaron, el grupo irrumpió como una tempestad: hombres, mujeres, niños. No había distinción. Las casas ardían, los gritos se mezclaban con los disparos. Ena vio a una madre acurrucando a su hijo en un rincón, con la misma desesperación que ella había sentido aquel día.

El niño la miró. En sus ojos oscuros, Ena vio a Julián. Su hijo también había tenido miedo. También había temblado en sus brazos. Y ella, ahora, era la sombra que venía a arrancar otra vida inocente. Su estómago se revolvió. Soltó el rifle.

Alguien gritó su nombre. —¡Dispara!

Pero Ena no podía. En su pecho, algo se quebraba. Y entonces lo comprendió: no había justicia en la venganza, solo un camino hacia el abismo y la autodestrucción. Ella había cruzado un umbral del que no podía volver, pero podía detenerse antes de empujar a alguien más a ese pozo de paredes angostas y espinosas.

Retrocedió. Corrió hacia el monte sin rumbo, sin aliento, mientras la selva la envolvía en su sombra. Detrás, quedaron los gritos, el fuego y la guerra que, por fin, ya no quería pelear.

El viento la golpeó en el rostro, arrastró sus lágrimas y, por primera vez en mucho tiempo, Ena dejó que la paz entrara en su pecho, aunque doliera como una herida abierta.

Reparando a Billy



Camilo Daniel Bonilla Pazos

Soy docente de la Institución Educativa Ciudad de Ipiales, un colegio que ofrece la posibilidad de ejercer libremente el talento: todos escriben, hay muchos poemas, pinceles y prosas al viento. Al ritmo de ese viento, avanza el colegio: con fuerza y vigor. Por eso, creo que escribir posibilita la creación de futuro. Además, creo que la escritura es el único rastro posible de nuestra existencia; en ese sentido, es un ejercicio en que la memoria repara. Aquello que negamos y escondemos permanece; en cambio, aquello que buscamos y reconocemos, a través de la palabra, se transforma. Escribir es una forma de borrar aquello a lo que le tenemos miedo. Por eso, era necesario atender el llamado a construir una historia de paz que desde la memoria sea la reparación.



Poco a poco, con profunda amargura, se acepta la potestad del tiempo y la muerte como únicas leyes de nuestros pueblos. Por eso ya no gasto pensamientos en rescatarte. Mi mamá dice que no es bueno mantener estos recuerdos, porque los recuerdos son parecidos a los reflejos: aunque se parezcan a la verdad, están muertos. Aunque mi mamá es la que más sabe del asunto.

El azar de encontrarte en Puerto Nuevo se debe a que, después de tres meses en Leiva, a ella ya le correspondía como docente ser la responsable de la caminata con los estudiantes. El sol era sofocante. El río pasaba cerca del caserío. Los motores de los camperos rugían al llegar y se apagaban; la algarabía de la gente viajante conquistaba el lugar. Se bajaban, compraban en el granero de don Estacio, se estiraban y continuaban. Nosotros mirábamos cómo se iban y el sonido del llamado del río reinaba de nuevo.

Mi mamá entró en el granero y te miró: gran estatura, blanco, gordo y rubio. Tratabas de hacerte entender de don Estacio, quien te mostraba de manera tosca un huevo:

—¡Huevo! Se dice huevo.

Con esfuerzo repetías:

—Oevo

Luego señalaste las frutas:

—*These! I want these.*

Mi mamá se acercó:

—Él quiere fruta, don Estacio; *he wants fruits.*

Te sorprendiste al escucharla y te lanzaste a abrazar su fina figura. Mi mamá se asustó: el desespero del gesto le preocupó.

Repetías:

—*Yes! Yes! You understand me.*

Mamá respondió nerviosa:

—*If you speak slowly, i would learn. What is your name?*

Seguías exaltado:

—Billy... *I'm Billy!*

Ya tenías con quien hablar, porque de lo contrario la única forma era llegar a las cabinas de Puerto Nuevo para llamar a Loussiana. Tenías una empresa. Habías traído una draga y planeabas sacar oro del río. Tenías veintiocho años. Pediste a mi madre que te enseñara a hablar español.

—¡Cuidado con lo que dice, Profesora! ¡Cuidado con lo que le cuenta a este gringo! —replicó don Estacio, mientras por su barba corrían gotas del jugo de una naranja que mordía.

Si fuese posible, de alguna manera conectar hueso a hueso, trozo a trozo de carne y armarte de nuevo con esa fina estampa rubia, no sería suficiente. Sabemos bien que tu alma ya no se encuentra ni en las montañas que te desaparecieron. De ahí para allá, solo queda la escritura: hueso a hueso de memoria, carne a carne de humanidad, reparar en la palabra el rastro del alma.

Te gustaban las mariposas blancas —o eso contaste el lunes que nos encontraste en el mercado—. Los trabajos con la draga ya habían comenzado y reclamaste las clases de español. Mi madre quería hacerte entender que tu vida corría peligro, pero ignorabas la advertencia; solo querías hablar y seguimos caminando. La gente que nos miraba con recelo por el “gringo”. Mi mamá insistió en hacerte entender tenías que irte, pero tú seguías tranquilo; incluso acordaste, aunque de mala gana de mi madre, una clase para el siguiente sábado. Te despediste con la ebria expectativa en tus ojos verdes. La semana continuó mientras mi bronquitis crónica empeoró. Ese jueves nos tocó pedir permiso y viajar a Pasto.

Al volver el lunes, todo el pueblo hablaba de ello: que te habían secuestrado; que la draga había quedado abandonada; que justo el viernes en la mañana el comandante de la guerrilla llegó con un grupo de hombres armados al colegio a buscar a la profesora Ruth, mi mamá; que el gringo quería hablar solamente con ella. Al no encontrarla, se llevaron al profesor Aquiles, otro docente

de inglés, y fue en vano, porque no quisiste decir palabra ante él. Querías hablar con Ruth y con nadie más. Que solo comías tinto con salchichas: era lo único que querías recibir. Que te llevaron de nuevo a las montañas.

Pasaron dos meses de tu secuestro, nada se escuchaba del tema. Mi mamá temía que lo hubiesen asesinado. Pero era mayor el miedo del peligro que corrían nuestras vidas por charlar con Billy. Así que decidimos viajar a Pasto cada fin de semana. Un día, al pasar como muchas otras veces por Puerto Nuevo, el campero paró.

La guerrilla estaba en el lugar. Dentro de la cabina telefónica, esa voz que hace tres meses era gruesa gritaba suplicante:

—*Loussiana! Loussiana!*

Dos guerrilleros con las culatas de sus fusiles te golpeaban: —¡A ver gringo! Agarra ese teléfono y habla la última vez o ¡te quebramos!

Otro golpe abrió una herida en tu rostro: antes regordete, ahora flaco y magullado.

Gritabas suplicando que no te pegaran más. Te sacaron de las cabinas. Mi mamá no quería que la vieras, porque temía que se la llevaran, pero no alcanzamos a escondernos. Comenzaste a gritar:

—*Ruth! Help me, Ruth, please!*

Uno de los guerrilleros dijo:

—¡Ah! ¡Esta es la tal Ruth con la que el gringo marica le gusta hablar!.

El comandante se acercó a ella y le dijo:

—¡Súbase! Se viene con nosotros.

Mi mamá respondió con la voz quebrantada:

—¡Tengo estos dos niños! ¡No me lleven, por favor! ¡Mis hijos quedan solos! Yo no sé muy bien inglés, ¡no me lleven, por favor!

La mirabas desesperado, triste y golpeado:

—*Help me! Help me!*

Mi mamá, con lágrimas en los ojos, le dijo al comandante:

—No me lleve; mire, mis dos hijos están pequeños

Mi hermana y yo le agarrábamos los pantalones a mi mamá mientras llorábamos. El comandante se giró y dijo:

—Bueno, a ver, súbanlo; y usted —señaló a don Estacio—, un paquete de salchichas que este gringo no come más.

Te subieron al campero, te esposaron. Sentado, empezaste a gritar:

—*Ruth! Ruth!*

Mi mamá nos abrazaba y llorábamos los tres. El campero arrancó. Las manos delgadas y huesudas pegadas a la ventana trasera eran una mariposa ahorcada por unas esposas grises. Jamás volvimos a saber de ti.

Cuando vamos al río de nuevo, si aletean mariposas blancas, te saludamos como una forma de reparación. Aunque estas palabras aún te buscan.

Día de la verdad



Yerina Viana Moreno

Me llamo Yerina Viana Moreno, nací en Curramba la Bella un domingo 14 de octubre a las 10:50 de la mañana y de pronto, crecí...

Fui a Medellín a estudiar, graduándome de licenciada en preescolar; descubrí que me gustaba correr y escribir mis sentimientos. Hace veinte años ya, Dios permitió que me mudara a El Carmen de Bolívar en medio de la cruda violencia; esto no impidió que me enamorara de su gente, de sus paisajes, de su capacidad de resistir, de su voluntad y resiliencia, otorgándome un nuevo sentido de identidad. Me dio tres hijas que me dan fuerzas para luchar, un amor que me hace ser mejor persona, mientras rescato la memoria histórica local y la escribo, transitando los senderos escarpados hacia la paz.



— ¿La verdad? —No estaba preparada.
Estaba metida entre la niebla baja de esa mañana, sentada frente a la vieja mesa de madera de la cocina, testigo de tantos desayunos solitarios, con una taza de café amargo y unas arepas recién hechas que reposaban en el oxidado plato de peltre.

Recibí la llamada ese martes de abril de 2018: era una voz grave, como si llevara consigo un pesar inmenso.

—¿Conocer la verdad? —Fueron tal vez las únicas palabras que escuché. Sentí el pasado en su voz y sentí la alta hierba del campo. Imaginé a mi madre llevada a rastras sobre las altas montañas de los Montes de María; imaginé a mi padre

caminar frente al fusil AK-47 que reposaba en los brazos de aquel grupo guerrillero; sentí la lágrima helada en la mejilla de mi hermano, cuatro años mayor que yo. Escuché de nuevo las mutiladas palabras de mi tía:

—Se los han llevado a morir.

Yo había estado en la vieja Barranquilla, en la antigua casa de la hermana de mi madre. Ella había entrado aquella noche de junio con el alma hecha lágrimas y el hombro dislocado por el golpe de la puerta al entrar —yo lo supe—, o creí saberlo. No hubo rastro: solo eran tres nombres más en la eterna lista de los desaparecidos de la oscura guerra colombiana; no hubo cuerpos, ni entierros, ni charcos de lágrimas al frente de un ataúd. Sólo hubo llantos y llamas ardientes que salían de los viejos techos de palma de la finca donde había vivido mis primeros doce años. Solo hubo noches de insomnio sobre tumbas que no tenían cadáveres. Solo quedé yo, con el alma fuera del pellejo y el corazón hecho una mierda. Solo hubo silencio y el mismo tono grave en el teléfono.

—Aló, señora ¿Está ahí?

Sentí el presente en su voz, sentí el beso de mi madre, aquel que me daba todas las mañanas en la frente al salir a la escuela. Sentí el latir del corazón en el pecho, pero quería el porqué y solo tenía las mismas palabras que le daba a mi padre cuando me mandaba por más vitualla y suero para su desayuno.

—Bueno, sí señor.

Me presenté siete días después, con la piel de gallina y un nudo en la garganta. Ella estaba ahí, a treinta pies del frío asiento que tenía mi nombre; no aparentaba más de treinta años, lucía cansada, aunque la habían maquillado por aquello de las cámaras. Se le veía un dolor entre los ojos o quizá un arrepentimiento; no lo sé.

Tenía una voz un poco disonante, una voz que nunca pensé escuchar. Relató la noche del suceso; me dijo quien tuvo el coraje de halar el gatillo del arma que acabaría con la vida de mi hermano; mencionó mi nombre como las últimas palabras que salieron de los labios de mi madre; el último rezo y los aguados ojos de mi padre. Los habían enterrado en una fosa común, bajo el hediondo barro que después fueron camino para sus pies. Imaginé la bala atravesar sus cuerpos, sus lágrimas, hasta la pala que daba los últimos golpes sobre la tierra.

Y quise odiarla, quise hacerle lo mismo que ella había hecho a mi madre, quise verla sufrir la misma suerte de mis amados. Y lloré, lloré por mí, lloré por ellos; lloré como lo había hecho todas las noches después de cada pesadilla; lloré por el pasado, como si fuera ayer. Lloré por la década de momentos que no viví, por las sonrisas de mi hermano que jamás volvería a ver; por los “te quiero” que no alcance a decir; por las manos que nunca volví a tocar. Lloré por mí, lloré por ellos.

En medio de todo, noté un mar entre sus ojos y los ríos que

corrían por sus mejillas. Me dijo que ella también fue niña, que había visto caer a su familia al suelo durante el fusilamiento; que fue llevada a la fuerza a las oscuras selvas de Colombia; que había sentido casi todas las noches las pichas de los viejos hombres durante las noches de frío; que había perdido la capacidad de ser madre por tantos abortos que le habían practicado, que había perdido su niñez, su juventud. Que hubiera preferido las barbies de pasta en vez del fusil FAL calibre 7,62 mm; que hubiera preferido pintarse las uñas en vez de llevar los callos que dejaba cargar el RPG-7 durante la guerra. Que hubiera preferido dictar clases llenando las pizarras verdes con tizas de colores en las escuelas y no convertirse en la terminator más querida por los guerrilleros, en una máquina de matar. Que se le jodió el alma, que perdió la esperanza de la libertad, que perdió sus sueños, se le pasó la vida.

Y lloré por mí, y lloré por ella. Recordé las palabras que siempre me repetía mi madre cuando lavaba los platos:

—Que la gente no siempre puede decidir en que se convierte; que la vida es jodida e injusta; que todos somos como el campo: a veces estamos bien cultivados y verdes; otras, como después de la cosecha, desiertos. Las lágrimas al final se secan, el dolor algún día se olvida y los corazones con el tiempo sanan.

Lloré por mí, lloré por ella. Imaginé sus noches, sus pesadillas, imaginé su historia, la que pudo haber sido la mía. Recordé

las palabras que me repetía mi padre mientras arrancaba la yuca en la cosecha:

—Que al igual que se necesita más ganas para sembrar el campo que para cosechar lo sembrado, se necesita más coraje para hacer la paz que para hacer la guerra.

Entendí que, aunque no había revivido a mis muertos, cada quién carga su propia mochila de cemento. Que la vida se trata de hacerla menos pesada y más feliz. Entendí que el perdón es el primer paso.

—Y que para la verdad, nunca se está preparada.

Abarco



Manuel Alejandro Castro Petro

Me llamo Manuel Castro, tengo 26 años y disfruto tanto de la lectura como de la escritura. Creo en el poder transformador de la palabra, en que a través de lo que decimos podemos tocar el corazón de los demás. Pero, sobre todo, creo en que todas las voces merecen ser escuchadas, en especial aquellas que son constantemente acalladas.



«C uando no quede ninguno más, vendrán por ti», te solían decir mientras todavía quedaban voces que escuchar. Después de eso, te quedaste solo, escuchando ninguna otra cosa que el viento agitando hojas secas, muertas, a tu alrededor.

Realmente nunca escuchaste una voz, porque tú y ellos carecían de ella. No, no escuchabas voces; más bien, sentías lo que los otros te transmitían. No se diferenciaba mucho de una red eléctrica, donde la energía, los mensajes, discurrían al

interior de un circuito. Todos experimentaban lo que el resto sentía: sus sentimientos, sus miedos, sus incertidumbres. El miedo se acrecentaba a medida que un corte tras otro devastaba los cuerpos de esa familia a la que pertenecías. En ocasiones ni siquiera se trataba de un corte, sino de fuego, una flama que arrasaba con todo, que purgaba. El fuego no te tocaba directamente, pero experimentabas el calor; percibías cómo te envolvía en una burbuja ardiente que se empequeñecía con cada grito de agonía silenciosa emergiendo a través de tallos, hojas y frutos ajenos.

Y el dolor te recordaba que cuando al fin hubiesen acabado contigo, lo que restaría de ti no sería otra cosa más que un armario, un banco, el marco de alguna puerta. Te preguntabas si algún día tus restos se perpetuarían en un mueble olvidado al interior de una casa abandonada, o si, por el contrario, no restaría nada de ti, ninguna otra cosa sino ceniza.

Ambas torturas se pronosticaban igual de agónicas. Con el corte te desmembrarían una parte a la vez, te arrancarían tus ramas, tus hojas, tus frutos. Abrirían en canal tu tronco, que ni siquiera había alcanzado toda la altura que debería. Y tus raíces se quedarían atrás, ancladas a la tierra en la cual habían nacido, inertes, sin alguna señal que enviar y ninguna que recibir. Con el fuego se borraría cualquier rastro de ti; te desaparecerían, y en tu lugar sembrarían coca, cannabis.

Tus cenizas nutrirían el campo, preparándolo para nuevos cultivos: en algunos, buscando el placer; en otros, la comida.

El infierno no parecía tan malo. Que te incineraran. Que tus cenizas nutrieran los cultivos. Que tu muerte no careciera de sentido, que tu sufrimiento hubiese significado algo. Sin embargo, un grito se abrió paso hasta la más alta de tus ramas. «¡No!» No mataste nunca a nadie para sobrevivir; bebías del agua que regaba el cielo; comías las delicias que la tierra te ofrecía. No arrasaste con ninguna familia para saciar tu gozo; te regocijabas con los colibríes bebiendo del néctar de tus flores, con las mirlas comiendo tus frutos, con las abejas tomando tu polen. No te quedarías a morir allí mientras el silencio se rompía por detonaciones que cada vez sonaban más cerca.

Y es que antes de los cortes y de los fuegos siempre se escuchaban los disparos. Disparos, gritos, insultos. «¡Bájese a esos guerrillos!», «¡Nos matan o los matamos!», cacofonías que se repetían a menudo, y una vez concluidas, las sierras y la gasolina invadían el ambiente, ya que primero se mataban entre ellos y después venían a matarte a ti y a tus hermanos, a tus padres, a tus madres.

Empezaste a extender tus raíces, forzándote a arrastrarlas debajo de la tierra, esquivando cadáveres sepultados hacía

mucho tiempo, tanto que no se podía distinguir si pertenecían a niños, mujeres u hombres. Recorriste bastantes campos en donde se repetía la historia de tu hogar: muertos sus habitantes, y hojas secas como toda prueba de que alguna vez hubo vida allí. Seguiste prolongándote, buscando nuevas redes a las cuales unirte, a pesar de que todas a las que arribabas hacía tiempo que habían sido desconectadas.

Hasta que un día, cuando pensabas que no hallarías ninguna otra familia, unas raíces te envolvieron. Pero eran raíces que, a pesar de ser ajenas, las sentías como propias, como si hubieran pertenecido a ti desde siempre. Y te hablaron, y sonaban igual que tú, como si te hablaras desde un espejo. Quizás recorriste el mundo en su totalidad y acabaste dando la vuelta, encontrándote a ti mismo. ¿Realmente sólo quedabas tú? «No», sentiste que te decían. Y descubriste que habían muchos otros, y que cada día crecían más, poblando a la tierra con nuevos hogares.

Te enteraste de que aquellos pájaros y abejas que te causaban cosquillas, se habían encargado de llevar pequeñas partes de ti a otros territorios, a nuevas zonas en donde acabaste, sin saberlo, asentándote. Y allí tus hijos podrían vivir hasta superarte en tamaño, hasta acariciar las nubes con sus ramas. No importaba que las balas ya se hubieran acallado y que los motores de las sierras anunciaran que te partirían en pedazos:

tus raíces no reposarían inertes, sino vivas, enredadas a la nueva familia que creaste sin habértelo propuesto.

Y no temiste más nunca a lo que le depararía a tu tronco, a tus ramas, a tus hojas; porque tu destino era la tierra, siempre lo había sido, y allí sólo podías morir hasta que la propia tierra muriera.



Crónicas

Categoría
juvenil

¿Dónde está papá?



Marilyn Giselle Calvache Yandún

Soy una pastusa curiosa y sensible. Me atrae intensamente el periodismo, el trabajo con comunidades y la investigación. Creo —absurdamente— en el poder de las posibilidades y en el deseo entrañable de probar, intentar y vivirlo todo. He encontrado en las palabras talento de salvavidas. Talento de ser amor, un amor que entenece. Talento de expresión y de manifestación del nudo en la garganta, del grito, de la rabia, del dolor y de la desobediencia al conformismo. Sacar la bala o contar mi propia historia fue el impulso para tener la valentía de navegar otros relatos. Relatos que he conocido en mi tierra amada: Nariño.

Siempre un: ¡Gracias, escritura por darme coraje!
Y hoy un: mamá, papá, ¡miren donde estamos!



Mi padre tiene un álbum de fotografías. Esas fotografías están repletas de historias del conflicto armado en Nariño. Esas historias están llenas de guerra y de hombres con armas. El álbum casi no tiene fotos familiares.

En la mayoría de las fotos familiares hay una ausencia marcada (mi padre trabajó por muchos años lejos de casa). En el álbum no se percibe que no estuvo presente en las celebraciones de cumpleaños, de Navidad o Año Nuevo. Las fotografías contienen momentos importantes para papá. En esas historias papá siempre lleva su uniforme.

Desde los años noventa, la Policía Nacional de Colombia trasladó a mi padre, como comandante, a muchos pueblos de Nariño: Pupiales, Ricaurte, El Tablón de Gómez, Cumbitara, Taminango, Sandoná y La Llanada. Los enfrentamientos eran

seguidos y las fuerzas armadas tenían que estar ahí. Militares y policías eran trasladados a zonas aledañas a su residencia y la familia se quedaba esperando su regreso, pero algunos no volvían.

Las fechas especiales eran riesgosas porque en ellas se presentaban con mayor frecuencia ataques, enfrentamientos y secuestros. Sus vidas transcurrían en la violencia, pero él siempre volvía a casa para contar sus historias. Mi padre ingresó a la institución siendo muy joven, sin experiencia y aún sin una familia propia. No era consciente de lo que le esperaba: de domingo a domingo en armas. Mi mamá y mi hermano mayor lo acompañaron en muchos de sus traslados, no estuvieron en un solo lugar durante un buen tiempo, en los momentos más álgidos del conflicto abandonaban la seguridad de la ciudad para estar en los pueblos, pero en familia.

Ahora, en las reuniones familiares se recuerdan esas anécdotas de hace 20 años, con las risas de mi madre y los relatos de mi padre, haciendo que, a través de ellos, logre imaginarme cómo era su vida cuando tenían que huir de las estaciones de Policía, cuando la tropa pasaba días sin comer porque la comunidad los rechazaba, cuando buscaron a un compañero secuestrado, o cuando asesinaron a uno de sus compañeros.

Mi madre recuerda que una mañana, al llegar a casa, escuchó en la radio que atacaron una estación de Policía; la estación

donde estaba él. Todo se detuvo para ella en esos segundos, su cerebro se paralizó y su cuerpo absorbió la angustia. Llena de miedo le marcó a su teléfono celular... pero no contestó.

Afortunadamente, luego de unos días llegó a casa con todas sus maletas. Aún recuerdo verlo llegar en un taxi con trastes hasta en el techo, una estufa eléctrica y un televisor antiguo. Estaba cansado del conflicto y creía que era momento de retirarse y estar con su familia. En el fondo, todos sabíamos que había estado muy cerca de la muerte. No queríamos perderlo.

Aquel día, estaba sentado en la oficina de la estación y, en la entrada de la misma, se detonó un fuerte estruendo. Se trató de un ataque con explosivos. Los más afectados fueron los compañeros que se encontraban afuera. La onda expansiva tumbó a mi padre al suelo, dejando a su paso el desastre de la explosión y un pitido ensordecedor, haciendo que todo, por esos pocos segundos de zozobra total, se detuviera. Cuando cuenta esta historia, su mirada se pierde en el recuerdo, no entra en detalles, como observando esta historia desde afuera y sin tocarlo, pero con la sensación de que aún pudiera hacerle daño. Las particularidades y pormenores de esta anécdota se quedan en su memoria, y las afectaciones se reflejan en un daño auditivo permanente y en un trauma que no se olvida.

Aunque este episodio fue sumamente complejo, finalmente mi padre decidió no retirarse de la Policía en ese momento.

Por su seguridad, pidió un traslado definitivo a la ciudad de Pasto para trabajar en las oficinas, lejos de las zonas rurales, donde Colombia recibe las mayores atrocidades de la guerra. Al mismo tiempo que sucedía el Acuerdo de Paz con las FARC-EP, en el 2016, fue llamado a calificar servicios, justo cuando ya había terminado el curso para ascender a Sargento Mayor y solo le faltaba la ceremonia para que este paso profesional se considere oficial. Papá se retiró luego de 29 años de servicio, con dos hernias discales y fuertes afectaciones a sus oídos.

Sobrevivir a la guerra es un privilegio. Papá perdió muchos compañeros en el camino, y cuando cuenta sus historias, menciona sus nombres, sus rasgos físicos y algunas características de su personalidad. Tiene presente a sus familiares, a las mujeres que fueron sus esposas y a los hijos que conoció.

La sanación y el perdón son senderos rocosos difíciles de recorrer, donde te pierdes y a veces abandonas, porque en ocasiones asociamos perdonar con olvidar, pero no lo logramos. No olvidamos los años en los que no estuvimos en familia. Sin embargo, somos una familia afortunada: hoy nos tenemos, lo tenemos. No es un número más en la cifra de asesinados en servicio. Aunque no pueda olvidar, creo firmemente en el perdón, y aún creo en la paz porque sé que, como familiares, queremos a nuestros seres queridos en casa. Así como la niña que fui, y que constantemente se preguntaba: ¿por qué papá

no está conmigo?, ¿por qué solo viene cada 6 meses?, ¿por qué mamá llora cuando él se va uniformado con sus maletas?, ¿por qué no juega conmigo? Memorias que hicieron parte del dolor por los años de ausencia y vacío. Conforme crecí fui conociendo la realidad fuera de mi círculo familiar; la verdad nacional. Entendí que no solo me pasó a mí. Hoy muchas hijas e hijos lamentan sus pérdidas, lloran a sus muertos, esperan la llegada de sus secuestrados. La vela sigue prendida al costado de la foto del uniformado.

Quiero creer que perdonar es como sacar una bala enterrada del cuerpo, que para sanar la herida hay que retirar el proyectil, cerrar la herida y esperar que cicatrice, para luego exponerla y dignificarla. Para finalmente hacer catarsis y transmutar el dolor.

Hoy saqué mi bala.

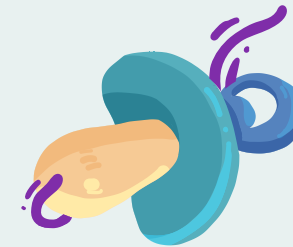
Murmillos de vida



Sebastián Cardona Cardona

Me llamo Sebastián Cardona Cardona, tengo 21 años y soy de La Ceja, Antioquia. Estudio Medicina en la Universidad de Antioquia. Me encanta crear y aprender: puedo pasar de la programación a las disecciones, de los libros a la música. El arte siempre ha viajado conmigo, sobre todo cuando escribo o toco el saxofón en la banda de mi pueblo.

El texto que escribí nace de memorias y recuerdos de este hermoso departamento, que muchas veces se quedan en el olvido. La crónica se ha convertido en un medio para traer esas voces al presente, para contar las historias de las parteras que marcaron territorios y vidas. Me inspira su legado, y creo que narrar sus historias también es una forma de sanar, resistir y dar vida desde la palabra.



Las personas siempre están envueltas en un constante rumor, donde las historias se entrelazan y se transmiten de boca en boca. Este fenómeno era aún más pronunciado en los pueblos, especialmente en tiempos antiguos, donde la cercanía y la familiaridad entre todos sus habitantes propiciaban que las palabras corrieran rápido, y sin duda uno de los temas más hablados en las veredas aledañas a San Rafael era la misteriosa partera que recorría trochas extensas para ayudar a las mujeres encintas de estas tierras. Los barranqueros acompañaban el camino de la que algunos llamaban “bruja”, Clara Morales, la partera de las hierbas y las plantas, la mujer que traía al mundo a los hijos de aquellos que la buscaban en la penumbra de la noche, una nueva luz.

Se dice que Clara tenía un don, un saber ancestral que se tejía entre las páginas de libros polvorientos de médicos y los saberes de los antiguos tahamíes, sus maestros en las artes de la sanación. Junto a esto, un reconocido doctor del pueblo, el doctor Uribe, al escuchar los rumores circundantes de los habitantes de la pequeña vereda, buscó a Clara para entregarle un documento, el cual afirmaba que ella era muchísimo mejor que muchos médicos y le certificaba su labor.

Entre los rumores que danzaban en las calles empedradas, se susurraba que Clara tenía la llave para abrir las puertas de la vida. Llevaba una maleta llena de plantas y yerbas, entre las cuales se hallaban altamisa y hojas de guayabo, con las que desafiaba el dolor y acariciaba la esperanza en cada vientre que acogía. También se comenta que recomendaba caldos de gallina y prohibía los baños y sol durante cuarenta días, como si la luz y el agua misma fueran un enemigo de la vida que estaba por llegar. En el trance del parto, el aroma del sahumerio, el eucalipto y la canela eran sus aliados contra el miedo, la angustia y el dolor de una nueva madre que nacía con el niño.

De la larga lista de partos que perseguía a la sabia mujer, no todos fueron fáciles; de hecho, hubo uno en donde se rumora que tuvo mucho miedo: el parto de su propia hija. Según se cuenta, Rosa Morales vivía con su esposo Mario Gómez en la vereda Fátima, una de las aledañas a San Rafael. Ambos eran campesinos y tenían una vida feliz, pero lo que sin duda alegró

más su recién unión fue el retraso de su periodo, anunciando la llegada de un bebé a la nueva familia.

Para Rosa, lo más especial era el hecho de que su madre iba a recibir a la pequeña criatura. Sin embargo, cuando le contó a su madre la buena nueva, ella palideció. Clara temía, como solo los sabios temen, porque el primer parto que intentó recibir de su hija había sido una tragedia silenciosa: un niño que nunca lloró. Sus más allegados sabían que ella se condenaba por este hecho y creía que su hija la odiaba profundamente. Al ver esto, la pequeña Rosa abrazó a su madre, la consoló diciéndole que la amaba más que a nada en el mundo, que lo que pasó era algo que siempre podía suceder, más aún sabiendo sus condiciones de salud, y que confiaba plenamente en su habilidad como partera. La acongojada partera, con lágrimas en los ojos, aceptó el abrazo de su hija y prometió hacer todo lo posible para que el parto fuera seguro y exitoso.

Los días pasaron y llegó el momento del nacimiento. Rosa avisó a su madre cuando comenzaron las contracciones y decidieron que esa misma semana sería el gran evento. Clara preparó su maleta con cuidado, asegurándose de tener todas las hierbas y plantas necesarias para ayudar a su hija en el parto. Con la sombra de aquella angustia latiendo en su pecho, la acongojada partera se aferró a sus conocimientos ancestrales. El eco de los tambores tahamíes parecía guiarla mientras era transportada en una carretilla por los senderos de la trocha, hacia la casa de su hija.

Al llegar, encontró a Rosa en medio de fuertes contracciones, pero con una determinación firme en su mirada. Clara se acercó a ella con cariño y comenzó a trabajar. En la penumbra de aquella habitación, entre susurros y rezos apenas audibles, Clara desplegó su arte. Sus manos, hábiles y sabias, danzaron sobre el vientre de su hija, mientras el aroma del sahumerio impregnaba el aire cargado de emoción. A medida que avanzaba la noche, la tensión en la habitación aumentaba. Clara luchaba contra el miedo que amenazaba con paralizarla, recordando el dolor de su anterior intento de ayudar a su hija a dar a luz. Pero esta vez era diferente, esta vez tenía el apoyo inquebrantable de Rosa y la certeza de que haría todo lo posible para que este parto fuera exitoso. Finalmente, después de horas de trabajo arduo, y sus manos llenas de aceite de ricino, el llanto de un bebé llenó la habitación. Clara contuvo el aliento mientras observaba a su hija sostener a su recién nacida en brazos. Un torrente de emociones la invadió: alegría, alivio, gratitud. Rosa sonrió a su madre con ternura y agradecimiento, expresando su profunda admiración por su valentía y habilidad. Clara abrazó a su hija y a su nieta con fuerza, sintiendo un peso levantarse de sus hombros.

Desde ese día, el vínculo entre madre e hija se fortaleció aún más. Rosa nunca dudó del amor y la capacidad de su madre, y Clara encontró en su hija el apoyo y la comprensión que necesitaba para superar sus miedos más profundos.

Y así, en medio de los rumores y las historias que rodeaban a Clara Morales, una verdad permanecía incuestionable: su habilidad como partera y su amor por su familia la convertían en una figura venerada y respetada en las veredas aledañas a San Rafael.

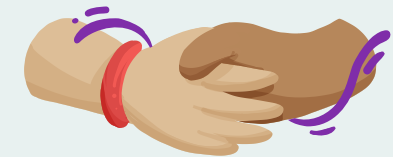
El eco de las montañas



Melani Estefanía Lasso Lasso

Mi nombre es Melani Estefanía Lasso Lasso, tengo 16 años, nací en Ibagué y estudio en el Liceo Nacional, en grado once, en la profundización de Derechos Humanos. Me gusta investigar y participar en espacios donde pueda aprender más sobre los derechos humanos. Lo que me gusta de Ibagué son los paisajes y la gastronomía que nos ofrece. En mis tiempos libres, me gusta escribir sobre los temas complejos de nuestro país.

Elegí el tema del desplazamiento forzado en Colombia, inspirada en historias reales de mi familia que me conmovieron profundamente. Con este texto, quiero crear conciencia sobre el dolor y la valentía de quienes han tenido que dejar todo atrás.



En la vereda El Edén, un pequeño caserío perdido entre las montañas del Cauca, la vida transcurría con la cadencia propia del campo. Madrugadas de rocío, mañanas de sol tibio y tardes que caían con la misma puntualidad con que los arrieros llevaban el café hasta la plaza del pueblo. Sin embargo, bajo esa aparente tranquilidad, se escondía una herida que la comunidad llevaba consigo: el conflicto armado que, por décadas, había robado vidas y dejado cicatrices imborrables.

Elvira Castaño aún recuerda la noche en que todo cambió. Era diciembre, un tiempo en que la comunidad se reunía a celebrar las novenas y compartir buñuelos recién hechos. Pero aquella

noche no hubo villancicos. En su lugar, el eco de los disparos resonó en las montañas, ahogando las risas infantiles. «Nos metimos debajo de la cama con mi hija, tapándonos los oídos», cuenta Elvira, con la mirada perdida en el fuego de su cocina de leña. Su esposo, Julián, nunca volvió. Al día siguiente, solo encontraron su radio de pilas, todavía encendido en la emisora comunitaria.

La guerra se llevó mucho, pero no pudo arrebatarlo todo. Con el paso de los años, los habitantes de El Edén encontraron formas de resistir, de reconstruirse a partir de la memoria. Una de esas formas fue el tejido. «Nos reuníamos en la casa comunal y tejíamos, cada puntada era una historia, una manera de hablar sin miedo», dice Rosa, quien lideró un grupo de mujeres que, con hilos de colores, bordaban las memorias de su pueblo en grandes mantas que luego exhibían en la plaza del municipio. «Era nuestra forma de decir: aquí seguimos».

El proceso de paz trajo consigo una calma frágil, pero permitió que muchas familias regresaran a sus hogares. La escuela, que había cerrado por años, volvió a llenarse de niños. Entre ellos, Camilo, el hijo de Elvira, quien decidió convertirse en maestro para que ningún niño de la vereda creciera sin educación. «Mi papá siempre decía que la única arma que valía la pena era un lápiz», cuenta mientras dibuja en el pizarrón la silueta de las montañas que rodean el caserío.

Aún quedan heridas abiertas, pero en El Edén han aprendido a transformar el dolor en esperanza. En la entrada del pueblo, un mural con rostros sonrientes da la bienvenida a los visitantes. Son los rostros de aquellos que partieron, pintados por los jóvenes como un homenaje eterno. «No los olvidamos, los hacemos parte de nuestra historia», dice Rosa, mientras agrega un último detalle a una de las figuras. Un girasol amarillo, símbolo de la luz que nunca se apaga.

El eco de las montañas sigue resonando, pero ahora trae consigo algo más que el pasado. Trae el sonido de risas, de canciones, de vida que renace con cada amanecer. Porque la memoria no es solo recordar lo que se ha perdido, sino también celebrar lo que aún se tiene.

Elvira, como tantas otras mujeres de El Edén, encontró en la cocina una forma de resistencia silenciosa. Cada mañana, amasa las arepas con la misma dedicación con que una vez tejó historias en hilo. Para ella, la comida es un lenguaje propio, un puente entre el pasado y el futuro. «Cuando cocino, siento que mi esposo sigue aquí», dice mientras coloca las arepas en el fogón. Las mujeres de la comunidad han creado una cooperativa de productos locales, logrando que sus recetas tradicionales trasciendan las fronteras de la vereda.

Por su parte, Camilo ha impulsado un programa de educación rural. Con libros donados y materiales reciclados, ha construido

una pequeña biblioteca dentro de la escuela. «El conocimiento es nuestra mejor defensa», afirma con orgullo. Sus alumnos, niños que alguna vez crecieron entre el miedo y el silencio, ahora aprenden sobre historia, literatura y matemáticas. Pero, sobre todo, aprenden sobre su propia identidad y la importancia de recordar.

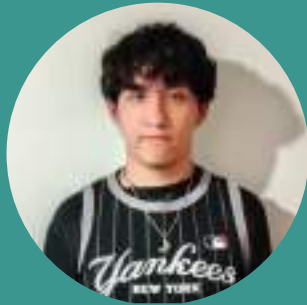
Las ferias comunitarias también han sido clave en el renacer de El Edén. Cada mes, los habitantes organizan un mercado donde intercambian productos y exhiben sus artesanías. Allí, las mantas bordadas conmemorativas se han convertido en piezas codiciadas, no solo por su belleza, sino por el peso de sus historias. «Cada puntada es una memoria, una vida que seguimos honrando», explica Rosa mientras enseña a una nueva generación de tejedoras.

El camino hacia la paz es largo y sinuoso, pero la comunidad ha encontrado formas de avanzar sin olvidar. En la plaza principal, además del mural, se ha levantado un pequeño monumento con los nombres de quienes ya no están. Cada año, el pueblo entero se reúne para recordar y compartir sus historias. «No queremos que el dolor defina nuestro futuro, queremos que nos impulse a construir algo mejor», dice Elvira, con la voz firme.

El Edén ya no es solo un caserío marcado por la guerra. Es un símbolo de resistencia, de memoria y de esperanza. En sus montañas resuena la voz de quienes han partido, pero también

la de quienes han decidido quedarse y reconstruir. Cada nuevo amanecer es un testimonio de que la vida, aún después de la tormenta, sigue floreciendo.

El ruido de la paz



Óscar Mauricio Ángel Bustos

Me llamo Óscar Mauricio Ángel Bustos, tengo 21 años. Nací en Bogotá, pero hace tres años vivo en Ibagué. Estudio Artes Plásticas y Visuales en la Universidad del Tolima. Siempre me ha gustado escribir, aunque casi nunca lo hago sobre la paz. Durante la pandemia, escribir y dibujar fueron mi refugio, y desde entonces no he soltado ninguno de los dos.

Aunque la violencia ha estado presente en muchas partes del país, al entrar a la universidad pública empecé a ver todo con más claridad. Este texto nace de lo que escucho y veo a diario en las calles ibaguereñas: cómo se normaliza la violencia, pero también cómo los jóvenes, como yo, seguimos siendo esa piedra en el zapato que busca hacer conciencia y no se cansa de resistir.



Una ciudad que escucha

Cuando llegué a Ibagué, lo primero que noté fue el silencio. No el de una ciudad callada, sino el de una que escucha. A diferencia de Bogotá, donde la prisa apaga las conversaciones, aquí la gente pregunta, observa, responde con calma.

La primera vez que entré a una tienda, la señora del mostrador me miró con curiosidad.

—Usted no es de aquí, ¿cierto?

—No. Soy de Bogotá —respondí.

Ella sonrió con la certeza de quien ya sabía la respuesta.

—Aquí la vida es diferente. Pero con el tiempo se acostumbra.

No supe si hablaba de la ciudad o de algo más. Con el tiempo entendí que, en Ibagué, la paz no es solo un recuerdo ni una

promesa: es una conversación constante. Un rumor que flota en las calles, en los rostros de quienes han visto más de lo que dicen.

Un taxista me lo explicó sin rodeos:

—Uno aprende a vivir con todo. Con la guerra, con la paz, con la incertidumbre. ¿Qué más va a hacer uno?

Me quedé pensando en eso. ¿Nos acostumbramos a la paz o solo aprendemos a vivir sin ella?

II. La universidad y la lucha por lo que ya debería ser nuestro

La Universidad del Tolima es un reflejo del país. Aquí, la palabra paz no es un ideal abstracto, sino algo urgente.

Paz es tener aulas que no se caigan a pedazos. Paz es no tener que marchar cada semestre para que no suban las matrículas. Paz es no temerle a la policía cuando cerramos las calles para exigir lo que ya debería ser nuestro.

Recuerdo una reunión estudiantil en la que un profesor nos preguntó:

—¿Qué es la paz para ustedes?

Se hizo un silencio incómodo. Un compañero dijo que era poder estudiar sin miedo. Otro mencionó la justicia. Una chica de cabello rizado respondió con firmeza:

—Paz es no tener que seguir explicándole a la gente que la paz no es real.

Todos asentimos.

En Ibagué no hay guerra, pero tampoco hay paz. Hay barrios donde la violencia no desapareció: solo cambió de forma. Hay calles donde el silencio pesa. Hay familias que no hablan de ciertas cosas porque duele demasiado.

Pero hay algo en esta ciudad que se resiste a ser vencido.

III. Voces en la calle

Una tarde, mientras esperaba el bus, conocí a don Manuel, un hombre de casi setenta años que vendía frutas en la esquina.

—Yo antes vivía en el sur del Tolima —me dijo—. Tenía mi finca, mi casa. Pero nos tocó irnos.

No pregunté por qué. No hacía falta.

—¿Le gusta Ibagué?

—Sí. Pero uno nunca deja de extrañar lo que perdió.

Lo entendí. Porque yo también extraño Bogotá, aunque decidí dejarla. Pero su pérdida y la mía no eran comparables. Yo me fui por elección; él, por necesidad.

Otro día, en un café, conocí a Valentina, una estudiante de

antropología que trabajaba con comunidades desplazadas.
—Muchos niños con los que trabajo nunca vieron la guerra, pero igual la sufren —me dijo—. Crecieron en un país que les prometió paz, pero lo único que conocen es la ausencia de guerra.
—¿Y eso no es lo mismo? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.
—No. La paz no es solo que no haya disparos. Es poder vivir sin miedo.

IV. El peso de la historia y la necesidad de contarla

Con el tiempo, entendí que la paz en Colombia es como un relato inconcluso.

Algunos dicen que ya la alcanzamos, que “las cosas están mejor”. Otros ven las ausencias en sus familias y saben que la paz sigue siendo una promesa vacía.

Pero también hay quienes la construyen sin darse cuenta. En los artistas que pintan murales para no olvidar. En los profesores que enseñan a cuestionar la historia oficial. En los estudiantes que marchan porque entienden que sin lucha no hay futuro.

Un día, en el parque, un desconocido me preguntó si creía que algún día Colombia tendría paz.
—Tal vez no en nuestra generación —le dije.

Él sonrió con tristeza.
—Pero alguien tiene que seguir intentando.
Y eso me quedó grabado.
Porque la paz no es un destino, es un camino; no es un punto final, es una construcción diaria; no es el silencio, es la posibilidad de alzar la voz sin miedo.

V. Un país que aún despierta

Cuando pienso en Bogotá, en lo que dejé atrás, me doy cuenta de que la paz no depende de un lugar, sino de la forma en que aprendemos a habitarlo.

En Ibagué he visto heridas abiertas, pero también personas dispuestas a sanarlas. He escuchado relatos de pérdida, pero también de resistencia. He entendido que la paz no se encuentra: se construye.

Colombia sigue buscándola, tanteando en la oscuridad, tratando de entender qué significa realmente vivir sin miedo.

Y aunque aún nos falte mucho, cada historia contada, cada lucha compartida, cada voz que se niega a callar, es prueba de que todavía no hemos perdido la esperanza.

Y eso, en un país como el nuestro, ya es una pequeña victoria.

Colombia, donde renació mi alma.



Ana María Torres García

¡Hola! Soy Ana María. Nací en un rincón de Venezuela donde el relámpago del Catatumbo ilumina las noches. Hace seis años vivo en Colombia, un país que me ha acogido con cariño. Me encanta leer y escribir, sobre todo historias que traspasan la realidad y conectan con lo que siento muy dentro. Amo la cultura, la alegría y la diversidad de Colombia, pero Venezuela sigue siendo ese fantasma nostálgico que me acompaña. Escribir, para mí, es una forma de recordar, de sanar y también de imaginar otros mundos posibles. Elegí el tema de mi texto porque quería hablar desde mis raíces, desde el desarraigo y el reencuentro, desde la memoria. Me gusta pensar que cada palabra que escribo es un puente entre lo que fui, lo que soy y lo que sueño ser.



La vida no siempre nos da la oportunidad de elegir. A veces, nos arrastra como un río desbordado, nos lanza lejos de lo que conocemos y nos obliga a seguir adelante, aunque cada paso que demos nos duela como un puñal hundiéndose en el pecho.

Tenía tan solo 12 años cuando viví uno de los eventos que más han marcado mi vida, tal vez el más doloroso y desgarrador de estos 17 que he cumplido. Todo comenzó un 14 de agosto del año 2019, el día que tuve que dejar mi país para llegar a Colombia. Lo puedo describir como el momento más aterrador, el día en que el miedo se apoderó de todo mi ser. La zozobra me acompañaba, mi corazón latía sin control, porque no sabía si lo iba a lograr. No sabía lo que me esperaba al intentar huir

del caos, del hambre, la represión, del drama que vivíamos millones de venezolanos.

Eran las 12:00 del mediodía cuando crucé la frontera. Mi mamá me esperaba en Colombia; llevaba un año sin ver a sus hijos y estaba ahorrando para poder reunirnos. No podía pagar los 1.000 dólares que le pedían por pasarme en carro, así que reunió 100, que solo alcanzaron para llevarme en una motocicleta, envuelta en trapos como si fuera una maleta. Aún recuerdo la sensación de la moto arrancando, el temblor de mis manos, el peso de dos hombres y el equipaje que me ahogaban. Recuerdo el sonido del viento y cómo mi corazón se iba rompiendo a medida que nos íbamos alejando. Latía con tanta fuerza que creí que se me explotaría el pecho. Lo que permanece más vívido en mi memoria es el dolor de saber que, con cada metro que avanzábamos, estaba dejando toda una vida atrás... y a mis dos hermanos menores, que se vieron obligados a quedarse.

No solo dejaba mi país. Dejaba el olor del café de mi abuela en las mañanas. Dejaba el sonido de la lluvia golpeando los techos de zinc. Dejaba el Ávila, pintada de fondo en cada recuerdo. Dejaba el mar que nunca disfruté. Dejaba el país que no pude conocer, la libertad que nunca pude sentir, la riqueza que nunca pude ver. Tan solo con 12 años, me habían arrancado el alma, me habían dejado tan vacía que, al principio, sentí que mi vida había perdido el sentido. Y entonces, el gran vacío se apoderó de mí.

Cruzar la frontera no me dio alivio ni esperanza. Solo me dejó con un hueco en el pecho, con un dolor que no se llena con nada, con una nostalgia enorme. ¿Cómo es posible que, siendo tan niña, sintiera tanta impotencia, tanta tristeza, tanto dolor? Me habían robado mis sueños.

Llegué a Colombia con el alma rota, con el peso del desarraigo ahogándome el pecho y el miedo temblando en mis manos. Dejé atrás mi hogar, mi historia, y crucé la frontera con la incertidumbre clavada en los huesos. No sabía qué me esperaba al otro lado, no sabía si alguna vez volvería a sentirme en casa. Pero Colombia, con su gente de corazón inmenso y su tierra llena de magia, me envolvió en sus brazos y me enseñó que el amor por una patria también puede nacer en el exilio.

Tunja, la ciudad de los tesoros escondidos, me acogió entre sus montañas frías y su cielo inmenso. Al principio, su viento helado me recordaba lo lejos que estaba de todo lo que conocía, pero con el tiempo aprendí a valorarlo. Aprendí a querer esa neblina que cubre las montañas con un velo de nostalgia, a sentir en mis venas la historia de sus calles empedradas. Aquí encontré no solo un refugio, sino un nuevo hogar, una ciudad que se convirtió en testigo de mis luchas y sueños.

En esta ciudad encontré un lugar que me abrió sus puertas, me cobijó y me dio segundas oportunidades: es mi colegio, el Silvino Rodríguez. Allí me han hecho sentir que pertenezco a

ese lugar, allí he vuelto a soñar, he vuelto a sentir, he vuelto a sonreír.

Allí aprendí que siempre se puede seguir adelante, que incluso en los momentos de incertidumbre, el conocimiento y el esfuerzo son faros que iluminan el camino. Y cómo no hablar de mis profesores, esos guías que han dejado huellas en mi vida. Entre ellos, la profesora Claudia Monroy, mi docente de Ciencias Sociales. Ha sido un ejemplo en todos los sentidos, no solo por su sabiduría, sino por la pasión con la que transmite cada lección. Sin proponérselo, me ha guiado, me ha educado, me ha inspirado. Mi amor por la Historia, por el aprendizaje, por la lectura, nació de sus clases, en esas horas en las que cada relato cobraba vida con su voz. La historia de Colombia nunca fue solo fechas y nombres con ella: era emoción, era amor por este hermoso país. Hoy, cada vez que leo, que descubro algo nuevo, sé que gran parte es gracias a ella.

Agradezco cada rincón de esta tierra que me abrió los brazos sin preguntar de dónde venía. Agradezco a la gente que con una sonrisa me hizo sentir menos sola; a los amigos que me enseñaron que la familia también se encuentra en los caminos inesperados. Agradezco a los maestros que me guiaron con su conocimiento, a las tardes de lluvias en las que descubrí que la nostalgia también puede ser dulce.

Hoy, después de años caminando por estas calles, sé que Colombia es parte de mí, de mi historia. Y aunque el pasado aún duela y la ausencia de mi tierra natal sea un vacío que nunca se llena del todo, aquí encontré una nueva razón para seguir adelante.

Gracias, Colombia. Gracias, Tunja.

Por darme un hogar cuando más lo necesitaba, por enseñarme que pertenecer no siempre significa haber nacido en un lugar, sino haberlo amado con el alma.



Crónicas

Categoría
adultos

Sin dolientes “En Barranquilla me quedo”



Rodolfo Alexander Miranda Cruz

Mi nombre es Rodolfo Alexander Miranda Cruz, criado en un hermoso pueblo del Tolima, Doima. Allí pasé mi infancia y mi educación. Soy egresado y fui estudiante de la Universidad del Tolima, Universidad Industrial de Santander y la Escuela de Formación Artística y Cultural de Ibagué.

Mi amor por la lectura, y más por aquella donde resaltaba la desigualdad social de mi país, me la infundió el libro La rebelión de las ratas de Fernando Soto Aparicio, a quien tuve el placer de conocer y admirar cuando me desempeñaba como guarda de seguridad en la Universidad Militar Nueva Granada. De ahí en adelante, mi pasión por la lectura y escritura creció súbitamente. He sido ganador de cuento del Museo Panóptico de Ibagué “Ibagué historias de barrio” con el cuento titulado la última noche del fraile. También he sido ganador de los estímulos culturales de la Secretaría de Cultura de Ibagué con el guión titulado Sin dolientes. Soy una persona del común, de a pie, que se levanta cada día a trabajar, tratando de sobrevivir, deseando respirar un día más, pero, sobre todo, soñando con un futuro distinto. Me gusta andar en bicicleta, en buseta, por que esto me recuerda quiénes somos, qué nos falta y lo que, quizás, nunca tendremos. Hoy les digo a los colombianos: no dejen nada al azar. Luchen por sus sueños, luchen por sus derechos.



Dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho y ocho, dieciséis. Números que aprendemos como un canto en la infancia, pero que con el tiempo se vuelven etiquetas: un código, un saldo, una deuda. Desde que nacemos, somos identificados por cifras: la tarjeta de identificación, la cédula. Los números nos miden y nos juzgan; un puntaje decide si somos pobres o ricos y nuestro tiempo (nuestra vida misma) se traduce en cifras monetarias.

Los números nos moldean, nos encasillan. En este sistema matemático de la existencia, sentimientos y esperanzas parecen no contar. Pero entre los escombros de una ciudad que olvida a muchos encontré una excepción.

En un barrio de Ibagué, donde las paredes estaban teñidas de hollín y las calles apestaban a basura, vi una chispa de esperanza: una pareja joven, marcada por el tiempo, empujaba un carro improvisado de balineras lleno de material reciclable. Era, intuía, su único ingreso. A su lado, dos niñas (ninguna mayor de diez años), jugaban con una sonrisa incongruente con el entorno.

Ese día se celebraba el Día del Reciclador. En medio de calles marcadas por el abandono, un grupo de personas se reunió para reír, alzar sus voces y reafirmar su valor. Era más que una conmemoración; era un recordatorio de su importancia en un mundo que los ignora.

Hombres y mujeres de manos curtidas hablaban del reciclaje como un acto de resistencia. No mencionaban toneladas ni ganancias; compartían historias y anécdotas. Entre ellos estaba la pareja con sus niñas. Cuando hablaron, sus palabras resonaron con una verdad profunda: «¡No reciclamos solo plástico, papel o vidrio! Reciclamos vidas. Reciclamos oportunidades que otros tiran a la basura».

Esa frase me marcó. Entendí que su verdadera riqueza no estaba en el material recogido, sino en su capacidad para transformar olvido en sustento, discriminación en orgullo y pobreza en fuerza. Pero también sentí zozobra: ¿por qué ese día era tan significativo para ellos?

Busqué respuestas en periódicos y encontré un titular del 1 de marzo de 1992: “Masacre de basuriegos en la Unilibre”. La noticia relataba cómo el jefe de vigilancia de la Universidad Libre confesó: «Yo garrotí como a 50». Sentí indignación no solo por los hechos, sino por el lenguaje empleado: “basuriegos”, una etiqueta deshumanizante. ¿Con qué derecho se les reducía así?

El Día Mundial del Reciclador tiene su origen en esos trágicos sucesos, durante el Carnaval de Barranquilla, entre el 29 de febrero y el 1 de marzo de 1992. En esos días se descubrieron cadáveres de recicladores y personas sin hogar en el anfiteatro de la universidad. Fueron asesinados por personal vinculado a la institución para comercializar sus cuerpos en investigaciones médicas y, presuntamente, en tráfico de órganos. Las investigaciones revelaron que al menos 50 personas fueron víctimas.

El caso, rodeado de controversias, dejó más preguntas que respuestas. La investigación inicial vinculó a varios empleados de la universidad (como Pedro Antonio Vilorio Leal, jefe de seguridad, y otros vigilantes), quienes enfrentaron cargos de homicidio agravado. Algunos, como Eugenio Castro Ariza, fueron absueltos y, en 1993, la mayoría recuperó su libertad. La universidad nunca fue procesada como responsable, y muchos detalles permanecen sin resolver.

Entre los pocos sobrevivientes estuvo Omar Enrique Hernández López, un reciclador que escapó fingiendo estar muerto. Aquella noche los vigilantes invitaban a los recicladores al campus con promesas de materiales valiosos. Una vez dentro, eran golpeados y, en algunos casos, asesinados con disparos. Hernández logró huir tras escuchar discusiones entre los perpetradores. Herido, llegó a una estación de policía donde denunció los hechos, permitiendo a las autoridades descubrir los cuerpos en las instalaciones de la universidad. Se encontraron 11 cadáveres, desfigurados y con signos de brutalidad.

La historia de Hernández López se convirtió en un símbolo de la violencia hacia los habitantes de calle y de la necesidad de políticas públicas que protejan sus derechos. En 2008, durante el primer Encuentro Internacional de Recicladores organizado por la Asociación de Recicladores de Bogotá (ARB), se oficializó el 1 de marzo como Día Mundial del Reciclador, reuniendo a representantes de 34 países.

El reciclaje es el sustento de miles de familias en Colombia. Este oficio ha permitido a muchas personas superar la pobreza, adquirir una casa propia y educar a sus hijos. También hay historias de quienes, gracias al reciclaje, dejaron adicciones. Estas vidas no se pueden reducir a cifras ni estadísticas. Aunque el mundo insista en convertirnos en números, siempre habrá quienes desafíen las matemáticas con humanidad.

Este texto está dedicado a la memoria de las víctimas de la masacre de 1992 y a todas las personas que, con dignidad, hacen del reciclaje no solo una forma de vida, sino un acto de esperanza frente al olvido.

En el patio de una escuela



Diana Marcela Villamizar Abril

Nací en Floridablanca, el municipio dulce de Colombia. Desde que recuerdo, siempre quise ir a la escuela y aprender todo cuanto me fuera posible. Empecé a leer a los 8 años gracias a una inolvidable profesora que nos leyó en clase El coronel no tiene quien le escriba y Juan Salvador Gaviota. Así supe que los libros serían parte de mí. Llevo a Santander anclado al corazón: a mi mamá y a la UIS les debo la sensibilidad, la fortaleza de mi espíritu y mi formación académica. Ahora vivo en Bogotá y soy profesora del Colegio Gonzalo Arango, donde intento abrir caminos a través de la lengua y la literatura. Para mi vida deseo arte y sosiego en compañía de Nicolás.



Era una mañana fría en Bogotá. El cielo gris cubría la escuela y el viento se colaba entre los muros del patio. Desde la entrada observé la escena que se repetía cada día: los niños alineados en filas, divididos por colores, mientras esperaban instrucciones. Sus voces eran apenas un murmullo, ahogado por la presencia de los profesores que caminaban entre ellos con la mirada atenta. Buscaban errores, desviaciones, cualquier pequeño detalle que rompiera la uniformidad.

Daniel se quedó a un lado. Llevaba una sudadera gris, y eso bastó para que le negaran la entrada al salón. «No puedes entrar hasta que no traigas el uniforme como es», le dijo la profesora sin siquiera mirarlo. Daniel temblaba, no solo por el frío que se filtraba a través de su ropa, sino por la incomodidad de sentirse apartado. Miró a su alrededor buscando un rostro amigo, alguien que intercediera por él. Nadie lo hizo. «Pero es que no tengo la sudadera azul», murmuró, pero su voz se perdió en el bullicio de los otros niños entrando a las aulas. Nadie le respondió. Las reglas eran las reglas.

Más adelante, en el comedor, la escena se repetía con otra cara. Pedro terminó su almuerzo demasiado rápido. Se llevó la

última cucharada a la boca con desesperación, pero el hambre seguía allí, punzante, pegada a su estómago vacío. Levantó la mano con timidez y preguntó si podía repetir. La señora de la cocina, con gesto cansado, negó con la cabeza. «No se puede, niño. Debe alcanzar para todos». Pedro miró el fondo del comedor y supo que varias porciones de comida quedarían intactas y luego se tirarían. Su estómago rugió, pero él bajó la cabeza. Caminó despacio hacia la puerta, con las manos en los bolsillos y la sensación de que había hecho algo malo por querer un poco más.

Laura, en el patio, se mantenía apartada. Vi cómo observaba a los demás jugar, queriendo acercarse, pero sin atreverse a hacerlo. Supe por una de las profesoras que la habían apartado porque sus zapatos estaban rotos. «No puede jugar así. Tiene que usar bien los zapatos. Tiene que ganarse las cosas», escuché decir. Laura miró sus propios pies con vergüenza. Nadie le preguntó por qué no tenía otros. Nadie pensó que, tal vez, ella sí trataba de merecer algo cada día.

El timbre sonó y los niños volvieron a sus filas. Me quedé observándolos mientras se reacomodaban en el orden que se les había impuesto. Nadie discutió. Nadie levantó la voz. Parecían haber aprendido que, en la escuela, el silencio es más seguro que la queja. Solo se escuchaba el eco de sus pasos en el patio y el murmullo del viento golpeando las ventanas. “La escuela es un territorio de paz”. Eso se repite en discursos, se escribe en documentos oficiales, se defiende en foros educativos. Sin

embargo, vi cómo Daniel bajó la cabeza, entendiendo que el frío era menos importante que la imagen de la escuela. Vi a Pedro asumir que el hambre no bastaba como argumento. Vi a Laura aceptar que su presencia solo era válida si encajaba en el molde esperado.

Estoy segura de que la paz empieza cuando un niño no pasa frío por una sudadera, cuando otro no se va a casa con hambre, cuando nadie es rechazado por lo que viste o por lo que le falta. Empieza en el reconocimiento de cada estudiante como alguien valioso, no como un número en una lista o una figura en una fila de colores. Contrario a esto, la escuela, que debería ser refugio y posibilidad, muchas veces se convierte en un espacio donde se normaliza la desigualdad y se impone el conformismo. Pensar la escuela como un territorio de paz no puede ser solo una consigna vacía. Es necesario preguntarnos si las normas que defendemos construyen comunidad o la fragmentan, si los niños se sienten acogidos o simplemente tolerados.

Me quedé un momento más en el patio, viendo cómo los niños desaparecían tras las puertas de las aulas. La brisa arrastraba un papel hasta mis pies: un dibujo infantil de una casa con ventanas abiertas, con sol y nubes azules. Lo recogí y lo observé por un instante. Tal vez, en algún rincón de sus corazones, estos niños todavía soñaban con una escuela distinta. Tal vez aún esperaban ser escuchados. ¿Cuánto tiempo más tendrá que pasar?

Crónica de canelazos



Yesid Niño Arteaga

Nací en Ipiales con la lluvia de noviembre de 1986. Desde pequeño, tuve la fortuna de leer libros de cuentos y otras historias mágicas que llevan a imaginar diversos mundos y formas de existencia. La poesía, la música y la filosofía fueron parte de ese árbol al que como humanos nos agarramos con fuerza para no caer en la desesperación. La lectura literaria y esa extraña fuerza —esa que solo se siente cuando uno escribe lo que vive y siente— me llevaron a estudiar Filosofía y Letras y así afirmar un nuevo tiempo para pensar la vida. Este trabajo de escritura se ha inspirado principalmente en la narrativa experiencial de Roberto Arlt, pero también en la música rock, así como en el encuentro con los saberes populares y los cruces de caminos de una ciudad-frontera.



Es 9 de enero, de noche, casi las 8: 30 p.m., me encuentro en el centro de Ipiales, Colombia, conocida como la «ciudad de las nubes verdes». Entre esquirlas del carnaval, el bullicio de los carros, las titilantes luces de los casinos, el resplandor de las vitrinas aún con adornos de navidad, el vapor ascendente y el frío legítimo del páramo; empiezan a extenderse siluetas y sombras: personas en-ruanadas, familias trabajadoras, comensales de toda clase, algunos perros callejeros y docenas de zapatos enlodados, los cuales persiguen el transitar de un pequeño fogón de esquina a esquina. Llueve; la ciudad es amabilidad silente, pero también hay humo y miedo.

«Vecinos, vecinas, vecis», es la manera de tratarnos, «Por favor, ¿me da unito?». Es el fuego lo que nos mueve, es el fuego lo que nos guía. Estibadores, comerciantes, vigilantes, estudiantes,

desempleados, madres, padres, hijos, hijas, mujeres y hombres solitarios, cubriéndose de la lluvia, van de una esquina a otra del parque La Pola; se ubican alrededor de un fogón que mantiene el calor en las voces y los deseos.

Esta ciudad encierra un porvenir ancestral enclavado en la oscilación de la modernidad. Según lo que he escuchado, el «hervido» o «canelazo», es una bebida tradicional del sur de Colombia pero también de países como Ecuador y Perú. De manera muy general, se trata de una bebida alcohólica que combina jugo de frutas o agua aromática bien caliente (generalmente de maracuyá, mora y canela), con un poco de licor artesanal que bien puede ser «chupil» o también «puntas», que serían versiones más fuertes, dulces y esenciales de lo que comúnmente se conoce como aguardiente tradicional.

—Deme una, veci, para probar.

—¡Está buena! —le digo.

La señora echa para atrás su ruana, muestra una botella y me ofrece otro poco de licor para añadirle.

—Fuertecito, así le queda mejor —me dice con una sonrisa pícaro y en extremo familiar, como si hubiésemos compartido desde mucho antes el misterioso espíritu del hervido.

Es puro sentido común en movimiento. Doña Rosa lleva más de veinte años haciendo canelas en Ipiales; en las mañanas vende «algunas verduritas» en el mercado popular y en las noches se «rebusca» por la «comidita» de su familia. Me dice que «lo

más bonito» es poder hacer algo que su mamá le enseñó, que le recuerda lo importante que es trabajar honestamente y con eso ha podido sacar a sus cuatro hijos adelante.

El fogón ambulante de doña Rosa es de lo más sencillo: un recipiente para el carbón de unos 50 x 50 cm hecho en lata reciclada; dos cantinas medianas, una para el agua de canela y otro para «camuflar» el licor; los instrumentos de cocina, los limones, las astillas de canela y otros secretos que varían según cada mujer que carga y controla el fuego. Me dice que todo pesa unos diez kilos más o menos, que le ha salido «un poco de joroba» y le ha «estirado los brazos» por cargar ese peso todos estos años.

De manera precipitada, la velocidad y el ruido espanta la conversa: doña Rosa levanta su fogón y nos dice que nos movamos que «ya viene la autoridad».

Yo quedo un poco preocupado por la expresión de doña Rosa, entonces con el resto de los comensales y personas solitarias que buscan espantar el frío, la seguimos de una esquina a la otra, una danza caótica con varios seguidores, mientras seis policías pasan y se van apartando de su camino sin hacer ningún movimiento a las demás controladoras del fuego.

Hay algo que lleva a las personas a ocultarse o simplemente a caer en la confusión y angustia de sentirse culpables en una cultura mediada por décadas de horrible corrupción y violencia. Ahí comprendo que los fogones no son estáticos, sino que se

trata de fogones móviles —todo fuego es movimiento, dijo el filósofo Heráclito—. Fuego que se desplaza de calle a calle, sostenido por el coraje de las mujeres. Fuego del tiempo, fuego de la noche.

Entonces veo que son varios fogones en varias esquinas: fuego en apariencia múltiple, fuentes de calor que minimizan el frío que las personas sienten por fuera, pero también reducen el miedo que llevan por dentro.

Es un ritual cotidiano que amaña lo mítico y lo popular para encapsularlo en persecución. Cada veinte o treinta minutos, pasan los policías encendiendo luces y amplificando órdenes, pero, de nuevo, los fogones cambian de sitio. Las calles se alumbran con intermitencias nómadas olorosas a canela, se bifurcan las sombras y se colorean las siluetas debajo de los semáforos y las luces de neón de los casinos. Los perros también se esconden cuando pasa la policía. Nada es capaz de borrar un relato que se ha vivido; este solo puede ser intermitente, de allí la importancia de saber recomenzar.

—Gracias mijito ¿Volverá? Esto ya se puso feo —se despide doña Rosa.

A la otra semana vuelvo a probar este néctar regional, pero no encuentro a doña Rosa, sino una mujer más joven que dice ser su hija. Pido la primera canelita y, luego de unos minutos, la misma situación y paranoia: la policía pasa, la mujer levanta

el fogón y se desplaza de un lado a otro; los comensales la siguen, zapatos enlodados, monedas cayendo al piso, llueve. Pero entonces no hay lugar a equivocarse: me arriesgo a decir que es la pluralidad de lo humano lo que evoca otros sentidos para estar constantemente resinificándonos. Parece que la experiencia de las mujeres que se enfrentan al orden establecido desde elementos tan simples como el fuego, el licor y las astillas de canela implica tanto el reconocimiento como la rebeldía, relacionando lo artesanal con lo popular.

La pregunta sería entonces: ¿Por qué una ciudad hostiga la forma de vivir de quienes con su vida afirman la vida misma de una ciudad?

Aún hay personas comisionadas a mantener el orden a la fuerza, aún hay frío y llueve de nuevo, los perros aúllan, el fuego se mueve... otra vez.

Hasta el fin del mapa



Yanira Rodríguez Bautista

Mi nombre es Yanira Rodríguez Bautista, trabajo como docente hace 8 años, pero estoy en mi segundo año en las calurosas tierras de Sabana de Torres, Santander; calurosas por su temperatura y la gente con la que comparto. Mi equipo de trabajo es una de las cosas que más me gusta de estar aquí y de las que me motivan a realizar mi trabajo, aparte de mi pasión por enseñar. Desde niña disfruto mucho de la lectura y de escribir. Elegí como tema de mi texto la educación porque, aparte de estar inmersa en ella, tengo la certeza de que, como afirmó Mandela, «La educación es el arma más poderosa que puedes usar para cambiar el mundo», y es una oportunidad de equidad y paz que no escatima distancias.



5:00 am: El canto de los pájaros se confunde con una alarma que tiene el sonido de música de meditación; sin embargo, interrumpe el sueño y anuncia el nuevo día. Empieza a irse la oscuridad y el sol, en la distancia como una bola de fuego, se deja ver, convirtiéndose en uno de los mejores amaneceres que se pueden contemplar. Tres personajes se mueven rápido mientras se arman con unos jeans, sacos, una gorra, unas gafas de sol y unas buenas botas, infaltables para la densa sabana, donde hay una transición de barro en ocasiones, o tierra seca, negra y caliente, producto del verano y algún incendio.

6:30 am: La comida no importa mucho cuando la labor apremia y no quieren que el sol se imponga más. Toman sus morrales

llenos de una dosis grande de voluntad, de la mayor exigencia y del deseo de hacer el mejor trabajo posible. Dos motos salen de una estructura que en épocas es escuela y en otras, el recordatorio de la bendición de un trabajo.

7:00 am: Media hora de recorrido donde se divisa el ancho territorio, aparentemente vacío, cuando en realidad es hábitat de la singularidad de especies que inundan el llano colombiano. Solo unas horas después, es inevitable encontrarse con unas cuantas babillas que toman el sol a la orilla del río, y que molestas por el ruido de los motores y la presencia de los tres personajes, se adentran en las aguas marrones.

8:00 am: El motor de la lancha se escucha a lo lejos y anuncia el paso a la nueva ruta. Ellos acomodan todo en el bolso, revisan que no se haya quedado nada, cubren las motos con un plástico y se aventuran río abajo. Es un espectáculo de aves, de peces y de paisajes que, a través de la cámara del teléfono, aseguran ser un paraíso, y lo es, cuando se permite que los ojos vean lo bello y que los pesares se enreden y se vayan al fondo del agua.

8:30 am: El paso por el río no da más; la lancha para y empieza la caminata. Hoy el barro se pega a las botas, pues ha llovido la noche anterior. Treinta minutos han pasado y, después del camino un poco liso, se divisa el caserío y algunos parientes evocan un «¡Pija! ¡Llegaron temprano!»

9:00 am: Los visitantes se acercan, procuran buscar un lugar con árboles para que el calor no los perturbe, se dividen en tres partes estratégicas de modo que sus voces no se crucen ni se interrumpan entre ellos. Los niños empiezan a salir de las casas, traen una silla o algo en lo que puedan acomodarse; algunos papitos se ofrecen para acomodar una mesa en cada lugar y en unos minutos más, seis filas se acomodan en orden de estatura y, después de una corta oración, uno de los personajes se levanta y empieza a cantar: «Este es el baile de la cebolla...» Los niños repiten y hacen las mímicas tal cual; se ríen y disfrutan la visita, es algo novedoso y diferente a lo que estaban acostumbrados.

Y para saber un poco de estos niños, unos pequeños detalles bastan: ellos son los protagonistas de todo, aunque algunos no lo saben. Mientras los tres personajes hacen el recorrido, ellos duermen; no hay costumbre de levantarse temprano, prefieren hacerlo tarde, pues, de esta manera, solo comen dos veces al día, es que muy seguido, el hambre también es uno de sus visitantes frecuentes, así que prefieren dormir y que la yuca o el plátano que tienen reservado se convierta en desayuno-almuerzo o almuerzo-cena, y cuando hay abundancia, disfrutar de los dos. Hay de diferentes edades, de todo un poco, y eso es lo que hace rico a este grupo, lo que aminora el cansancio y hace complacerse en la estancia.

Se dividen en tres grupos y empiezan a aparecer lápices, lapiceros y unos cuadernos con la evidencia de que han pasado algún tiempo con ellos. En el grupo de los más pequeños

hay algunos juegos que se han construido con materiales improvisados; no obstante, para los chicos, son extraordinarios. El otro grupo abarca tres grados, esos, donde la escritura, la lectura y los números se empiezan a distinguir, y donde la responsabilidad pesa un poco más. Y está el grupo de los más grandes, los que se preparan para irse, no a otro lugar, si no a otra obligación diferente a la que hacen ahora. Antes de comenzar con el trabajo, cada uno recibe la ración de comida que le pertenece; sí que lo disfrutan y agradecen.

1:00 pm: Los tres personajes entregan actividades para realizar, hacen recomendaciones, juntan lo que ha quedado y lo guardan en sus morrales, abrazan a cada uno de los pequeños y se despiden.

Mientras recogen sus pasos, conversan entre ellos: los adelantos, las deficiencias, los planes e ideas para mejorar. Podrían recorrer toda la sabana y su tema no se desvía de la labor que hacen, de vez en cuando interrumpida por un «Tengo hambre», que se disipa rápido con algún caramelo o un mango que encuentren en el camino.

1:30 pm: Llegan al río, pero, la lancha no ha llegado a la hora acordada. El tiempo pasa y su espera se recompensa con un magnífico atardecer que figura una bandera tricolor extendida en el horizonte; el silencio armoniza con el espectáculo

presenciado. La noche empieza a caer, los mosquitos a salir, aunque pronto la lancha se abre paso y anuncia el regreso. La cámara del teléfono se activa para capturar la aventura.

6:30 pm: Bajan para continuar su recorrido. Algunas risas se escuchan, casi termina la travesía; y las motos pronto se alejan mientras cientos de ojos los observan desde el río.

7:00 pm: Llegan al lugar de inicio; uno de ellos se baña mientras los otros preparan comida.

Y es así como termina un día de clases en el fin del m

Memoria en un territorio herido

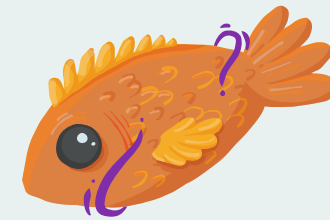


María Clara Rambao Almanza

Soy María Clara Rambao Almanza. Nací el 1 de octubre en Cereté, Córdoba, hija de Yaneth Almanza y Carlos Rambao.

Soy licenciada en Lengua Castellana, magíster en Educación de la Universidad de Córdoba y estudiante del doctorado en Formación en Diversidad. Escribo desde el dolor y la existencia: comencé tras la muerte de mi hermana en 2018. Con mis poemas inéditos, gané el concurso Talento Unicordoba en 2022, bajo el seudónimo Claraluna. Desde 2023 he participado en el Encuentro de Mujeres Poetas, un sueño de infancia cumplido.

Hoy enseño en la Escuela Normal Superior del Alto Sinú, donde cada palabra es semilla. Me conmueve el contexto que habito: su fuerza, su historia y su gente. Asimismo, desde el grupo Ángeles Clandestinos sigo apostándole a la poesía como camino de transformación.



Después de un sueño improvisado, levanté la mirada y me encontré con Tierralta. Con la cabeza atormentada por miedos familiares y ajenos, tomé el bolso y bajé del bus. Llegar hasta aquí había sido un desafío: dos montañas, tres huecos, veinte miradas esquivas y una crisis de pánico creciente. El aire susurraba el estruendo de un pasado marcado por la guerra. Los émboras deambulaban con un manojito de tierra sobre el rostro, mientras el resto de los habitantes seguían el azar del destino.

Era 9 de mayo de 2024. Lo cotidiano estaba impregnado de una normalidad abrumadora. Mi mente, un torbellino de preguntas sin respuesta.

De camino a la institución, los niños emergían de los callejones de la invasión (como llaman al barrio). Algunos llevaban los libros en las manos; otros, en bolsos adornados con calcomanías de empresas costeras. Mi rapimoto serpenteaba entre la multitud de pequeños, mientras las montañas evocaban la ilegalidad. Recorrí el sendero como un inmigrante y me encontré con sonrisas de bienvenida. Las piedras galopaban sobre la aridez del ambiente, testigos silenciosos de la memoria histórica.

Antes, este territorio había estado plagado de la muerte sin invitación. Bastaron dos segundos, un silencio de flores, una tarde callada y un manojito de autoridad para arrebatarnos una vida. María, artesana y líder indígena, fue víctima de una sentencia indescifrable.

En los murales de las calles, se observaban nativos pintados con arcoíris para reforzar la idea de interculturalidad. Sin embargo, la vida de aquella mujer se tiñó con el luto de la violencia. Tomó dos puntadas, cambió el color del tejido y volvió a la acción perfecta de convertir hilos en símbolos de identidad. Con apenas veinticinco años, había alcanzado un estatus social gracias a su ingenio y creatividad. Su nombre

resonaba en el pueblo y sus productos se vendían con la premura de un outlet.

De larga cabellera negra, ojos rasgados, boca pronunciada y una tez cálida como el cacao o el cedro de las haciendas vecinas, María era reconocida en toda la comunidad por su jovialidad y talento artístico. Se despertaba temprano, ordenaba la casa, vestía a su pequeño con rapidez y lo llevaba a la escuela más cercana, animándolo a integrarse con el mundo. Desde niña había trabajado con ahínco para subsistir, y el presente le exigía aún más creatividad para afrontar las vicisitudes de la vida.

De camino a casa se desvió hacia el río con la intención de atrapar algún animal para el almuerzo. Desde ese momento, su nombre se convirtió en una incógnita en el pueblo. Los días transcurrían en su habitual ciclo de veinticuatro horas y la incertidumbre se apoderaba de sus parientes. Muchos se resguardaron y crearon espacios de diálogo para iniciar la búsqueda, pero los dueños de la muerte ya habían decidido otro final.

La escena quedó inconclusa: ella se acercó con cautela a la fuente hídrica, sujetos como lobos acecharon su cuerpo y exploraron sus células con la brutalidad que solo la falsa autoridad otorga. En un instante, le arrebataron la sensibilidad y su voz se confundió con otras que han gritado

desde que esta tierra se tiñó de fobias y sangre inocente. Luego, la maleza del entorno hizo su parte: su cuerpo quedó irreconocible, como si intentara borrar su historia.

Aunque el mundo intentó impedir su reconocimiento, la mañana del 9 de mayo, la melancolía apareció en la orilla del río. Un escalofrío invadió aquel territorio que, con esfuerzo, se abría a la ilusión de nuevos comienzos.

En el aula, esperaba pacientemente a los niños que marchaban a la escuela. El rumor llegó a mis oídos como una confirmación de peligro. Un frío inexplicable se apoderó de mis huesos y muchas frases aleatorias se repetían en mi mente. Sin embargo, la vitalidad de los niños tiñó el escenario sombrío. No podía fallarles. Me aferré a la fuerza que se me había entregado desde lo alto y me acerqué a sus historias. Sus dudas y cuestionamientos sobre los hechos fueron escuchados y, en medio de una mediación (parecida al juego de *La vita è bella*) establecimos un espacio de reflexión y análisis de nuestro contexto, con la intención de recordar que somos un abrigo de mortalidad, el cual debemos cuidar en este mundo que olvida los derechos.

Me hubiera gustado que esta historia fuera una mentira. El suceso de María quedó capturado por la fragilidad de mi corazón. Las investigaciones continúan y los responsables serán castigados con la justicia humana. Ojalá la vida abrace a

sus familiares con la fuerza de la esperanza. Solo espero que la verdad transforme la realidad de este territorio flagelado y deseoso de oportunidades. Por lo pronto, desde mis clases animo a recordar que en cada uno reside un puñado de paz.



Ensayos

Categoría
juvenil

La paz: una balanza entre el conflicto humano y la sociedad



Anyi Camila Montenegro Mena

Mi nombre es Anyi Camila Montenegro Mena. Nací el 24 de agosto de 2007 en Nariño, Colombia. Durante mi niñez viví en el municipio de Policarpa, en el mismo departamento. Cursé hasta tercero de primaria en la escuela Sagrado Corazón de María, y posteriormente continué mis estudios de bachillerato en el Valle, en la Institución Educativa Gabriela Mistral, sede Adán Cordobés.

Me considero una persona curiosa, inquieta por el conocimiento. Vivo con mi mamá y mis dos mascotas, quienes son parte fundamental de mi vida. Entre mis pasatiempos favoritos están leer, dibujar y jugar fútbol. Me encantan los libros de Gabriel García Márquez, entre otros autores.

Me siento feliz y en paz con mi vida actual, porque tengo todo lo que verdaderamente necesito: el amor y el apoyo de mi familia.



La imaginación es tan fantástica y los recuerdos, experiencias que nos transforman en lo más recóndito de nuestra mente. Aunque en tiempos remotos Platón consideró reprobables las obras que, según él, no representaban la realidad. siglos después varios escritores —entre ellos Edgar Allan Poe— cambian esta idea y le conceden valor al permitir explorar sucesos, personajes y lugares con apariencia de absurdos, dando origen a la fantasía misma, que surge de la imaginación de la mente, donde se encuentran esos recuerdos que marcan un antes y un después y aquellos que no queremos revivir, porque al hacerlo nos oprime el miedo. En mi caso, rememorar me traslada a ese preciso momento: “Frente a mí está el cañón, a mi costado un cuerpo frío y a mis espaldas personas aturcidas por el pánico, pensando quién sería el siguiente”.

En aquel entonces era solo una niña de seis años, que todo lo que sabía del mundo era que los dulces eran deliciosos y que podía correr por los pastizales que rodeaban mi casa sin la mínima idea de que existiera el peligro. Sin embargo, todo cambió aquel día en el que, junto a los demás rehenes, experimenté un infierno en vida.

Pensaba que aquellos personajes eran demonios con armas en la peor pesadilla de mi vida, que encontraban satisfacción en nuestro sufrimiento, haciéndonos caminar largas distancias por caminos tenebrosos, que parecían eternos, en la oscura noche; pero, en medio de la oscuridad y el inclemente frío, una luz abrasadora se convertía en una esperanza, pues en esos momentos hasta la muerte parecía sentir lástima por nosotros y con el paso de los días, ataviada con su espantosa indumentaria, se presentaba para llevar, una a una, a las personas que había apresado en sus jaulas.

Entonces, me convertí en un testigo más de los acontecimientos crudos que marcaron mi existencia y deseé ser sorda, ciega o quizás invisible como el viento y desvanecerme lejos de la realidad, escapar a un refugio de paz y armonía donde la dicha reinara sin sombras, huir a ese mundo de fantasía sumergida entre paisajes etéreos y dulces memorias de mi vida, antes feliz.

Ahí, siendo tan pequeña e indefensa, sin comprender lo que sucedía alrededor, por primera vez hice una reflexión: mi mente se enfrentó a inquietantes preguntas: ¿Por qué tuve la suerte

de existir en un mundo donde las guerras, las desigualdades y las injusticias sociales ocurren y parecieran ser normales? ¿Realmente existe la paz? ¿Qué es la paz?

Según lo que me han explicado, tanto en las clases de la escuela como en los diversos documentos que circulan en las redes sociales —elaborados por entidades como las Naciones Unidas—, la paz se define como la “ausencia de conflicto”, un estado donde los seres humanos y la naturaleza coexisten en armonía. Sin embargo, tenemos la libertad para decidir cómo comportarnos, y parece ser que un porcentaje de las personas que habitan este mundo prefieren ser crueles, egoístas y, a menudo, se suman a los conflictos generados por pequeños desacuerdos; aunque no se comprende fácilmente por qué suceden estas cosas en la humanidad.

Todas las personas tienen pensamientos y opiniones únicas; aunque nos dibuja la misma apariencia física, el ser en esencia es muy diferente. La concepción de la paz puede tener múltiples significados: para unos es algo espiritual, para otros es algo que se puede presenciar, es decir, es tangible y observable, como cuando acaba una guerra, pero, como dijo Thomas Mann, “Paz no es solamente ausencia de guerra; mientras haya pobreza, discriminación y exclusión, difícilmente podremos alcanzar un mundo de paz”. Ojalá siempre pudiéramos tener un final feliz como en los cuentos de nuestra infancia, donde finalmente reinaba la paz.

Sin embargo, la paz se nos revela como un enigma insondable y más allá de la mente. Immanuel Kant dice que “La paz no es un estado natural en el que los hombres viven unidos. El estado natural es más bien el de la guerra, uno en el que, si bien las hostilidades no se han declarado, existe un riesgo constante de que estallen. No alcanza con evitar el inicio de las hostilidades para asegurar la paz. Por esto, la paz es algo que debe ser implantado”. ¿Acaso la paz es solo una construcción de la mente individual, una percepción moldeada por la voluntad y la conciencia de cada ser? Es decir, se trata de una decisión personal ¿O, por el contrario, es un estado que solo puede alcanzarse cuando los sistemas que gobiernan el mundo la imponen como una norma colectiva? Tal vez la paz oscila entre ambos extremos, atrapada entre la subjetividad del pensamiento.

O debemos terminar por aceptar la teoría de Rousseau sobre el buen salvaje, ser virginal, sin ninguna desfiguración, que bebe de un arroyo y se alimenta de los frutos silvestres; el mismo Rousseau cuestiona si esta naturaleza terminará ensombrecida y ofrece dos posibles respuestas: una, la decadencia del alma humana; la segunda, que la esencia natural sigue intacta, pero oculta tras las artimañas de la sociedad que lo rodea.

En resumen, la paz, al intentar definirse, puede explicarse según lo dicho por las Naciones Unidas como la “ausencia de conflicto” y como noción ha prevalecido desde siempre; sin embargo, hay

diferentes criterios, puntos de vista, definiciones y pensamientos como preguntas sin respuesta que parecen sobrepasar los límites del conocimiento humano, es decir, el concepto de la paz es aún abstracto si tomamos como un desafío las definiciones de la paz.

¿Quién tiene más peso, la paz como derecho del ser humano o los conflictos generados por las diferencias?

Bibliografía

Gómez Cantos J. A. (2022). *Los principios generales del estado de naturaleza rousseauiano: De la naturaleza humana a la sociedad civil.* *Revista de Filosofía*, 47(2), 295-309. <https://doi.org/10.5209/resf.73268>

Alberto Chimal, R. M. (2016). *La literatura de imaginación.* Obtenido de LAS HISTORIAS, BLOG. <https://www.lashistorias.com.mx/index.php/textos/la-literatura-de-imaginacion/>

La construcción de una paz decreciente



Dana Sofía Freja Cervantes

Mi nombre es Dana Sofía Freja Cervantes, tengo 14 años de edad, nací en Barranquilla el 14 de agosto de 2010 y estoy cursando décimo grado en el Colegio Colón. Desde muy pequeña he sentido una profunda pasión por la lectura y la escritura. Los libros fueron mis primeros amigos, y cada historia despertaba en mí el deseo de crear las mías.

Escribir me permite explorar ideas, expresar emociones y contar verdades. Aunque a veces me cuesta compartir lo que escribo, mis seres queridos y la participación en cursos y proyectos me han ayudado a crecer y descubrir lo poderosa que puede ser la escritura.

Espero que mis palabras enciendan, en quien las lea, una chispa capaz de despertar en su corazón el impulso de transformar el mundo.



La paz es algo que muchos dicen anhelar, pero su ausencia se puede apreciar a diario en todos los rincones de la sociedad, desde una pelea que tienen dos niños en la salida del colegio, hasta las tensiones que dividen al mundo. La sociedad es la más afectada y a su vez, la principal causa.

Camino por las calles de la ciudad al mediodía con el ardiente sol de abril, carros pitando en medio del tráfico y discutiendo con los limpiavidrios, personas con sombrillas quejándose del calor y niños saliendo de sus colegios pidiéndole dinero a sus padres para comprar un helado. Siento el sudor recorriendo mi espalda y pienso en todo el sudor que ha sido derramado desde el inicio de los tiempos, el sudor que derramaron los indígenas durante la revolución neolítica, el sudor de los esclavos al construir las pirámides de Egipto, el sudor de Albert Einstein

al formular la teoría de la relatividad, el sudor de Mahatma Ghandi, Martin Luther King, Dalai Lama y Nelson Mandela intentando promover la paz mundial. Imagino la cantidad de océanos que se podrían llenar con él, porque no son solo gotas, es su esfuerzo por intentar contribuir al avance de una sociedad. Pero ¿a dónde va todo ese esfuerzo? ¿Estamos avanzando realmente como sociedad?

Llego a casa y veo a mi hermano preparándose café en la cocina para olvidar sus penas. Estudia una carrera que no le gusta, su novia le fue infiel y hace días que no duerme. Recuerdo aquella frase de Dalai Lama que me mostró mi profesor de religión: “Nunca se puede obtener la paz en el mundo exterior hasta que no estemos en paz con nosotros mismos”. Es curioso ver como nuestra paz mental se refleja en nuestra capacidad de crear un ambiente pacífico en nuestras relaciones.

Aunque necesito calentar mi almuerzo, prefiero esperar para no coincidir y terminar discutiendo por alguna tontería. Pienso en el gran desafío de convivir con otros seres vivos para formar una sociedad, se supone que es con el fin de obtener el bien común de suplir las necesidades para no morir, pero en la actualidad con tantas guerras, robos, violaciones y abusos, es más como si una parte de la sociedad se aprovechara de las necesidades de la otra parte para acabar destruyéndose entre sí. Reafirmo mi pensamiento al prender la televisión y ver las noticias de la guerra entre Israel y Palestina, las amenazas de

Rusia y Estados Unidos de usar armas nucleares y el incremento de la contaminación ambiental. Además de los típicos casos sobre discriminación, robos y violaciones. ¿En qué momento normalizamos tanto ver estas noticias a diario?

El hombre es egoísta por naturaleza, esto se puede sostener con múltiples teorías científicas y filosóficas. En la teoría del gen egoísta, Dawkins explica que muchos comportamientos que parecen egoístas, como competir por recursos, son impulsados por la necesidad de los genes de asegurar su propia supervivencia. Sin embargo, también aborda los comportamientos altruistas, como la cooperación entre individuos. Así mismo, la filósofa Ayn Rand en su obra La virtud del egoísmo, argumenta que cada individuo debe perseguir su propia felicidad como su objetivo moral más alto, y que la cooperación voluntaria basada en el interés propio mutuo es la base de una sociedad próspera. Es decir, que el altruismo es una forma inteligente de conseguir tus objetivos como individuo egoísta.

El egoísmo puede ser expresado de distintas formas y está destinado a causar conflictos, sin embargo, como señala Karl Marx, el conflicto es una parte inherente de la vida social y puede ser el motor del cambio si la sociedad es capaz de abordarlo de forma adecuada. Como dijo alguna vez Mahatma Ghandi “La paz no es la ausencia de conflictos, sino la capacidad de manejarlos por medios pacíficos”

En nuestra sociedad a pesar de que cada individuo tiene sus propios intereses y objetivos, estos muchas veces deben ser adaptados a los intereses de otros miembros de la sociedad que tienen más poder. El principal problema está en que, en la mayoría de los casos, sus objetivos llenos de completa avaricia solo pueden ser saciados a costa de las necesidades del otro, así que, en lugar de un mutualismo, en el que ambas partes se benefician, se transforma en un parasitismo, donde una parte se beneficia del perjuicio de la otra. Como propone Johan Galtung en la teoría de la Violencia Estructural donde se refiere a una forma de violencia que es perpetuada por las estructuras sociales, políticas y económicas de una sociedad, que fueron creadas a raíz del egoísmo del ser humano. No es una violencia directa como la guerra o el crimen, sino una violencia “invisible” que se manifiesta a través de la desigualdad y la injusticia. Ocurre cuando algunas personas o grupos, son desfavorecidos, privados de sus derechos básicos y de oportunidades, debido a la manera en que la sociedad está organizada. Según Galtung, para alcanzar la paz, no es suficiente eliminar la violencia directa. Es necesario transformar las estructuras sociales que la perpetúan.

Está más que claro que una necesidad urgente de la sociedad actual es la paz. Nos hemos acostumbrado a ignorar las raíces de los conflictos y resolver nuestras diferencias a través de

las amenazas y el daño. Cuando en realidad, la verdadera paz comienza con el respeto de las necesidades y objetivos del otro para una cooperación mutua.

Mis padres me obligaron a irme caminando a la casa al medio día, a mi hermano a estudiar una carrera que no quería, ellos están obligados a trabajar y pagar impuestos. Al fin y al cabo, en la ausencia de paz, todos somos vulnerables y estamos destinados a tener que soportar las injusticias del mundo actual.

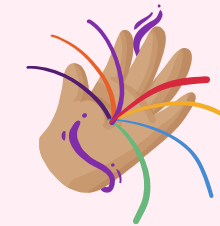
Decido apagar la televisión e ir a la cocina a hablar con mi hermano. El sudor que se ha derramado desde el inicio de los tiempos me ha hecho entender que, solo cambiando nosotros, podemos cambiar el mundo.

La memoria de la violencia en Colombia: clave para prevenir ciclos de violencia, reconciliar y reconocer la diversidad cultural



Laura Sofía Obando Arguello

Mi nombre es Laura Sofía Obando Arguello. Nací en Pasto, pero crecí en Bogotá, y amo ambas ciudades por su cultura, su memoria y su esencia única. Me encanta nadar, hacer ejercicio, bailar, leer (desde política hasta romance), caminar por nuevos lugares y conversar con la gente sobre la vida. Escribo desde niña, gracias a mi mamá y mi abuelita, quienes me enseñaron que las palabras también guardan recuerdos, memoria e historia. Empecé escribiendo cartas, luego cuentos, y con el tiempo descubrí que la escritura es mi forma de entender y transformar el mundo; por eso escribí sobre el conflicto y la memoria, porque creo que recordar es resistir, es sanar, es reconstruirnos. Para mí, hacer memoria es un acto de amor, de dignidad y también de lucha contra el olvido.



Colombia, ubicada en el noroeste de América del Sur, es un país rico en biodiversidad, cultura y festividades, pero ha sido profundamente marcado por décadas de conflicto armado, desplazamiento forzado y violaciones a los derechos humanos. La violencia ha dejado huellas en la sociedad, afectando a generaciones enteras; sin embargo, la memoria colectiva e histórica se presenta como una herramienta clave para evitar la repetición de ciclos violentos, fomentar la reconciliación y reconocer la diversidad del país.

Uno de los roles más importantes de la memoria colectiva es su capacidad para prevenir la repetición y la desnaturalización de la violencia, recordar es un acto de resistencia que permite reconstituir eventos violentos y reflexionar sobre la identidad colectiva. Según González (2010), la memoria no es solo recuperación del pasado, sino un campo de lucha por el sentido de los hechos en la historia. En Colombia, la memoria ayuda a comprender dinámicas de exclusión, desigualdad y falta de acceso a la justicia, permitiendo una reflexión crítica sobre estructuras de poder que perpetúan la violencia. El Acto Legislativo 01 de 2017 y el Decreto 588 de 2017 crearon

la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, que ha recopilado testimonios de víctimas y participantes del conflicto, visibilizando relatos antes ignorados, esto no solo preserva la memoria histórica, sino que fomenta una comprensión compartida sobre las causas de la violencia, previniendo su recurrencia.

La reconciliación requiere el reconocimiento del dolor de las víctimas, el esclarecimiento de la verdad y la disposición al diálogo. Sin embargo, en Colombia, la verdad ha sido monopolizada, marginando a víctimas y comunidades afectadas, especialmente excombatientes, líderes sociales e indígenas. A lo largo de la historia, el Estado, élites políticas y medios de comunicación han impuesto narrativas oficiales que favorecen sus intereses, distorsionando los hechos. Según (Torres 2013, como citado en Benítez y Mora, 2021), la memoria histórica puede generar interpretaciones erróneas y crear imaginarios colectivos que monopolizan la verdad, condicionando la percepción de la realidad.

Para construir una memoria colectiva incluyente, se necesita la participación de la educación, la justicia y los medios de comunicación. La Ley 975 de 2005 creó la justicia transicional y la reparación a las víctimas, facilitando la desmovilización de grupos armados y garantizando los derechos de las víctimas a la verdad, justicia y reparación. Esta ley también estableció la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación

(CNRR), encargada de formular políticas de reparación tanto individuales como colectivas. Dentro de estas medidas se incluyen la restitución de tierras, el acceso a empleo y crédito, la indemnización, la rehabilitación y actos simbólicos como homenajes y garantías de no repetición. Además, se han creado espacios de memoria como el Museo de la Memoria y el Centro Nacional de Memoria Histórica, que han permitido dar voz a las víctimas y dignificar sus historias, esto no solo facilita la sanación individual, sino que también contribuye a la reconciliación colectiva basada en el reconocimiento y el respeto. La memoria histórica colectiva fomenta un diálogo inclusivo que supera la polarización y promueve el perdón sin caer en la impunidad, también tiene un impacto significativo en la educación para la paz, sensibilizando a nuevas generaciones sobre el respeto, la convivencia y los derechos humanos, sentando bases para una sociedad más justa y reconciliada.

La violencia en Colombia ha afectado desproporcionadamente a comunidades indígenas, afrocolombianas y campesinas, que han sido víctimas del despojo, el desplazamiento y la exclusión. La memoria colectiva, al recuperar estas experiencias, permite un reconocimiento más amplio de la pluralidad cultural y étnica del país. Según Navarro (2002), la memoria colectiva es clave en la construcción de identidad y en la interpretación del pasado. La reconstrucción de la memoria colectiva impulsa la reparación y la justicia, reconociendo el papel de estas comunidades en la historia del país.

El reconocimiento de la diversidad a través de la memoria fortalece una sociedad más equitativa, resignificando el papel de comunidades afectadas y reivindicando sus derechos. También fortalece la identidad nacional, permitiendo comprender que la diversidad no es un factor de división, sino una riqueza a proteger. La memoria colectiva facilita el diálogo intergeneracional, permitiendo a las nuevas generaciones conocer su historia y valorar la diversidad, a través de testimonios, archivos históricos y expresiones culturales, se genera una conexión entre el pasado y el presente, fomentando una visión más completa de la historia colombiana. La conmemoración del 9 de abril, Día Nacional de la Memoria y Solidaridad con las Víctimas del Conflicto Armado, es un espacio clave para honrar a las víctimas y fortalecer el tejido social mediante proyectos culturales y sociales que buscan preservar la memoria y fomentar la paz. Uno de los mayores retos para la paz en Colombia es reconocer que la diversidad no es un obstáculo, sino una fortaleza. La memoria colectiva e histórica permite aprender del pasado y comprender que la diversidad es esencial para la reconciliación, escuchar las múltiples voces de la nación y entender cómo el conflicto ha afectado a diferentes sectores es crucial para construir un país más justo e incluyente. Sin embargo, la construcción de una memoria colectiva enfrenta múltiples desafíos, como la polarización política y la manipulación de la historia, que dificultan el establecimiento de una verdad comúnmente aceptada. Sectores de la sociedad aún se resisten a reconocer su responsabilidad en el conflicto,

obstaculizando la reconciliación. Es fundamental que los esfuerzos por construir memoria sean imparciales e incluyan todas las voces, garantizando espacios de participación para víctimas y actores del conflicto.

En conclusión, la memoria colectiva e histórica en Colombia es esencial para prevenir nuevos ciclos de violencia, fomentar la reconciliación y reconocer la diversidad del país. Recordar con un enfoque crítico permite a la sociedad aprender del pasado y trabajar hacia un futuro más justo. Aunque los desafíos son numerosos, el compromiso con una memoria inclusiva y justa es el primer paso para consolidar una paz duradera en Colombia. El diálogo de experiencias y el reconocimiento de diferencias fortalecen el tejido social y sientan las bases para la reconciliación.

Bibliografía

Benítez Arenas, S.L. y Mora Hernández, Y. (comp.). (2021). *Reflexiones y experiencias en torno a la pedagogía de la memoria histórica del conflicto armado colombiano.* Centro Nacional de Memoria Histórica.

Navarro Fuentes, C. A. (2022). *Apuntes sobre la historia y la memoria a través de la imagen.* *Revista de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica*, (173), 169–183. <https://doi.org/10.15517/rcs.v0i173.51907>

Sánchez, G. (2010). *Memoria y conflicto: elementos para una cultura de paz en Colombia.* En: Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH).

La música y la paz: un lenguaje que conecta el alma humana



José Joaquín Ortiz Chavarría

Mi nombre es José Joaquín Ortiz Chavarría, tengo 14 años y soy originario de Paipa, Boyacá. Desde los 11 años vivo con mi familia en el departamento del Vichada, un lugar que ha transformado por completo mi visión de la vida. Su entorno tranquilo y natural me ha permitido disfrutar de su hermosa diversidad. Gracias a este nuevo entorno, he podido enfocarme más en mis pasatiempos favoritos: el ajedrez, el baloncesto, y sobre todo, en la lectura y la escritura, inspirándome en la música y la cultura de la región.

La música ha sido gran fuente de inspiración en mis creaciones literarias. Este ensayo es una muestra de cómo la literatura puede manifestarse desde diferentes escenarios para afrontar retos y convertirlos en historias que transformen la realidad social.



La música es un lenguaje que, como la paz, se construye a partir de distintos procesos, de distintas etapas
Ángela Tapiero.

La paz, al igual que la música, no es algo que se logre de manera inmediata. En el caso de la paz, esos procesos son el diálogo, la escucha, la asertividad y la aplicación constante de acuerdos. Cuando estas etapas se viven de forma continua y se practican conscientemente, generan un resultado profundo y transformador que resuena positivamente en quienes participan. La música, en su esencia, se entiende como un lenguaje expresivo y comunicativo que nos permite transmitir lo que sentimos, lo que pensamos, lo que vivimos. Nos ofrece una vía para canalizar emociones y pensamientos

que a veces son difíciles de expresar con palabras. A través de la música, encontramos un espacio para ser nosotros mismos, sin filtros ni limitaciones. Al igual que la paz, la música tiene un poder unificador, un puente que conecta a las personas más allá de las palabras. La música no solo sirve para expresar sentimientos, sino que también puede convertirse en una herramienta poderosa para transmitir mensajes de paz. El filósofo George Kant agrega que: “La música es pacífica o no pacífica, no por el carácter inherente de la música en sí misma, sino por la manera en que es utilizada. El que la música sea pacífica depende del contexto y de cómo es escuchada”. Esto resalta la importancia de cómo se emplea la música para promover la paz. Si el mensaje de paz se adapta a los intereses locales, puede convertirse en una herramienta de comunicación que impacta profundamente a la audiencia. A lo largo de la historia, la música ha sido un vehículo para la paz. Durante el Renacimiento, los artistas respondieron a los conflictos políticos y sociales con sus obras, utilizando la música como una forma de expresar sus ideales y valores.

En la época Barroca, se componían piezas que hacían referencia a la paz romana, al pacto y a la reconciliación. Sin embargo, fue después cuando la música adquirió un papel esencial en la búsqueda de esperanza y en la denuncia de los horrores de la guerra. Hoy en día, muchos artistas continúan utilizando la música para transmitir mensajes de paz.

Un ejemplo claro es el artista venezolano Canserbero, cuya

música no solo habla de la paz, sino también de temas profundos como la opresión, la igualdad y las consecuencias de los conflictos urbanos. A través de canciones como “Vida”, “Llovía” y “De la vida como tragedia, drama, comedia y ficción”, Canserbero invita a reflexionar sobre las realidades de la vida y la importancia de encontrar la paz con uno mismo, para luego extender esa paz al entorno.

Otro ejemplo es el trabajo de los artistas colombianos como Juanes, quien ha dedicado su carrera a llevar mensajes de reconciliación y paz a través de su música. Grupos como Chocquibtown, con su fusión de sonidos autóctonos del Pacífico y música moderna, transmiten un mensaje de identidad y esperanza, al mismo tiempo que nos conectan con sus raíces culturales. Estos artistas, a través de sus melodías, nos invitan a reflexionar sobre el poder de la música para sanar, unir y transmitir un mensaje de paz.

En la Orinoquía colombiana, encontramos ejemplos de artistas que también utilizan su música como un grito de paz. Un claro ejemplo es Dulver Hernández Barreto, nacido en los llanos de Trinidad, Casanare. En su canción “Quiero Volver”, Dulver narra la historia de un niño que, después de ser desplazado por el conflicto armado, recuerda con nostalgia la vida pacífica que llevó con su familia en el campo. La música de Dulver es un reflejo de su dolor y esperanza, un llamado a la reconciliación y la paz, no solo para los desplazados, sino para toda Colombia,

y específicamente en regiones como la Orinoquía, la música ancestral de las comunidades indígenas también juega un papel fundamental en la transmisión de mensajes de paz. En el caso de los Sikuani, en el Vichada, su música y danza son esenciales para la unión de la comunidad, especialmente en momentos importantes. La danza con las astas de venado, conocida como jujuto, simboliza la inmortalidad del recuerdo y fortalece los lazos de la comunidad. Al mismo tiempo, es una forma de mantener viva la memoria colectiva y de transmitir valores de paz y respeto por los demás. Los Sikuani, a través de sus cantos de tradición oral, también inculcan valores de paz y armonía desde temprana edad. Las rondas infantiles que cantan los más pequeños son una manera de enseñarles a vivir en armonía con los demás, respetando las diferencias y manteniendo la unidad. A través de su música, los Sikuani nos enseñan la importancia de la paz no solo a nivel individual, sino también en el contexto de la comunidad. Al interiorizar estos valores desde pequeños, las nuevas generaciones continúan perpetuando un mensaje de paz que trasciende el tiempo. La paz, al igual que la música, no es algo que se dé por sentado. Es un proceso continuo, un trabajo constante que debe ser transmitido, educado y compartido. En este contexto, los Sikuani tienen un concepto en su lengua que refleja perfectamente esta idea: penajitsi paeya kuenia waji aseyeiyata kujinae, kae liwaisi xainabeje, que se puede traducir como “la paz se logra solo cuando todos estamos unidos, comprendemos y respetamos nuestras diferencias”. Esta frase nos recuerda que la paz no es

solo la ausencia de guerra, sino una construcción colectiva que depende de nuestra capacidad de entendernos y respetarnos. Por ende, la música y la paz están intrínsecamente relacionadas. La música tiene el poder de unir a las personas, de transmitir mensajes profundos y transformadores, y de ayudar a sanar las heridas causadas por la violencia y el conflicto. Pero, ¿cómo lograr que la música ancestral, como la de los Sikuani, sea escuchada y comprendida por las nuevas generaciones? ¿Estamos realmente dispuestos a escuchar y a dejar que la música nos enseñe el camino hacia una paz duradera?

La paz como equilibrio de fuerzas



Jerónimo Ramos Valencia

Soy Jerónimo Ramos Valencia. Nací el 26 de diciembre de 2010 en Manizales, una ciudad que me ha enseñado a amar la belleza de las montañas, el aire fresco y la calma que invita a pensar. Desde muy pequeño descubrí que los libros eran más que entretenimiento: eran ventanas a otros mundos, otras ideas, otras formas de ser. Cada historia que encuentro me enseña algo sobre mí y sobre los demás.

Con el tiempo también sentí la necesidad de escribir. Escribir es, para mí, una forma de pensar en voz baja, de darle forma a lo que siento o me pregunto. Creo que cuando uno escribe, intenta comprender lo que no siempre puede explicar de otra forma. No escribo solo por gusto, sino porque siento que las palabras pueden conectar a las personas, incluso cuando están lejos o viven realidades distintas.

Para mí, leer y escribir no son solo actividades escolares: son formas de entender el mundo, de cuestionarlo y, quizás, de transformarlo un poco.



Hablar de paz y conflicto desde la filosofía de Friedrich Nietzsche parece, a primera vista, contradictorio, su pensamiento suele asociarse con la crítica a los ideales tradicionales que dan cierta estabilidad o armonía en la sociedad, pero vivimos en un mundo donde los conflictos son una constante, y la paz se presenta muchas veces como una imposición que silencia las diferencias, por este motivo la filosofía de Nietzsche nos puede ofrecer claves profundas para repensar nuestro concepto de paz.

Colombia es un país que por diferentes variables ha sido marcado por décadas de violencia. De esta manera les pregunto: ¿qué significado tiene la paz para la sociedad colombiana en

donde el conflicto no desaparece, sino que se transforma? Desde una visión Nietzscheana debemos abandonar concepciones ingenuas de la paz como la simple ausencia de guerra y replantearnos la relación, la pluralidad y la justicia. Desde el libro Así habló Zaratrusta y La genealogía de la moral, Nietzsche nos invita a comprender la paz como un equilibrio en el que las fuerzas en pugna encuentran formas de coexistir sin aniquilarse mutuamente, es decir; el conflicto no es un error a corregir ni una anomalía que debe ser erradicada, sino una dimensión constitutiva de la vida y la política. No podemos pretender erradicar el conflicto, sino transformarlo en una lucha productiva, en la que todas las partes puedan afirmar su existencia sin caer en nuevas formas de opresión.

Toda forma de vida es el resultado de una tensión entre fuerzas en competencia, en lugar de concebir la realidad como un orden estable, Nietzsche la entiende como un devenir constante, donde el equilibrio es siempre precario y transitorio. Esta visión se opone radicalmente a la tradición filosófica que ha buscado explicar el mundo a través de conceptos estáticos, nuestra vida no es algo fijo, sino un proceso en el que cada ser busca expandirse, resistir y transformarse. De esta manera, la paz suele ser entendida como un estado de equilibrio absoluto, quietud y una perpetua vida sin conflicto, esto es una ilusión; lo que existe es un juego continuo de fuerzas que se ajustan y reajustan sin cesar.

Desde el punto de partida político, esta concepción implica que los intentos de establecer un orden basado en la eliminación del conflicto están condenados al fracaso, un sistema que busque suprimir las tensiones acaba por imponer una forma de dominación. Piensen: en lugar de erradicar el conflicto, lo oculta o lo desplaza a otras esferas; Nietzsche critica la tendencia de la civilización occidental a buscar la paz a través de la homogeneización.

Un estado político como el nuestro en lugar de aspirar a un consenso absoluto, una democracia saludable reconoce la pluralidad de intereses y perspectivas, y permite que estos se enfrenten en un marco regulado; esta idea es fundamental para entender el proceso de paz en Colombia. La firma del Acuerdo de Paz con las FARC en 2016 no significó el fin del conflicto, sino su transformación. La violencia no desapareció, sino que se reconfiguró en nuevos actores y dinámicas. Para muchos, esto ha sido visto como un fracaso del proceso de paz; sin embargo, desde una perspectiva nietzscheana, podría interpretarse como la confirmación de que la paz no es un punto de llegada, sino un proceso en constante construcción.

El desafío, entonces, no es erradicar el conflicto, sino encontrar formas en las que pueda manifestarse sin derivar en violencia destructiva. Esto implica reconocer que la paz no puede imponerse desde arriba, sino que debe surgir de un equilibrio de fuerzas donde ninguna domine por completo a la otra. En

el caso colombiano, esto significa garantizar la participación de los sectores históricamente marginados, permitir que las diferencias sean expresadas y generar condiciones en las que la lucha política no desemboque en guerra.

Si el conflicto es inevitable, ¿cómo evitar que se convierta en un eterno retorno de violencia? La clave está en el equilibrio, la vida se intensifica cuando las fuerzas en pugna son relativamente iguales y ninguna puede imponerse de manera absoluta sobre la otra.

Este principio es esencial para comprender cómo puede construirse una paz sostenible en Colombia. Cuando un grupo impone su voluntad sin resistencia, el resultado es la opresión. Pero cuando las fuerzas están equilibradas, el conflicto se vuelve un motor de transformación. De este modo la justicia social es un elemento clave. La paz dependerá de la capacidad de crear condiciones en las que todas las voces tengan un espacio legítimo en el debate público y en la toma de decisiones.

En síntesis, la paz solamente se puede alcanzar si renunciamos a los pensamientos tradicionales y dejamos de buscar esa paz ideal, empezando a ver la paz no como la ausencia de guerra, sino como la unión y coexistencia de todas las fuerzas, en donde no se ve el conflicto como algo malo, sino como un objeto para transformar y así llegar a una armonía, la cual no puede ser introducida a la fuerza, sino que debe surgir de un proceso

constante de ajuste y transformación de las relaciones de poder. Por lo que, si no cambiamos nuestra forma de pensar y actuar, y continuamos buscando una paz basada en la imposición o la homogeneización, nunca alcanzaremos una paz real y duradera.

An illustration of a campsite scene. In the foreground, a person with dark hair, wearing a purple hoodie, sits on a wooden stool, facing away from the viewer. To their left is a large, grey, lidded pot sitting on a small fire. Another person, wearing a green shirt and a brown hat, sits on a wooden stool further back, facing the pot. The ground is green with small tufts of grass. In the background, a large, vibrant rainbow arches across the sky, which is blue with fluffy white clouds. A large, bright pink rectangular area on the right side of the image contains the text.

Ensayos

Categoría
adultos

¿Qué hemos hecho con lo que vimos?



Laura Stephania Vera Jaramillo

Soy Laura Vera Jaramillo, tengo 32 años y nací en Bogotá: una ciudad que algunas veces es hostil y otras veces te abraza. He trabajado en museos, archivos y proyectos donde el patrimonio cultural se cruza con la educación, la pregunta y la memoria. Actualmente investigo en un archivo audiovisual, desde donde, hace dos años, estudio el caso del Palacio de Justicia como parte de un largometraje documental. Me interesa cómo los archivos pueden activar preguntas, incomodar certezas e invitar a imaginar futuros más justos. Amo viajar, dormir los domingos, escuchar historias, abrazar perros y tomar el sol. El bloc de notas de mi celular guarda desde listas de mercado hasta ideas para posibles tesis: intuiciones, frases sueltas, obsesiones que insisten.

Escribo para entender, para pensar en voz alta y para no dejar de preguntar.



Bogotá, 6 de noviembre de 1985.
El archivo se abre. No de golpe. No con estrépito. Se abre como lo hacen las cosas que han esperado demasiado tiempo para ser vistas: con el roce de un dedo sobre la celulosa, con la luz deslizándose sobre un negativo olvidado, con la cinta que avanza y retrocede en busca de una imagen que se resiste a fijarse.

El carrete gira con la constancia de quien aún no sabe que el tiempo está a punto de rasgarse. El operador ajusta el encuadre. En la Plaza de Bolívar, la mañana respira su rutina. La luz se posa sobre las fachadas. Se oye el sonido de los pasos sobre el pavimento, el murmullo de conversaciones que se entrelazan sin urgencia. Una mujer cruza la calle con un bolso en la mano.

Un niño estira el brazo e intenta atrapar una paloma que, con un leve aleteo, se escapa del suelo.

Los periodistas y camarógrafos hablan sobre el clima y el pulso de la ciudad. Todo ocurre con la placidez de lo irrelevante.

Hasta que el tiempo se fractura.

Un estruendo. Un fogonazo sacude el encuadre. La imagen se tambalea, pierde el foco y se llena de sombras en fuga. El periodista murmura una maldición; el operador reajusta la cámara. El humo se expande sobre la plaza, la gente corre en direcciones desordenadas. Tanques de guerra irrumpen en la ciudad. Los uniformes militares tiñen el centro de verde y marrón. El objetivo se estabiliza nuevamente y la máquina sigue grabando. Sin intención ni conciencia, simplemente registrando lo que sucede.

Al inicio, las cámaras se movían con libertad y capturaban cada gesto. Pronto, los ojos que miraban fueron desplazados. La calle Once se convirtió en su límite. Lo demás quedaba fuera del encuadre: una frontera impuesta a la mirada, un vacío en la memoria que delimitaba lo visible y lo censurado, lo documentado y lo que se perdería en el silencio.

¿Lo que no se ve, lo que no se graba, deja de existir?

Durante dos días, la violencia se expandía en el interior del Palacio de Justicia, mientras las cámaras atestiguaban desde la distancia. En la entrada, una sombra cruzó el marco antes de

que el lente fuese obligado a girar. Fuera del encuadre, cuerpos se confundieron con el polvo y los escombros.

No sabíamos que estas imágenes serían vistas una y otra vez, que las pantallas de televisión las reproducirían en un bucle insistente, que se convertirían en noticia, en escándalo, en prueba; y, menos aún, que en los años siguientes algunos afirmarían que lo grabado nunca existió, que la imagen miente, que los desaparecidos no salieron caminando, e incluso que muchos ni existieron.

Tampoco sabíamos que, cuando muchas de las cintas dejaron de estar en posesión de los camarógrafos, entraron en las salas de edición para ser fragmentadas, borradas y alteradas; que otras fueron ocultadas en estantes alejados de los noticieros; y que algunas fueron sometidas a cortes quirúrgicos, reducidas a fragmentos inconexos. Hubo encuadres dilatados hasta distorsionar los rostros y rastros oscurecidos hasta el umbral de la invisibilidad.

Y es que, en la historia de la impunidad, no solo se desaparecen cuerpos, sino también imágenes.

A pesar de todo, cuarenta años después, la imagen todavía titila. No es el pasado lo que se observa, sino el presente interrogándose a sí mismo.

Georges Didi-Huberman señalaba que las imágenes eran heridas abiertas en la memoria, que no se trataban de documentos neutros, sino de sobrevivientes que persistían no porque el pasado lo exigiera, sino porque el presente las necesitara.

Ante la historia violenta, la paz no es la amnesia colectiva ni la clausura del recuerdo. La paz es la pregunta que sigue latiendo, la mano que vuelve a apretar el botón de reproducción, la certeza de que la historia no está cerrada.

La paz es un aula de clase proyectando las imágenes del pasado. Y, sobre todo, es un niño que levanta la mano y pregunta qué está viendo.

¿Quiénes son? ¿Por qué corren? ¿Qué podemos hacer ahora? La memoria no es solo testigo, sino también posibilidad de otro futuro.

Pero, ¿cómo impedir que estas imágenes se desgasten en el ruido de lo cotidiano? ¿Cómo evitar que se conviertan en postales de un horror asumido?

Susan Sontag advertía que las imágenes del horror pueden conmover, pero también anestesiar. La repetición las vuelve un murmullo sin filo.

Porque mirar no siempre es suficiente. Porque quizás el peligro no es solo olvidar, sino acostumbrarse.

¿Qué hemos hecho con lo que vimos?

Walter Benjamin proponía que las imágenes del pasado no son recuerdos inofensivos, sino destellos que iluminan un presente en crisis. No permanecen estáticas: emergen en los momentos de peligro, cuando el olvido se vuelve norma y la historia oficial pretende cerrarse sobre sí misma. La imagen que sobrevive lo hace para interrumpir, para desafiar el presente y tensionar su relato.

¿Qué vamos a hacer con lo que hemos visto? ¿Cómo podremos transformar la memoria en un verdadero pacto de paz con el futuro?

Traslado del sistema integral para la paz a la comunidad indígena awá, del municipio de Barbacoas, Nariño.



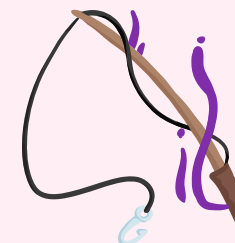
Diego Jesús Medina Martínez

Mi nombre es Diego Jesús Medina Martínez, soy estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad Militar Nueva Granada y asistente jurídico e investigativo para consultorías sobre justicia transicional y Derechos Humanos. Coordino programas de impacto social al interior de mi comunidad: talleres de oratoria para fortalecer la capacidad de expresión oral de los jóvenes; iniciativas de emprendimiento, empleabilidad y salud mental juvenil; así como encuentros intergeneracionales orientados a la cohesión social, entre otros.

Soy orgullosamente oriundo del municipio de Duitama, Boyacá, y elaboré el presente escrito a partir de las premisas formuladas por mi filósofa favorita: Martha Nussbaum, quien refiere la importancia de considerarnos no solamente ciudadanos de nuestra propia comunidad, sino ciudadanos del mundo, con el firme propósito de abordar problemáticas sociales con un enfoque de sensibilidad y empatía por los demás.

Traslado del sistema integral para la paz a la comunidad indígena awá, del municipio de Barbacoas, Nariño.

Diego Jesús Medina Martínez



Wat Uzan, pamba anka, juyum a'wa: vivir bien es cuidar nuestra tierra, y en ella está nuestra paz (ACNUR, 2023)

En el marco del complejo y convulsionado escenario del conflicto armado colombiano, generado por los enfrentamientos entre las extintas FARC EP, el ELN, diferentes Bandas Criminales y las Fuerzas Armadas del Gobierno Nacional; el presente ensayo se permitirá examinar el caso de la comunidad indígena Awá, del municipio de Barbacoas, Nariño, en torno a su identidad cultural, cosmovisión, así como las graves violaciones a los derechos humanos e infracciones al derecho internacional humanitario, de las cuales han sido víctimas; las razones que permitieron el involucramiento de esta población como agente pasivo del conflicto y las devastadoras consecuencias de la guerra en la pérdida de cohesión territorial, arraigo cultural y desarmonización de las tradiciones de este pueblo indígena. De este modo, se plantea la posibilidad de resolver el interrogante: ¿Cuál es la aplicabilidad del Sistema Integral para la Paz en torno a la deconstrucción de la guerra y la reconstrucción cultural y territorial del pueblo indígena Awá?

Conforme al propósito de materializar la aplicación del Sistema Integral para la Paz, en su pilar de la “verdad”; el presente escrito se permite reflejar el contexto de la violencia que ha sufrido el pueblo indígena Awá, del resguardo Tortugaña-Telembí, refiriendo como primera medida que, esta comunidad, del municipio de Barbacoas, Nariño, también conocida como “Gente de la Montaña”, expresa su cosmovisión en la interconexión entre el ser humano, la naturaleza y los espíritus que los rodean, donde su territorio, denominado por la comunidad indígena como Katsa Su o “casa grande”, se extiende a lo largo de la cuenca del río Telembí y otras zonas aledañas como los ríos Cristal y Pipalta, siendo una zona rica en recursos naturales, biodiversidad y además, una tierra sagrada, inherente a su forma de vivir y a su existencia misma. De allí que, eventos fatídicos ocasionados por el “hombre de occidente” en su territorio, como la “masacre de Tortugaña Telembí”, del 4 de febrero de 2009, presentada en el marco de los enfrentamientos entre el ejército Nacional y la columna Mariscal Sucre de las FARC EP, trastocaran y perturbaran tanto sus vidas. Dicho suceso dejó sin vida a 17 miembros de la comunidad indígena, incluidas, dos mujeres embarazadas, además de secuestros de mujeres y niños del resguardo, con asesinatos y torturas posteriores. Estos hechos victimizantes, desembocarían en el desplazamiento forzado de las familias de la comunidad hacia municipios aledaños, no solo con el miedo a regresar a su territorio, sino con el dolor entrañable de haberse separado de su Katsa Su. Sin lugar a dudas, este hecho, no solamente contravino el Convenio 169

de la OIT respecto al derecho fundamental a la Consulta Previa, que debió realizar el Estado colombiano para adelantar dichas acciones bélicas, con el consentimiento y debida protección del pueblo indígena —el cual debe ser un aprendizaje del Estado Nacional para materializar el pilar de la “No Repetición”—, sino que además conllevó a la pretermisión de crímenes de lesa humanidad y la devastadora transgresión de los derechos a su cultura, identidad y tradiciones, que estipula la Declaración de Naciones Unidas sobre los derechos de pueblos indígenas. (CNMH, 2018; CRIC, 2023; Min. Justicia, 2021)

El involucramiento de esta comunidad al conflicto armado, en calidad de agente pasivo, de forma permanente, se analiza a partir de la agreste topografía de esta zona — selvática y montañosa— que favorece la utilización de rutas de escape y clandestinidad de cultivos de uso ilícito por parte de los agentes armados que ocupan indebidamente estas zonas. De este modo, la fortuna natural con la que cuenta el pueblo Awá también ha sido el yugo de su existencia, en la medida que se le ha impedido realizar actividades como cacería y pesca, práctica normal de sus ritos medicinales y de oralidad para la transmisión de su cultura en lugares sagrados, destruyendo así el nexo espiritual con su identidad como pueblo indígena y transgrediendo derechos fundamentales de la vida, integridad personal, autonomía, jurisdicción especial, etnoeducación y etnosalud. (ACNUR, 2023; Defensoría del Pueblo, 2014; MADS, 2022)

Respecto a la aplicabilidad de los pilares de “Justicia” y “reparación”, resulta de vital importancia establecer una ruta metodológica de acción por parte de la JEP, en torno a la realización de procesos de acreditación de víctimas en los territorios aledaños al resguardo, como Samaniego, Roberto Payán, Magüí Payán, Tumaco; y otros lugares que recibieron a la población Indígena Awá, con el fin de reorganizar e identificar a la población, bajo estrictos protocolos de confidencialidad de la información. Así mismo, es crucial delimitar la aplicabilidad de los Trabajos, Obras, Actividades Reparadoras de la JEP en el marco, no necesariamente de un reencuentro entre víctima y victimario que redunde en la revictimización psicológica, sino que por lo contrario, se facilite el reencuentro de los indígenas con su territorio, educando en el riesgo de minas y desminado humanitario, de la mano con los Planes de Acción para la Transformación Territorial, los Planes Integrales de Reparación Colectiva, Planes de Retorno y Reubicación. (Congreso de Colombia, 2023; Sandoval et al., 2021)

En conclusión, el traslado del Sistema Integral para la Paz se vislumbra a partir del aumento de cobertura estatal en el territorio Awá, acompañado de planes con enfoque diferencial e interseccional que comprendan las necesidades primarias de la población indígena, siendo este protocolo base, un espejo para la recuperación y resurrección de la cultura indígena colombiana. Aún estamos a tiempo.

Referencias:

ACNUR. (2023). El Plan de Salvaguarda Awá. Recuperado de https://www.acnur.org/noticias/briefing-notes/colombia-indigenas-awa-huyen-de-la-violencia-en-territorios-aislados?utm_source=

ACNUR. (2023). Colombia: Indígenas Awá huyen de la violencia. Recuperado de https://www.acnur.org/noticias/briefing-notes/colombia-indigenas-awa-huyen-de-la-violencia-en-territorios-aislados?utm_source=

Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (2020). CNMH llama a que cese la violencia contra el pueblo Awá. Recuperado de https://centrodememoriahistorica.gov.co/cnmh-llama-a-que-cese-la-violencia-contra-el-pueblo-awa/?utm_source=

Consejo Regional Indígena del Cauca [CRIC]. (2023). 4 años de resistencia frente a una masacre sin precedentes. Recuperado de https://www.cric-colombia.org/portal/4-anos-de-resistencia-frente-a-una-masacre-sin-precedentes/?utm_source=

Congreso de Colombia. (2023). Plan Nacional de Desarrollo 2022-2026

Defensoría del Pueblo. (2014). Informe sobre crítica situación de indígenas Awá de Nariño. Recuperado de https://www.defensoria.gov.co/en/-/informe-sobre-cr%C3%ADtica-situaci%C3%B3n-de-ind%C3%ADgenas-aw%C3%A1-de-nari%C3%B1o?utm_source=

Ministerio de Justicia de Colombia. (2021). Resguardo Tortugaña Telembí: Intercambio de saberes ancestrales. Recuperado de https://www.defensoria.gov.co/en/-/informe-sobre-cr%C3%ADtica-situaci%C3%B3n-de-ind%C3%ADgenas-aw%C3%A1-de-nari%C3%B1o?utm_source=

Ministerio de Ambiente [MADS]. (2022). Katsa Su, la cosmovisión que guía al pueblo +nkal awá para el cuidado del territorio. Recuperado de https://www.minambiente.gov.co/katsa-su-la-cosmovision-que-guia-al-pueblo-nkal-awa-para-el-cuidado-del-territorio/?utm_source=

Sandoval Villalba, et al. (2021). TOAR anticipados y Sanciones Propias. Reflexión informada para la Jurisdicción Especial para la Paz. Editorial Dejusticia. Recuperado de https://www.academia.edu/65326576/TOAR_anticipados_y_Sanciones_Propias_Reflexi%C3%B3n_informada_para_la_Jurisdicci%C3%B3n_Especial_para_la_Paz?utm_source=

El puente está quebrado, ¿con qué lo curaremos?



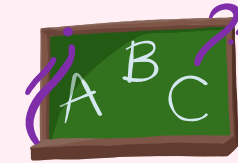
Marco Antonio Valencia Calle

Hola, soy Marco Antonio Valencia, profesor y escritor por vocación.

Uno de mis grandes sueños es publicar un libro que escribí para mis estudiantes, sobre mitos y leyendas de las tradiciones indígenas y afrocolombianas, en el que he trabajado durante años.

Vivo en Popayán, una ciudad que inspira mis letras. Amo la poesía, la lectura, la pareidolia —esa manía de ver figuras en las nubes—, y también disfrutar de la carantanta, el chontaduro y los tamales de pipián.

Actualmente organizo una convocatoria internacional de poesía por la paz, porque el Cauca, mi tierra, sigue siendo herido por la violencia. Creo firmemente en el poder de la palabra para sanar. Los invito a unirse con sus versos. Consulta las bases en www.marcoantoniovalencia.com ¡Nos leemos!



Introducción

Ser maestro, una de las profesiones más peligrosas de Colombia.

“¿La paz debería estar en el centro de la enseñanza en un país con tantos años de guerra y tan rural como el nuestro?”, me dijo el docente, historiador y jurista Fernando Mayorga García ¹. Sin embargo, los maestros rurales del Cauca estamos quebrados emocional y espiritualmente por culpa del conflicto armado. Somos parte de un gremio en el que amenazas, desplazamientos, desapariciones, asilos, extorsiones y asesinatos son denuncias cotidianas². A esto se suman los conflictos laborales con administrativos, padres de familia, colegas y estudiantes, que agravan aún más nuestra situación emocional.

En este contexto surge una inquietud: si los maestros, siendo víctimas directas y colaterales de la violencia, somos también el puente del Estado para enseñar y dar ejemplo de paz, ¿cómo enfrentamos este desafío?

Malestar docente

En agosto de 2022, acompañé como tutor del Programa Todos a Aprender (PTA) del Ministerio de Educación Nacional a la profesora Leonor, quien trabaja en la vereda San Joaquín, en el Tambo, Cauca. Ese día, casi se desmayó al recibir una llamada: un comandante guerrillero le exigía cinco millones de pesos como “contribución” para su causa y para garantizar su protección. Ante su negativa, la cifra se redujo a doscientos mil pesos. Al intentar denunciar el hecho, la policía local respondió: “Esas son llamadas desde la cárcel, no podemos hacer nada”. Un mes después, el 19 de septiembre, el profesor Nilson Albeiro Rojas Mamián, de 23 años, fue asesinado en la vereda Altamira, también en el Tambo, por incumplir la orden de no usar casco mientras transitaba en motocicleta. Según Aureliano Guzmán, directivo de Asoinca³, durante 2022 al menos 200 docentes recibieron amenazas, de los cuales 40 permanecen a la espera de reubicación. Por su parte, el Centro Nacional de Memoria Histórica registra el asesinato de al menos 1.063 maestros en zonas rurales de Colombia en los últimos diez años.

En 2023, Oscar, un maestro de 60 años con cuatro décadas de experiencia, otro colega de la escuela de San Joaquín, fue víctima de extorsión a través de un montaje fotográfico donde aparecía en supuestos actos obscenos. Le exigieron diez millones de pesos para evitar su publicación en redes sociales. Sin más opciones, pagó de inmediato.

Trastornos psicológicos por el conflicto

Estos incidentes no son aislados. En mi caso, empecé a experimentar síntomas de estrés al trabajar en el municipio de El Tambo. El psicólogo que consulté en Cosmitec desestimó mi situación, argumentando que “todos en el Cauca vivimos inseguros” y que debía aprender a manejarlo, ya que “si no, todos los maestros tendrían que reubicarse o incapacitarse por el conflicto armado”.

Para entender el impacto psicosocial en los docentes afectados por amenazas o desplazamiento, recomiendo la tesis de Edwar Enrique Timaná Patiño⁴, que aborda estas dinámicas en Barbacoas, Nariño. Según Fernando Vargas, presidente de Asoinca, a octubre de 2024 ochenta maestros del Cauca están bajo amenaza en municipios como Argelia, Balboa, Toribío, Corinto, Buenos Aires y el Tambo, lugares donde nadie quiere ir a trabajar⁵.

A pesar del respaldo de padres de familia de la vereda San Joaquín, quienes me ofrecieron protección comunitaria y cuidaron con esmero, el temor persistió. Así que, al cumplir mi compromiso laboral con el PTA en 2023, renuncié en 2024, de puro y físico miedo.

Respuestas del Estado

Rodrigo Llano Isaza⁶ identifica que la violencia en el Cauca tiene raíces en el narcotráfico, la minería ilegal, el contrabando, la

evasión fiscal y la corrupción estatal, junto con conflictos raciales y políticos. Estas dinámicas generan exclusión y desunión territorial, permitiéndole afirmar que “la riqueza y la escala social en el Cauca van por caminos distintos”. Mientras tanto, la respuesta de la Gobernación del Cauca ha sido limitada. En 2024, organizó una marcha ciudadana por la paz como medida simbólica frente a su incapacidad para abordar la situación estructuralmente.

¿Estoicismo como respuesta?

La psicóloga Tina Niño Vargas, de la Secretaría de Educación del Cauca, sugiere que ante la situación, los docentes debemos aprender a manejar conflictos en el aula y proyectar esta capacidad hacia la comunidad. Subraya la importancia del autocuidado frente a crisis asociadas a la violencia, ya que estas afectan nuestras emociones, pensamientos y espiritualidad. En esta línea, el jurista Germán Pabón Gómez⁷ propone que los maestros se inspiren en las enseñanzas del estoicismo. Según él, el papel de los docentes en la paz consiste en enseñar el manejo emocional frente a la adversidad. La cultura de paz no es solo un discurso, sino una práctica que empieza con el control emocional frente a los conflictos.

Reflexión final

Ser maestro en Colombia, especialmente en zonas rurales como el Cauca, es ejercer una profesión heroica en condiciones

adversas. La violencia nos quiebra, pero seguimos siendo un puente esencial para construir paz en nuestras comunidades. Este puente, aunque fracturado, puede curarse con el fortalecimiento de políticas estatales, el respaldo de las comunidades (como ocurrió en mi caso), y una formación docente que priorice la resiliencia y el control emocional. No es una tarea fácil, pero es indispensable.

Al final, como maestros, tenemos la responsabilidad de transmitir no solo conocimientos, sino también la capacidad de enfrentar la adversidad con dignidad y esperanza.

Notas al pie:

1. Miembro de la Academia Colombiana de Jurisprudencia.

2 Fuente: FECODE.

3. Asociación de Institutores y Trabajadores de la Educación del Cauca (ASOINCA).

4. Wallace, A. (2011, julio 28). El drama de los maestros en Colombia que trabajan bajo amenazas de muerte.

5. Ríos Monroy, J. (2024). Más de 200 profesores han sido amenazados este año en el Cauca. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/colombia-20/paz-y-memoria/las-amenazas-a-profesores-del-cauca-y-los-laboratorios-de-paz-en-ese-departamento-onda-pacifica/>.

6. Miembro de la Academia Colombiana de Historia.

7. Exmagistrado auxiliar de la Sala de Casación Penal de la Corte Suprema de Justicia.

Úrsula Iguarán, como figura de la paz en Cien años de soledad de Gabriel García Márquez



Stefany Espitia Guerrero

Mi nombre es Stefany Espitia Guerrero. Soy licenciada en Literatura de la Universidad Industrial de Santander, donde descubrí mi vocación por la lectura, la escritura y la enseñanza. Ser maestra me llena profundamente; disfruto acompañar a mis estudiantes en la construcción de su camino, ayudarlos a descubrir su voz y su potencial. Actualmente me desempeño como docente en el Liceo Campestre Cafam, en la localidad de Tunjuelito, Bogotá, una institución educativa comprometida con la formación integral, la calidad académica y el desarrollo humano de sus estudiantes. En lo personal, disfruto conversar con mis amigos sobre historias que siempre volvemos a contar. Me encantan las sopas, la carne oreada y, cada vez que regreso a Santander, encuentro la alegría de reconectarme con mis raíces y con lo que soy.



La obra Cien años de soledad de Gabriel García Márquez no solo es una narración de la familia Buendía, sino también un espejo de los ciclos de violencia y conflicto que han marcado la historia de América Latina. Entre los muchos elementos que configuran la trama, la figura de Úrsula Iguarán se erige como un símbolo de resistencia, serenidad y búsqueda de paz. En la historia, García Márquez transmite la importancia de la mujer en la preservación del orden social, familiar y moral, como una metáfora de la paz, no solo en la familia Buendía, sino en la comunidad de Macondo.

Úrsula, quien junto a su esposo José Arcadio Buendía fundó el pueblo de Macondo, es el pilar de la familia y del pueblo. A lo largo de la novela, su figura se convierte en la representación de

la estabilidad frente a las tragedias, guerras y sucesos violentos que asolan tanto a la familia Buendía como a Macondo. Es ella quien, con su sabiduría y firmeza, mantiene a su familia unida, aún en tiempos de desintegración social y familiar. Como señala el autor, “Úrsula era la única que mantenía el orden en la casa” (García Márquez, 1967, p. 163).

A pesar de las dificultades impuestas por el entorno patriarcal, Úrsula logra mantener el equilibrio económico y emocional de su hogar. Su trabajo incansable en el hogar, sus decisiones sabias y su capacidad para llevar el sustento a la familia la posicionan como una figura clave en la construcción de la paz en un contexto marcado por el caos. Mientras su esposo se pierde en sus obsesiones por inventos y descubrimientos que lo alejan de la familia, Úrsula toma las riendas de la casa, gestionando la economía familiar y el bienestar de su descendencia. Su capacidad de trabajo y resiliencia no solo la convierten en la matrona de la casa Buendía, sino también en un modelo de autoridad y respeto dentro de la comunidad. Como se indica en la obra, “a pesar de su cansancio, Úrsula no dejaba de trabajar, siempre estaba al frente” (García Márquez, 1967, p. 284).

Además de su función en la familia, Úrsula desempeña un papel crucial en la transformación de Macondo, un pueblo aislado y primitivo que, gracias a su perspicacia, entra en contacto con el mundo exterior. Úrsula no solo aporta al progreso material de Macondo con su negocio de dulces y pan, sino que también conecta a la comunidad con nuevas ideas y posibilidades.

En este sentido, ella es una promotora de la paz, al liberar a Macondo de su estancamiento y llevarlo a una modernidad que favorece la convivencia y el intercambio cultural. “Gracias a su negocio, Macondo comenzó a tener vida y comercio con el mundo exterior” (García Márquez, 1967, p. 305).

Sin embargo, la paz que Úrsula construye no es solo material, sino también moral. Ella actúa como conciencia de la familia, interviniendo en los momentos de crisis para restaurar el orden. Su actitud frente a las guerras internas y los conflictos que surgen en la familia es firme y decidida. Frente a las acciones violentas de su hijo, el coronel Aureliano Buendía, quien se pierde en una guerra absurda, Úrsula se erige como una figura de juicio moral. En uno de los momentos más significativos de la novela, se enfrenta a su hijo para desafiar la injusticia de la violencia sin sentido, diciéndole: “¡Basta de guerra, hijo mío! Lo que has hecho no es más que un sinsentido” (García Márquez, 1967, p. 447).

La figura de Úrsula también encarna la reconciliación entre generaciones. A lo largo de los años, ella no solo actúa como la madre que guía, sino como la autoridad moral que asegura que el ciclo de violencia no se repita. Su firmeza y sus principios representan un modelo de paz y dignidad, luchando contra la descomposición de la familia y del pueblo. Aunque los Buendía están condenados a repetir sus errores, la presencia de Úrsula ayuda a mitigar los efectos destructivos de esta fatalidad. Como

afirma el texto, “Úrsula siempre tuvo la esperanza de que sus hijos pudieran cambiar el destino de la familia” (García Márquez, 1967, p. 489).

En la sociedad de Macondo, dominada por el patriarcado, la figura femenina de Úrsula se eleva como un símbolo de poder y sabiduría. Mientras otras mujeres de la comunidad permanecen sometidas a los roles tradicionales impuestos por la cultura, Úrsula desafía estos límites y toma el control, no solo de su hogar, sino también de la historia misma de Macondo. Su capacidad para trascender los convencionalismos de su tiempo y su habilidad para transformar su entorno le otorgan una relevancia que va más allá de los límites de su familia. “A lo largo de los años, Úrsula fue el sostén no solo de su familia, sino del mismo pueblo” (García Márquez, 1967, p. 511).

La paz que Úrsula representa no es una paz pasiva, sino activa. A través de su trabajo, su liderazgo y su moralidad, se convierte en una figura fundamental en la lucha por la estabilidad y la justicia en su comunidad. Así, el personaje de Úrsula Iguarán no solo refleja la realidad de muchas mujeres caribeñas, sino que se erige como un faro de esperanza y resistencia en medio de la violencia y el caos que caracteriza la historia de América Latina. Como se menciona en el texto, “su voluntad era más fuerte que las circunstancias” (García Márquez, 1967, p. 532). En resumen, Úrsula Iguarán es más que un personaje de Cien años de soledad: es una metáfora de la paz en un mundo

convulso. Su lucha por mantener el equilibrio, su capacidad para transformar su entorno y su firme compromiso con la moralidad hacen de ella una figura fundamental en la construcción de un futuro mejor para su familia y su pueblo. Al igual que muchas mujeres en la historia de América Latina, Úrsula representa la fortaleza y la sabiduría necesarias para enfrentar los conflictos y construir, desde la raíz, una paz duradera.

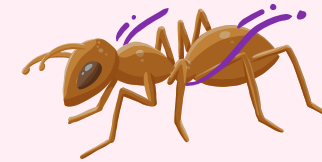
La paz de la hormiga



Leonardo Puentes Díaz

Crecí entre las calles de los barrios obreros de Puente Aranda, en la Bogotá violenta de los 80s, cuando Omayra se ahogaba en vivo frente a todo el país. Almorzaba viendo las noticias del asesinato de Galán, Jaime Pardo, Bernardo Jaramillo y Pablo Escobar.

Estudí en un colegio francés de curas en la olla de la Av Caracas con Calle 13. Una vez mi Padre me regaló una guitarra y de inmediato supe que podía inventar sonidos e historias. Luego estudié composición y jazz en la Universidad Nacional y la Universidad INCCA. Gané una beca en el Centro Mexicano de Música y las Artes Sonoras, gané el Premio Nacional de Composición de la Orquesta Filarmónica de Bogotá. Hoy curso la Maestría en Gobierno Urbano de la UN.



"Un buen día descubrimos que los chimpancés podían ser feroces y que, como nosotros, su naturaleza también tenía un lado oscuro"

Jane Goodall

Esa vez me encontré una hormiga merodeando por mi rodilla. Creo que venía por mi vaso de yogur o simplemente perdió el rumbo. Mi padre me había dicho que suelen explorar el territorio, así que la atrapé en mis manos y fui a buscar su colonia entre la hierba. Rápidamente encontré el hilo infinito de obreras que me condujo al hormiguero. Allí la liberé, pero, inmediatamente, un grupo de soldados le propinó un descarnado ataque.

Lo que mi padre no me había explicado es que cada colonia se distingue por una fórmula hormonal única. Así fue como, a mis ocho años, tuve que ver cómo una hormiga intrusa era destrozada por otras de sus semejantes. Me tomó unas décadas más entender que, aunque la violencia y la guerra no son un asunto exclusivo de homínidos, lo que llamamos paz sí lo es.

“La guerra es un maestro violento”, escribió Tucídides en Historia de la Guerra del Peloponeso, describiendo la crudeza y la desnaturalización de los hombres en tiempos de las guerras civiles en Corcira; un maestro del que el mismo Tucídides tuvo que reaprender en su exilio por la derrota en Anfípolis. Dos milenios después, sería Thomas Hobbes quien retomaría a Tucídides en los días en que rodaba la cabeza del rey Carlos I en las calles de Londres, para postular que la guerra no solo era un maestro, sino que era parte de la naturaleza del hombre, quien realiza contratos sociales para escapar de ella o utilizarla en su favor.

Y no se equivocaba Hobbes. De hecho, su visión naturalista y antropofágica fue el cóctel preferido en varios círculos ilustrados como el de la Sociedad Lunar de Erasmus Darwin y después su nieto Charles Darwin, que explicaban la guerra entre formas de vida, una guerra por la supervivencia. Las orcas se organizan para atacar a otras orcas, las hienas defienden su territorio de otras hienas y los chimpancés acuerdan tretas para matar al alfa por derechos reproductivos.

Aun cuando no parezca, hormigas y homínidos no diferimos mucho: si ellas tienen hormonas para reconocerse, nosotros tenemos cultura, ese mundo diverso de ideas particularmente invisibles. Las hormigas, desde que nacen, tienen definido su rol en la colonia, pues es la temperatura la que determina si serán soldados u obreras. Nosotros, en cambio, dependemos

del filtro de nuestro grupo social, que nos relega a un puesto en la pirámide. Si las hormigas tuviesen que disputarse las jerarquías, tal vez no habrían morado en la Tierra los 130 millones de años de ventaja que nos llevan, porque las hormigas no tienen guerras que librar en su colonia ya que el lugar de cada individuo está determinado al nacer.

Ciertamente, a diferencia de las hormigas, la guerra de los homínidos no es otra cosa que la disputa por el poder, la constante lucha por la jerarquía social que ya Marx había propuesto como el motor de la historia. Y si es parte de nuestro ADN etológico, ¿por qué demonizarla y esconderla bajo los tapetes vergonzantes de nuestro civilizado mundo?

El poema más antiguo de la humanidad, la Epopeya de Gilgamesh, ya labraba el camino. Gilgamesh, rey de Uruk, cazaba en los bosques cuando, de repente, se encontró con un ermitaño, el enorme Enkidu. Lucharon a muerte por el poder, pero no hubo un ganador; al contrario, ambos guerreros se volvieron amigos y emprendieron la travesía juntos, es decir, cooperaron. Pareciera que la guerra, en sus tonos y matices, es imprescindible para establecer un equilibrio de poderes y jerarquías. Luego aparece la conciliación, la avenencia, la paz; así se hace posible la sociedad que emprende épicas proezas. En otro episodio, Enkidu es asesinado por los dioses y Gilgamesh llora su muerte, porque sin némesis no hay poder. Porque el poder implica coerción de un actor gobernante sobre

uno gobernado. Es la paz la capacidad meramente humana de amnistiar esa capitulación, en lo pequeño y lo grande: desde la elección de una película en Netflix, hasta el Tratado de Versalles.

Parece imposible imaginar un mundo sin esas sutiles y pequeñas guerras cotidianas. Esa persistente negociación de poder del día a día: en el mercado, en una oficina, en una asamblea de copropietarios, en un bar, en una comida familiar, en la elección del color de zapatos o en el destino de las próximas vacaciones. En términos de éxito, ¿es más exitosa la milenaria hormiga y su tumulto de tierra o el joven sapiens que, de aldeas de barro, pasó a vivir en rascacielos automatizados con IA?

Aquel que empuñó por primera vez una piedra bifaz para cortar su alimento inventó también la coerción. Aquel que ostentó la primera lanza para cazar inventó también la milicia. Aquel que disparó la primera flecha con su arco gobernó el mundo por siglos, como aquel que consiguió primero la bomba atómica. Nos necesitamos para la guerra y para la paz, porque una y otra son lo mismo en el sapiens. En tiempos de guerra nos sometemos a cambios para emerger de las cenizas; en tiempos de paz, prosperamos para dar rienda suelta a la imaginación. ¿Qué sería del sapiens sin este ciclo heraclíteo? ¿Construiríamos estructuras sociales? Yo creo que sí, pero aún moraríamos el Valle del Rift. ¿Existiría el desarrollo sin la competencia social? Yo creo que no; sin el péndulo de la guerra y la tregua, tal vez

jamás hubiésemos construido ciudades ni civilización.

Así las cosas, hoy parece improbable que los 8.200 millones de sapiens se pongan de acuerdo para permanecer en la Tierra al menos 1,9 millones de años, como lo logró nuestro pariente homínido, el Homo Erectus. Y es entonces cuando la paz de la hormiga se nos presenta como una alternativa posible, aunque esto nos implique aprender el sosegado y enigmático oficio de construirnos el mismo hormiguero una y otra vez.

¡Somos
la
Revolución
del
Cambio!

HISTORIAS
DE PAZ

Concurso
Nacional
de Escritura